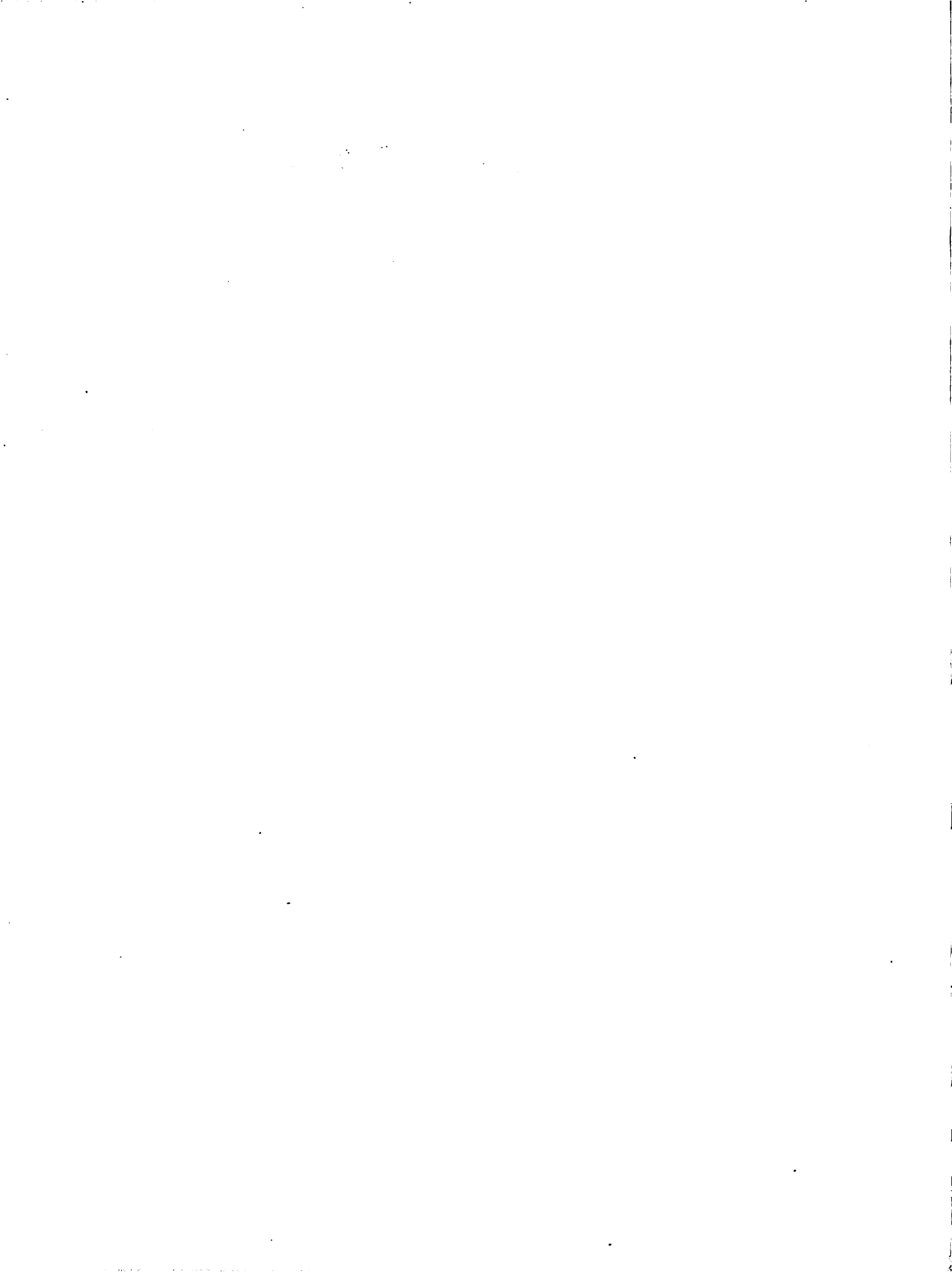


Corazones en fiesta

historias de familias
reunidas después
del conflicto armado



Liga Guatemalteca de Higiene Mental



Corazones en fiesta

LIGA GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL

Corazones en fiesta

Historias de familias reunidas después del conflicto armado

Cadena de
Solidaridad
Suiza



Liga Guatemalteca
de Higiene Mental

HEKS 

Guatemala agosto de 2005

© **Liga Guatemalteca de Higiene Mental**
12 calle 9-35 zona 1, edificio ermita, oficina 43
tels: 22326269, 22512625
liga@concyt.gob.gt
www.ligahigienementalgt.org

Director:
Marco Antonio Garavito Fernández

Elaboración y redacción:
Guillermo Salazar y Claudia Anleu

Corrección de texto de los relatos:
Geanni Ramos Pivaral

ISBN: 99939-69-65-6

Diseño interiores:
Oswaldo Morales

Diseño de portada:
Juan Carlos Aguilar

Fotografías de esta edición son propiedad de la
Liga Guatemalteca de Higiene Mental

Esta publicación fue posible gracias al apoyo financiero
de la Cadena de Solidaridad Suiza y HEKS



Diseño y edición: MAGNA TERRA EDITORES
5a avenida 4-75 zona 2, ciudad de Guatemala.
Tels.: (502) 2238-0175, 2250-1031 y 2251-4298
Fax: (502) 2251-4048
E-mail: magnaterraeditores@yahoo.com
magnaterra@hotmail.com

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I	
REFLEXIÓN DESDE LA EXPERIENCIA	13
▶ El reencuentro, puerta hacía la integración	15
▶ La reintegración	23
▶ El programa, instrumento necesario	31
CAPÍTULO II	
LAS HISTORIAS	37
▶ Pedro Santiago	39
▶ Tomás Choc	45
▶ Jacinto Guzmán	53
▶ Félix Maquín	59
▶ Miguel Raimundo	65
▶ Feliciano Raimundo	71
▶ Carlos Maldonado	77
▶ Floricelda Ajanel	83
▶ Miguel Brito	89
▶ Aura Marina Curuchiche	93
▶ Pedro Brito Solís	99
CAPÍTULO III	
LOS REENCUENTROS	103

PRESENTACIÓN

▶ La guerra terminó formalmente en Guatemala con la firma de los Acuerdos de Paz en el año 1996. Décadas de confrontación armada dejaron innumerables daños en y entre los guatemaltecos, los cuales ahora representan serios obstáculos en la actual etapa de construcción de la paz en nuestro país. El proceso de reconstrucción social ha caminado con bastante lentitud, a partir de que los mandatos expresados en los acuerdos de paz no han encontrado la suficiente voluntad política que los viabilice de una mejor manera. Si bien hay que reconocer el avance en algunos temas, hay otros que hasta ahora no han recibido ninguna o muy poca atención, principalmente aquellos que tienen que ver con la necesidad de reparar los daños subjetivos provocados por la guerra.

La necesidad de reparar la salud mental pasa por hacer que los guatemaltecos construyan una percepción y una práctica donde su rol de sujetos sociales les permita creer en un Estado que tradicionalmente les ha sido ajeno. Crear condiciones para protagonizar la vida constituye una variable primaria para reparar diversas heridas que la guerra dejó entre los guatemaltecos, particularmente entre las comunidades de las zonas rurales.

Éste es el sentido que se esconde en las páginas del texto *Corazones en fiesta* que ahora presentamos. En él lo que está retratado es un esfuerzo del Programa *Todos por el Reencuentro*, de la institución y los familiares, por construir un proceso activo de búsqueda de las niñas y niños desaparecidos durante el conflicto. Proceso que no se ha quedado en el discurso o la frase ideologizada, sino en una realidad cotidiana, no sólo de esperanzas sino también de desencantos. Proceso que no ha sido la espera pasiva de los acontecimientos, sino el involucramiento responsable

en los diversos ámbitos que ha exigido el trabajo. Tras los años transcurridos y la experiencia de los reencuentros familiares alcanzados, nos permite ahora plantear esta aproximación que recoge nuestras percepciones sobre los significados que tienen los reencuentros en sí pero, sobre todo, en los retos que supone llevar adelante la acción posterior de reintegración familiar que permita garantizar un proceso con el mayor grado de sanidad posible.

Corazones en fiesta es un esfuerzo que ha podido alcanzarse por la confianza y seguridad que los cientos de familias han desarrollado a lo largo de estos años hacia el Programa *Todos por el Reencuentro* de la Liga Guatemalteca de Higiene Mental. Su activa participación es la fuente principal de este trabajo. Además, ha sido un factor importante en el material que ahora presentamos, el apoyo financiero de diferentes agencias que respaldan la integralidad del Programa. Para fines de la sistematización y publicación de este libro, el aporte provino de la Cadena de Solidaridad de Suiza, así como de la agencia HEKS. Sin embargo, hay que señalar que, por el carácter integral que tiene nuestro modelo de trabajo, también han sido importantes los aportes que han realizado durante el 2005 Save the Children Noruega y la Fundación Pro Victimis, a quienes deseamos agradecer profundamente el acompañamiento financiero que en estos años han dado al trabajo de búsqueda y reencuentro de la niñez desaparecida por la guerra en Guatemala.

Finalmente, la Liga Guatemalteca de Higiene Mental reconoce el invaluable trabajo de los coordinadores y promotores que conforman el equipo técnico de nuestro Programa en el logro de este libro y del inmenso trabajo que por casi seis años está atrás de él. Ha sido su actividad un elemento que nos compromete aún más como institución en el acompañamiento de todas aquellas familias que aún abrigan un corazón en espera de la fiesta del reencuentro y de la reintegración.

INTRODUCCIÓN

◀ **E**s un privilegio para la Liga Guatemalteca de Higiene Mental presentar esta publicación. La posibilidad de servir de mediadores entre las familias que desde su historia resiliente trasladan a nuestro pueblo un mensaje de esperanza y noble humanidad es un honor. Ellos nos cuentan cómo desde la frágil humanidad se puede reconstruir un país fragmentado por la violencia y la irracionalidad.

Son historias que pueden iluminar a aquellas personas que desconocen la suya propia. Son un mensaje para aquellos que afortunadamente no han vivido la experiencia de la guerra debido a su joven edad. O puede serlo también para quienes no logran reunir fuerzas para añadir a sus esfuerzos de integración y adaptación a la realidad este tema tan intenso y emocionalmente demandante. Y por que no decirlo, a la vez nos gustaría que esta obra sensibilizara a aquellos que simplemente no quieren ver porque no desean asumir una postura responsable respecto a sus obligaciones sociales y civiles.

Creemos que es un desacierto total adoptar esa filosofía de la auto alienación. La actitud del “borrón y cuenta nueva” no deja ninguna enseñanza. Ese borrón mental arranca de la conciencia individual y de las páginas de nuestro aprendizaje social, un cúmulo valioso y enorme de recursos validados históricamente, que siguen siendo útiles y necesarios en el presente.

Nuestro enfoque no es como el de quienes hacen culto al drama y a la desdicha, que sólo logran ver en los sobrevivientes de la guerra a las víctimas; pasando de largo ante los enormes logros humanos y espirituales.

Con ello no queremos decir que este libro le presentará la historia de héroes ficticios. No. Se trata de seres humanos, que no siempre saben qué hacer, ni cómo expresar sus sentimientos. Son personas afectadas por el miedo

y no siempre capaces de afrontarlo. En fin, son personas que reconstruyen sus vidas reciclando malas decisiones en función de mejores momentos presentes.

Los méritos extraordinarios de las personas que protagonizan este libro los decidirá en buena medida el lector. El programa "Todos por el reencuentro" puede enunciar sin temor a equivocarse que éstas poseen nobles virtudes y capacidades como pueden ser: la confianza en la fuerza de los vínculos familiares, la paciencia, virtud fundamental para afrontar los lentos procesos internos en función de la reintegración, la valentía de ponerle la cara a los dolorosos reclamos de seres amados que han pasado por las duras vivencias vinculadas a la guerra, la responsabilidad y el compromiso ante la nueva etapa iniciada a partir del reencuentro. Ellos han logrado sostenerse ante la tentación y el mensaje incansable de muchos sectores de recurrir al olvido para no afrontar la dolorosa verdad y sus costos.

Los resultados son una realidad y hoy se puede celebrar la esperanza

Nos muestran además, coraje y la valentía. Creemos que poner nuevamente la mirada hacia el pasado y afrontar de manera objetiva las pérdidas sufridas es de valientes.

Y para concluir este aspecto, creemos que recuperar a los hijos desaparecidos con todos los cambios y marcas de la vida vivida, es afrontar de manera adulta y responsable el irreparable costo de la separación. Es aceptar que la nueva vida juntos supone la aceptación y el desafío de redescubrirse.

"Corazones en fiesta" es parte importante de una trilogía que trata de dejar memoria de la historia y experiencias acumuladas de estas familias. Así mismo, es un aporte que la Liga Guatemalteca de Higiene Mental realiza para contribuir al abordaje profesional y humano de estas realidades. A través de la

publicación del libro *A voz en grito* se facilitaron los testimonios de un grupo de familiares que perdió a sus hijos e hijas durante la guerra. Y desde el libro *De barro y de hierro* publicado en el año 2002, se pudo compartir el esfuerzo metodológico y psicoterapéutico del programa. En éste se desarrollaron algunas intuiciones relacionadas con las etapas del reencuentro y la reintegración. Ahora, en la publicación de *Corazones en fiesta* llena los vacíos de ésta, desde la riqueza de la experiencia acumulada en los últimos años.

Después de tres años de la publicación de *De barro y de hierro* y seis años de vida del programa "Todos por el reencuentro", se logra completar la visión y reflexión sobre la experiencia de la niñez desaparecida. Se da a conocer los costos de la desaparición, su abordaje y las fortalezas humanas y psicológicas de sus protagonistas. Sin pretender ser concluyentes respecto a esta problemática, se logra a través de estas obras entrar por una puerta segura hacia esta realidad.

Con el corazón en fiesta vemos que no nos equivocamos. Que los resultados son una realidad y que hoy se puede celebrar la esperanza. Lo que antes era una posibilidad ahora es una realidad objetiva. Un proceso que nos ha dejado la valiosa enseñanza de que no existen soluciones ni caminos fáciles en el tema de la reparación social. En el que el presente y el futuro se deciden comprometiéndose y optando por construir la propia historia. Es un camino en el que el afecto teje la unidad y el sentido de familia desde las acciones reales y concretas en función de la unidad.

La metodología

Para lograr realizar esta publicación, nos basamos en los siguientes insumos fundamentales:

- ▶ Sistematización de los reencuentros realizados durante los años de trabajo del programa.
- ▶ Encuentro Nacional de Familias Reencontradas, realizado en abril de 2005.
- ▶ Entrevistas personales.
- ▶ Análisis y discusión con las familias, sobre avances y dificultades en los procesos de reintegración.

Las historias de los familiares no están presentadas en esta obra de manera literal. Fueron ordenadas para ser leídas desde el momento de la desaparición, el reencuentro, y la reintegración. El fin de esta manera de presentación es facilitar al lector, que puede desconocer muchos aspectos del contexto, una lectura más ágil y fácil.

La redacción ordenada de las historias fue validada por cada una de las familias, en función de la fidelidad a los hechos. Asimismo, existe información de carácter personal que fue omitida para proteger la privacidad de cada familia.

Los relatos están acompañados por un breve análisis del equipo de investigadores y acompañantes terapéuticos del programa, que ayudará a dar profundidad conceptual a los diversos momentos vividos por cada familia.


Corazones en fiesta está formado por tres grandes apartados. El primero, es un marco conceptual sobre lo que es y la importancia que tiene el acompañamiento de los procesos de reencuentro y reintegración. El segundo, es el corazón del libro: allí se trasladan las historias humanas que hay detrás de un reencuentro, y sobre todo, se muestra la complejidad de la reintegración familiar. Mediante las historias que relatan los mismos protagonistas, el lector podrá ir acercándose poco a poco al complejo pero maravilloso mundo del reencuentro y reintegración familiar. Y en el último, se da a conocer de manera breve los más de 50 casos que hasta junio de 2005 se han logrado reencontrar.

CAPÍTULO I

Reflexión desde la experiencia



EL REENCUENTRO, PUERTA HACIA LA REINTEGRACIÓN

 Poder presenciar un momento tan intenso y humano como puede ser un reencuentro es una experiencia única. Compartir un poco de la alegría y de la intensa trama de estas vidas es sin duda un privilegio. Puede parecer que las historias de estas familias son suficientes para entender y participar de estas experiencias. Sin embargo, en estas páginas queremos trasladarle al lector algunos elementos que no son obvios y que forman parte de la compleja vivencia de estas familias.

Cabe aclarar que no todos estos aspectos se reflejan en los familiares reencontrados. Además, la intensidad y complejidad de aquellos que los poseen no es la misma. Hacemos mención de ellos ya que puede ayudar a poseer un marco analítico que permita visualizar la grandeza de fondo y los grandes desafíos que contiene esta experiencia.

No deseamos problematizar innecesariamente la lectura de estas vidas, pero es necesario, en honor a la verdad, visualizar con mayor seriedad lo difícil y lo grande de estas personas que no se han conformado con la historia sino que tratan de mejorarla y de superar sus disonancias, que buscan construir constantemente sus vidas.

No es lo mismo

Cuando un hijo se separa de forma voluntaria de sus padres y demás familia, regularmente lo hace a una edad en la que puede cuidar de sí mismo, o cuenta con un adulto de confianza que garantiza su seguridad. Es alguien que posee la capacidad de elegir. En algunos casos puede ser presionado. Siempre desde una visión que apunta al logro de algún beneficio. Dentro de lo posible se busca que las decisiones de este tipo posean un grado mínimo de comprensión por parte del menor que debe dejar la casa.

Estas separaciones muchas veces pueden comprender períodos largos de tiempo, pero normalmente no se planifican desde la total incertidumbre respecto al retorno al hogar y a la comunidad a la que se ha pertenecido siempre. Regularmente son períodos que no ponen en riesgo los vínculos familiares y el sentido de pertenencia a un lugar y sus costumbres.

Las razones por las que se puede llegar a tomar una decisión de este tipo, son regularmente aquellas que tienen que ver con los desafíos del desarrollo de la edad adulta. Una beca, una gira de vacaciones, la decisión de trabajar en el extranjero, etc. Existen muchas formas y necesidades que pueden llevar a una familia a separarse.

Cuando uno vive estas realidades no se escapa de pasar períodos difíciles de nostalgia y tristeza. La ausencia de los seres amados y del lugar en el que se nace posee un costo emocional elevado, aun sabiendo dónde encontrar a aquellos que uno quiere, o poseyendo cierto grado de certeza respecto a la posibilidad de volver a estar juntos en un plazo no muy lejano. La separación de aquellos a quienes se ama será siempre dolorosa y difícil, aunque sea necesaria y represente beneficios importantes.

Nunca quise dejarte

En el caso de estas familias, basta decir que la separación se llevó a cabo cuando los hijos eran aún muy pequeños: niños de meses, o de pocos años de vida. Sucedió también con pre adolescentes y adolescentes. En estos casos contrariamente a lo que se pueda creer, fueron más desafortunados, debido a que éstos ya poseían la capacidad de ser combatientes y fueron incluidos en las filas de combate o asesinados por ser considerados potenciales amenazas (soldados o guerrilleros).

En estos casos, no existió la mínima posibilidad de opción. La violencia les impuso este nuevo destino, además, ninguno de ellos recibió la preparación psicológica respecto a una posibilidad de cambio y ruptura de tal envergadura. De un día para otro, indefensos y confundidos, vieron desvanecerse con dolor e impotencia todo su mundo. Sabemos que la edad cronológica promedio de los menores desaparecidos es de cinco años.

El caos mental que dejaron estas separaciones es evidente. Nadie deseó este tipo de separación. Se experimentó el máximo del abuso y del odio de personas desconocidas en su mayoría.

Jamás se avistó un beneficio de tales acciones. Todo lo contrario, a partir de la separación, padres e hijos entraron en un estado de incertidumbre que duró hasta 25 años.

Para muchos de los reencontrados, la separación estuvo marcada por niveles de violencia brutal. En muchos casos los niños presenciaron la muerte de algunos de sus padres, hermanos y otros familiares. Las últimas escenas de convivencia familiar fueron

devastadoras. Muchos reencontrados han manifestado la enorme dificultad de no lograr reunir la energía necesaria para retomar ese capítulo de sus vidas. Esto mismo los ha llevado a posponer por muchos años la decisión de buscar a sus padres y familiares.

Es importante entender estas secuelas, ya que el Equipo puede toparse con muchas resistencias inconscientes que dificultan los procesos de búsqueda y hasta el mismo reencuentro. Algunas familias viven la ambivalencia de necesitar recuperar aquellos vínculos, pero al mismo tiempo el temor estresante de tener que afrontar aquellas realidades pendientes cargadas de pesar.

Una característica de este tipo de separación es, el hecho de que no se sabe con claridad, en la mayoría de los casos, por qué fueron mutiladas sus vidas de esa forma. Existe un vacío de comprensión respecto al odio y el daño del que fueron víctimas. Además, se confunde mucho las distintas lecturas y justificaciones ideológicas que justificaron tales abusos. Los padres y los hijos separados tuvieron que sufrir la furia de la guerra, y además, les fue impuesta la responsabilidad de la desintegración de sus familias, se les obligó a pensar que ellos eran los culpables de la desaparición de sus hijos.

Otra característica es que esta separación fue radical. Los autores de estas separaciones consiguieron romper toda forma de contacto con la otra parte de la familia. Como en una película de ficción, se elevaron muros enormes que separaron las partes hasta el punto de no lograr mirarse, de no lograr percibir los pensamientos y sentimientos de aquellos que se quedaron tras el muro, sin poder comunicarse, sin poseer —en el caso de los niños—, la capacidad para encontrar alternativas de reparación. Y en el caso de los adultos, sin garantías de seguridad mínimas para denunciar y gestionar acciones de búsqueda de los hijos arrebatados por la guerra.

Por si fuera poco lo que ya se mencionó, se añade el hecho de que los menores y las menores separados, de sus padres fueron asimilados por familias que no coincidían en muchos aspectos con sus familias biológicas. Es el caso del idioma, costumbres, ubicación geográfica, opciones políticas e ideológicas, etc. Esto ensanchó mucho más el abismo ya existente.

Otros elementos psicológicos importantes que aparecen en la subjetividad de los reencontrados son las enormes dudas, reclamos, malos entendidos, el daño dejado por



la desinformación o difamación de los padres biológicos por parte de los padres sustitutos y vecinos. En algunos casos, aquellos padres amados se convirtieron en personas dignas de desconfianza, vistas como amenazas. Obviamente, estos perfiles representan pronósticos poco favorables en los procesos de reintegración. Toda esa maraña de sentimientos e ideas confusas y tergiversadas se enreda en muchas mentes de los que logran reunirse.

En las mentes de muchos menores sin recursos ni capacidad para ordenar todo este caos, los principales responsables de todo este dolor fueron sus mismos padres. Si bien en muchos casos no se manifiestan de manera explícita estos sentimientos, las actitudes marcadas por la agresividad, desinterés, ausencias después de reencontrarse, pueden llevar a dar consistencia a este análisis.

Todo lo anterior nos marca la enorme diferencia que existe entre aquellos que se separan voluntariamente, de aquellos que forman parte de este programa. También nos ayuda a tener otros elementos para entrar en la compleja realidad de estos reencuentros. Y justifica así mismo nuestra visión de la importancia de la fase posterior que es la reintegración. En ella es en la que verdaderamente se establecen o recuperan los vínculos perdidos.

Sintetizando

De esta manera, podemos decir de forma más ordenada, que el reencuentro supone el manejo de muchos elementos psicológicos y sociales, que determinarán la calidad y el pronóstico de reintegración de estas familias.

- ▶ No se eligió la separación. De todos los familiares acompañados ninguno de ellos ha afirmado que deseaba la separación.
- ▶ Se perdió definitivamente el contacto con la familia. Después de la separación no se supo nada del otro. Esto llevó a las partes a convertirse en extraños. El otro deja de ser objeto de intimidad, rompiéndose el vínculo y los sentimientos de pertenencia familiar.
- ▶ En muchos casos, llegó a existir la convicción de que la familia había muerto. Para algunos familiares después de determinado tiempo, (diez años o más) surge la necesidad de justificar la muerte del ser ausente. Esto permite poder vivir y descansar de la lacerante incertidumbre. El reencuentro significará en muchos casos darle nueva vida al desaparecido, sanar la historia y reinventarlo.
- ▶ La separación distanció a la familia no sólo físicamente sino también privó a sus miembros de ser testigos afines y solidarios de los momentos en los que la personalidad de ellos se construía y se modelaba la individualidad con todas las posibles disonancias y convergencias emocionales. Se creó otro nivel interno de distancia. Padres que no

conocieron los cambios vinculados al desarrollo físico y psicológico de sus hijos. Desconociendo todos estos cambios y sus manifestaciones, puede ser más difícil la cohesión. De hecho, uno de los comentarios de muchas familias reencontradas es que desconocen al reencontrado.

- ▶ El problema de la separación no fue suficientemente comprendido, más bien se dieron distorsiones en la interpretación. En algunos casos, los padres sustitutos han responsabilizado a los padres biológicos del sufrimiento del niño. En el peor de los casos, se les ha negado a aquéllos el derecho a la verdad. Los jóvenes no conocen su propia historia, ni tienen certeza sobre sus orígenes. Poseen dudas sobre la legitimidad del vínculo con sus padres sustitutos pero no tienen acceso seguro a la verdad. Estos casos presentan pronósticos difíciles de reintegración.
- ▶ Se desconoce la forma como fue experimentada la separación por parte del familiar ausente, en algunos casos, se especula respecto a lo que pensó, a lo que sintió, a lo que hizo o dejó de hacer el padre biológico o el niño. Esto puede agudizar la sensación de abandono y crear sentimientos de rechazo contra los padres. En muchos de los casos se responsabiliza a los padres por la falta de voluntad de buscar al niño.
- ▶ Muchos padres pierden la dimensión social del problema y se auto responsabilizan de lo sucedido, pueden llegar al reencuentro sintiéndose culpables por no haber sido capaces de responder de manera eficaz al reflejo instintivo de dar protección a los hijos.

Esta actitud puede llenar la mente del reencontrado de mayor confusión, o reforzar los prejuicios del mismo. El reencuentro ofrece una puerta para la realización de una nueva lectura de la historia de la familia, desde una comprensión y aceptación diversa de lo vivido.

La importancia de explicitar esta lista de posibles marcas psicológicas y sociales en las partes a reencontrarse, radica en la necesidad de llegar al reencuentro, habiendo superado o buscando superar las ideas irracionales o parciales que se han incubado por muchos años y permanecen en la subjetividad del joven o de los padres que están por reencontrarse. De lo contrario, dicho momento puede convertirse en una experiencia desafortunada, que no va servir para retejer la trama familiar.

El reencuentro implica evaluar los costos emocionales de estos daños, si es que los hay, y tratar de prever, dentro de lo posible, que los mismos no afecten o bloqueen definitivamente el reencuentro.

Lo infaltable:

Muchas veces, no es posible agotar la reelaboración de estas marcas, pero el reencuentro debe garantizar que las partes posean condiciones personales y familiares mínimas, para que el reencuentro abra verdaderas posibilidades de reintegración. Algunas de estas condiciones indispensables son:

- ▶ Trasladar a las partes la seguridad de que aquella persona con la que se reencuentran es su familiar. No se puede llegar a esta fase sin la certeza del vínculo.
- ▶ Las partes deben desear reunirse. Esto significa que no puede existir presión externa. La decisión válida es aquella que asume la familia.
- ▶ Ideas claras básicas respecto al reencuentro: qué puedo dar, qué puedo esperar, cómo se realizará el evento, lo que me gustaría decir y hacer...
- ▶ Saber que el reencuentro abre un proceso de reintegración que puede ser difícil y prolongado. La familia está consciente de que después de ese momento de reconocerse mutuamente como familia, es necesaria la voluntad de realizar un camino de integración que permita desarrollar el vínculo recuperado.

Lamentablemente no se logra llegar al estado ideal de preparación y de asimilación por parte de los familiares, de todos estos costos históricos y psicológicos. La realidad plantea dificultades que no siempre permiten completar estos procesos de internalización y reelaboración de las experiencias emocionales difíciles.

Sería falso afirmar que todos los reencuentros se realizan cuando las partes se encuentran en un estado ideal de preparación individual y familiar. Es necesario un proceso de reintegración y de fortalecimiento del vínculo recuperado.

El reencuentro es la puerta hacia la reconstrucción familiar. Muchas veces el proceso de reintegración exige un recorrido lento que puede llegar a precisar hasta años.

Después de cinco años de trabajo y de más de 50 reencuentros realizados es importante decir que no existe un reencuentro que sea igual a otro. La Liga descubre siempre nuevas posibilidades y limitaciones en las familias reencontradas.

Los que tienen más posibilidades:

Podemos decir que las experiencias más exitosas han sido marcadas por estas características que sintetizamos a continuación:

- ▶ Se desea el reencuentro y se colabora para concretarlo.
- ▶ Existe apertura respecto a los cambios y diferencias que se han ido gestando en las partes durante el tiempo de separación.

- ▶ Se cree en la fuerza del vínculo y de la pertenencia.
- ▶ Se tiene la confianza básica de que durante el reencuentro se inicia una nueva relación. No se espera recuperar todos los momentos ni sanar todos los dolores en el momento puntual del reencuentro.
- ▶ La prioridad no es trasladar los reclamos al familiar, es disfrutar el poder estar juntos nuevamente.
- ▶ Algunas personas logran enfatizar más en el valor de la fiesta y del presente, dándose el tiempo para ir asimilando el pasado y sus costos.
- ▶ Cuando las partes cuentan con mejores condiciones económicas, se abren posibilidades de convivencias más frecuentes y de ayuda mutua que puede fortalecer el vínculo.
- ▶ Hay familias que se adhieren al programa y a las posibilidades que éste abre para fortalecer los procesos de reintegración. Las familias permanecen activas dentro del programa después del reencuentro, esto permite que el equipo pueda aportar a su proceso de reintegración.

Lo anunciado hasta aquí, es algo de lo que se puede expresar. Queda sin duda una enorme realidad que forma parte de la privacidad, intimidad y misterio que conlleva cada vida y cada relación. El reencuentro, con todo su peso histórico y psicológico es sin duda una de las experiencias humanas más bellas dentro de un contexto de posguerra. Es un bálsamo para una sociedad que aún se apoya en la desconfianza, en la falta de convencimiento respecto al futuro.

Estas familias son ejemplo de amor, valentía y fuerza respecto a las adversidades. Son una denuncia de los costos y de las cargas aún presentes de las malas decisiones y del olvido de lo humano y de lo verdaderamente esencial.





LA REINTEGRACIÓN

Con el reencuentro no basta

◀ **U**nir nuevamente los hilos que permitan a los reencontrados reconocerse y aceptarse como parte de una misma constelación familiar no es una tarea espontánea. La conciencia de pertenencia es un efecto logrado a través de la vivencia de momentos y etapas importantes de cada parte reencontrada. Son estos momentos en los que una parte talla a la otra con el efecto de su presencia, necesidades, conocimientos, decisiones, valores y errores.

La conciencia del significado que tiene la propia vida para los demás y el sentido que tiene la vida de otros para sí, se plantea de forma muy directa en estas familias. Lo que para las familias que no han pasado por esta experiencia es obvio y natural, para las familias separadas por la violencia es una pregunta que se debe plantear de forma directa y explícita. La reintegración implica el redescubrimiento de este sentido dialéctico que vincula y genera la identidad subjetiva que amalgama al grupo familiar.

A través del reencuentro, estas familias han dado los primeros pasos en la recuperación de esa identidad suspendida. Se han trazado el desafío de fusionar sus vidas, superando las lagunas históricas y los cambios que el tiempo y las experiencias han marcado en ellas. Es el inicio de un proceso de defragmentación de los espacios vacíos de sentido y comprensión.

Cada familia posee mapas emocionales e ideológicos distintos. Para algunas familias afortunadas, contar con antiguos recuerdos compartidos ayuda a confirmar la legitimidad del vínculo con aquel o aquellos que el destino les devuelve. Esas viejas escenas familiares se convierten en columnas importantes sobre las que se construye el nuevo edificio familiar. Son referencia segura de pertenencia, lo cual genera motivación y fuerza en dirección a la reintegración.

Otras familias, menos afortunadas, ven hacia atrás un paisaje sin colores ni formas que permitan referir recuerdos y afectos que los lleven a amalgamar sus vidas. Están obligadas a dar el salto psicológico hacia la construcción de nuevas memorias y realidades que suponen la vivencia olvidada. Se ven motivadas, no por los efectos de la historia entretrejida de sus vidas, sino principalmente por la confianza y la esperanza de que ese vínculo biológico y espiritual brotará nuevamente.

Así, la fuerza que impulsa las acciones de reintegración no surge de la memoria de lo vivido, sino del deseo y el compromiso de construir y recuperar lo recuperable de su relación.

El reencuentro: un evento necesario y fugaz

Cargado de emociones amontonadas y muchos deseos. Es el momento del asombro y del milagro. Muchos familiares reencontrados no logran esbozar toda la carga de sentimientos y pensamientos que llevan dentro. En muchos casos los reencontrados se reducen al silencio o a compartir formulas que tratan de explicar que no desearon que sucediera lo que pasó. Para otros, es un momento en el que logran vaciar algunos recuerdos relacionados con la ruptura, permitiéndose expresar sentimientos y pensamientos difíciles de manejar. La felicidad experimentada se abre paso y suspende muchas dudas. Es el momento de permitirse descansar y disfrutar del bien amado que ahora está presente.

Se crea un contexto en el que las partes están a la expectativa del otro. No se qué decir o no decir. Se desconocen las posibles reacciones del reencontrado. Se teme lastimar o no ser veraces. De alguna manera se evalúan y miden entre sí, tratando de encontrar canales y espacios que el otro permite llenar.

Además incide la presencia de la familia extensa o de los miembros de la comunidad. Como se dijo en otro momento, estos dan legitimidad y oficializan el reencuentro. Pero sin ser bien orientados pueden también inhibir muchos sentimientos y obligar a desarrollar actitudes y reacciones socialmente aceptadas. Algunas categorías religiosas deterministas no abren la posibilidad de permitirse sentir y pesar honestamente.



Después del momento mágico del reencuentro

Durante los proceso de reintegración, muchos familiares afirman que su reencuentro fue una experiencia hermosa pero insuficiente. Admiten que quedaron en su mente y en su corazón muchos sentimientos e ideas sin respuesta, que les hubiera gustado esto o aquello. Existe un sentimiento de inconformidad generalizado.

Además hay quienes no pueden dejar de sentir frustración y desencanto, ya que la persona que reencontraron no siempre coincide con aquellas personas creadas por la fantasía y el deseo. No logran recibir de forma inmediata todo el afecto necesario para calmar la sed de tantos años de soledad y vulnerabilidad. Los familiares son conscientes de que necesitan reconstruir muchos aspectos de sus relaciones, que desconocen a sus familiares reencontrados y que necesitan dedicarse tiempo para resolver muchos aspectos de sus relaciones pendientes.

El reencuentro es definido como un momento extraño, ya que incluye fuertes dosis de alegría y al mismo tiempo está cargado de una tristeza que es difícil definir. La reintegración es un camino que pretenderá separar estos escenarios emocionales. Permitirá dar el espacio a la expresión y transformación de estas cargas añejas. En algunas familias, esto se logra después de mucha convivencia: en otros casos, se pueden planificar los momentos y las formas de facilitar esta comunicación.

Esta frustración se relaciona con el hecho de que en muchos casos, la separación se vio compensada con la idealización del familiar desaparecido: se le imprimen al niño o a los padres, características físicas inconsistentes con las características raciales, así mismo se le adjudican capacidades intelectuales y sociales poco probables. Esta idealización choca con la realidad y hace que ésta sea más difícil de aceptar. Lo mismo sucede con las expectativas económicas irreales.

El reclamo mayor consiste en que no se manifestó el cariño ni el amor deseado. El reencuentro no logra, en muchos casos, convencer a las partes de que los sigue uniendo el amor, y es que en efecto, en muchos casos, el vínculo recuperado es racional, carece de la espontaneidad de sentimientos y de expresiones de afecto que ayudan a reconocer en el otro a un padre, a una madre, a la abuela o a un hijo.

Esto se complica cuando se suman algunas características culturales y de personalidad que no facilitan la expresión del afecto. La reintegración confronta a estas personas idealizadas con la familia real. Estos seres humanos tan deseados, muchas veces son disonantes con el enorme vacío acumulado durante tantos años. Más allá de las expresiones culturales del afecto, la reintegración deberá permitir que cada parte exprese sus necesidades y posibilidades con lo que respecta a la expresión del amor. Este es un aspecto difícil de la relación de toda familia, pero en estos casos representa un muro que muchas veces abre profundas heridas, o amalgama de forma reparadora las partes reubicadas.

El camino para integrar los dos mundos

La reintegración implica unir un rompecabezas partido en dos partes fundamentales. Una parte la conforma la figura de la familia que busca al desaparecido. La otra se refiere al mundo personal y social del desaparecido. Esto incluye la familia nuclear del mismo y la familia sustituta. Obviamente ambas figuras ya no son lo que fueron antes de la separación. Son dos mundos distintos que cada proceso de reintegración deberá conducir hacia la conformación de un único paisaje. Con esto no se pretende la búsqueda de estados ideales de relación. Se apunta a condiciones mínimas de tolerancia y armonía de toda la realidad de los reencontrados. Cada historia ofrece condiciones distintas para el logro de la armonización de esta nueva *gestalt* de la vida de los reencontrados.

Por todo lo anterior se puede afirmar que la reintegración es quizá la parte de todo este programa que goza de mayor sentido. Esto se explica porque todo el proceso de búsqueda abre expectativas y posibilidades que no se concretan hasta el reencuentro. Este

Todo el proceso de búsqueda abre expectativas y posibilidades que no se concretan hasta el Reencuentro

último, por otra parte, está envuelto en la incertidumbre de lo que se ha reencontrado y abre un sin fin de nuevos interrogantes por resolver.

Sería una postura ingenua pretender que de la acción del reencuentro surja una fusión completa entre familiares separados por tantos años y por las circunstancias que sabemos. Por preparadas que estén las partes que celebran el reencuentro, serán necesarias nuevas secuencias de vida compartida para construir lazos que permitan nuevamente sentirse parte, vinculada. Para sentirse familia.

Es en la reintegración en la que se devuelve al reencontrado y a los que reencuentran el valor personal esperado. Es en estos momentos en los que el convencimiento de haber recuperado una parte importante del yo, de lo que me pertenece y nutre se concreta. La calidad y frecuencia de esa presencia determinará esta reingeniería psicológica. También definirá el tiempo que lleve tan preciada reconstrucción.

Sólo después del reconocimiento objetivo, de la aceptación honesta del otro, de la construcción de la confianza en la parte familiar que se redescubre, del establecimiento del compromiso por formar parte y permitir ser parte de, será cuando se pueda decir que se ha concretado la recuperación de la familia.

Las distintas rutas para lograr la unidad

Estamos claros en que no existe una única ruta para recuperar la unidad perdida. Existen tantas alternativas como familias reencontradas. Cada grupo familiar inventa sus maneras de revincularse y de expresar el deseo de pertenencia y aceptación de la misma. Lamentablemente también cada familia puede problematizar de manera distinta la construcción del nuevo vínculo.

Sin embargo se pueden reconocer algunas ventajas que permiten un camino más sencillo y con mejor pronóstico para la reintegración.

▶ **Recuerdos vinculantes.** Si entre las partes reencontradas existe una serie de episodios importantes de la vida de cada uno que desconoce el otro, es fundamental la valentía de volver hacia atrás y recorrer juntos esos caminos que las partes desconocen.

Esto puede parecer obvio pero no lo es. Algunos familiares reencontrados no logran ver la importancia de este esfuerzo, suponen que la contraparte se conformará con reiniciar la relación a partir del reencuentro. Como este intercambio es tan personal e íntimo, no



siempre se puede planificar. Cada familia exige determinadas condiciones para lograr estos diálogos pendientes.

Es la convivencia y la relación serena la que abre las mejores posibilidades para rellenar este vacío. Las familias se amalgaman en la medida que se conocen, se entienden y se necesitan.

Será importante informar sobre sí mismo e igual de importante será la apertura y el interés por conocer y recorrer la historia del otro. Este interés honesto permite a los reencontrados visualizarse y reconocerse como miembros de una misma matriz.

- ▶ **La reintegración va más allá de la sangre.** Es importante tener presente que la reintegración muchas veces incluye a personas que a simple vista puedan parecer ajenas. En algunos casos es importante que exista un proceso de acercamiento entre la familia biológica y la sustituta. Sobre todo en aquellas familias en las que se percibe a la familia biológica o sustituta como amenaza. Se piensa que la otra familia quitará al muchacho o muchacha, o se teme que la familia reencontrada afectará las relaciones con la familia de crianza.

En algunos casos se teme que las familias sustitutas obstaculicen el acercamiento y la revinculación con la familia biológica. Lamentablemente estos temores no siempre son infundados. Por esto mismo es importante que se construyan canales de comunicación y de confianza entre estas partes, que ambas enfoquen su esfuerzo y preocupación en el bienestar del hijo o hija que se encuentre ante el desafío de la reintegración.

- ▶ **Localización de los sentimientos edificantes.** La reintegración es un camino en el que la exploración del pasado y el presente puede aportar claridad y control sobre los sentimientos experimentados por las partes. Exigirá un esfuerzo minucioso de evaluación de daños y fortalezas sobre los cuales trabajar o sobre los cuales edificar nuevos niveles de relación.

En muchos casos son recuerdos aparentemente insignificantes los que detonan el rechazo o la dificultad de aceptar las decisiones de la otra parte. El tiempo, las circunstancias y la variedad de emociones experimentadas pueden traicionar a la memoria y modificarla en función de lo que la persona necesite (sana o insanamente) sentir o pensar. No siendo siempre la objetividad y la verdad lo que priva.

Por eso es importante recuperar de forma consciente las emociones que se van suscitando para reelaborar sus significados. En algunos casos es necesario el acompañamiento de un técnico o profesional que facilite la lectura de estos momentos, que pueden convertirse en potenciales factores de reintegración, o bien pueden pasar lacerando aun más la incipiente relación.

► **Las causas, efectos y costos de la guerra no son obvios.** Para algunos reencontrados muy jóvenes es importante que los padres les trasladen su vivencia de la guerra. Así mismo para aquellos que fueron trasladados desde muy pequeños a comunidades fuera del país, o a municipios en los que el conflicto armado se mantuvo en un bajo perfil, no es fácil entender las dimensiones de violencia y los daños que ésta ocasionó en sus familias y en la comunidad en la que vivían al momento de la separación.

Si no se traslada esta información de manera apropiada, el joven puede ver de manera simplista y sesgada las decisiones tomadas por sus padres y responsabilizarlos de la separación. El programa facilita espacios en los que los padres puedan hablar del tema de la guerra y de sus costos, pero son aquellos momentos de la intimidad familiar los que poseen el efecto más eficaz en la aceptación y aclaración de los hechos.

► **Cuando la motivación del reencuentro es la adquisición de algún bien material.**

No es raro que esto suceda. Es fácil deducir que un niño o una niña desprovista de la seguridad y del apoyo de sus padres, se vea expuesta a un sin fin de penalidades y necesidades para lograr sobrevivir. Más aún cuando esta situación se vive en medio de una guerra.

Desafortunadamente la gran mayoría de familias que recogieron a los menores, estaban en situaciones de pobreza semejantes. Más bien muchas de ellas dieron apoyo a los niños esperando que éstos entraran a formar parte de su inventario de recursos laborales para la subsistencia.

El costo principal de esta expectativa de reencuentro es el hecho de que si no se logra concretar ningún beneficio económico se cae en frustración y el proceso de reintegración se interrumpe.

Las necesidades psicológicas y espirituales pueden llegar a ocupar un segundo plano y no siempre será fácil descubrir su utilidad y beneficio. La reintegración abre caminos, justamente para nutrir a las partes de estos elementos humanos y espirituales que fortalecen la unidad y el sentido de pertenencia. Todo esto redundará en sentimientos de serenidad y confianza que elevan la calidad de relaciones entre los reencontrados.

El intercambio familiar deberá convencer a las partes que existen beneficios espirituales y psicológicos vinculados a su relación, que son tan importantes como la satisfacción de algunas necesidades materiales.

► **La aceptación e integración de lo que no se esperaba.** El proceso de reintegración puede verse afectado por causa de los cambios sociales y culturales experimentados en las partes durante el tiempo que permanecieron separadas. Estos cambios pueden marcar diferencias importantes que alejan a la familia de la concepción de intereses y necesidades importantes.

Se necesitará un doble esfuerzo para comunicarse en dos o tres idiomas distintos. Esto parece una exageración pero no lo es. Es el caso de muchas familias reencontradas que se topan con cambios culturales enormes.

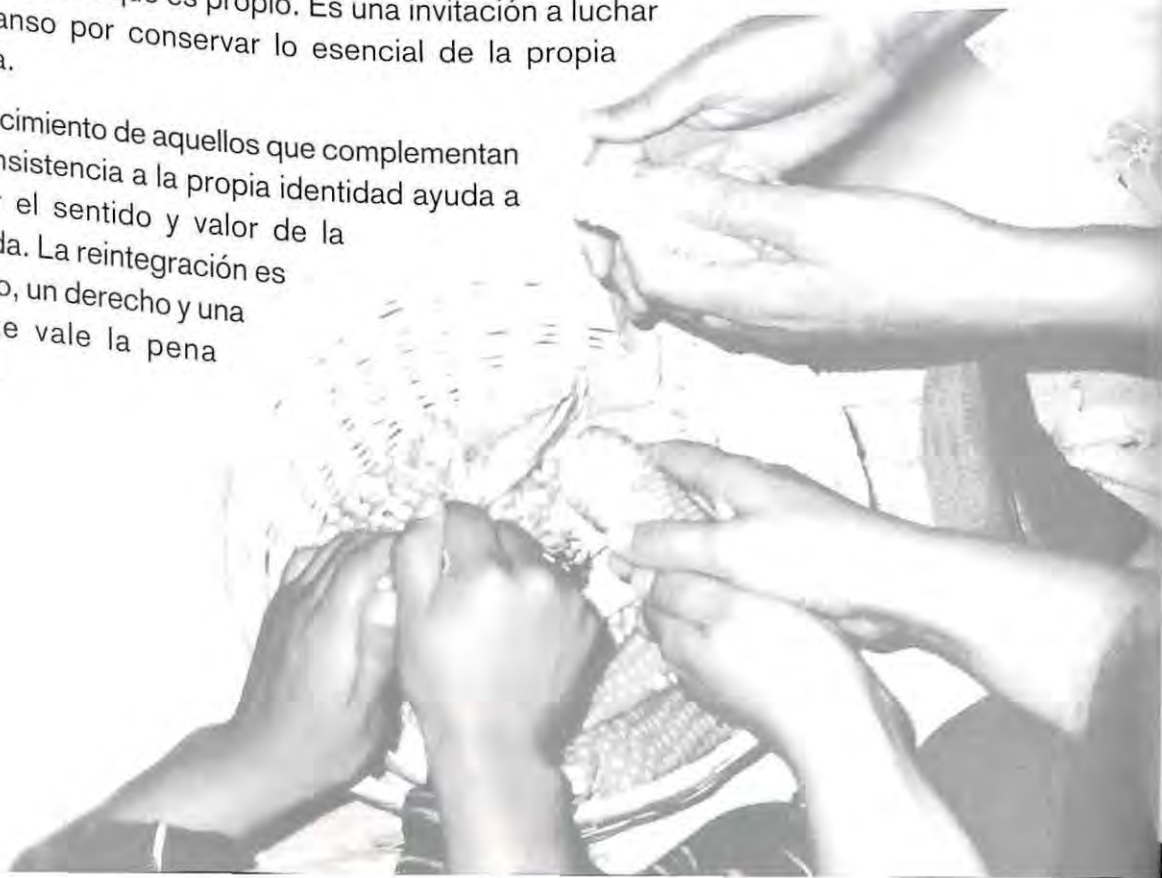
Nunca será lo mismo comunicarse directamente con el familiar en el idioma materno, que comunicarse mediante un traductor. Algunas familias pueden llegar al punto de caer en la tentación de evitarse para no pasar por este esfuerzo e incomodidad. Otras en cambio, luchan y se esfuerzan por trenzar nuevamente sus vidas superando esta barrera.

Por otro lado, demanda un esfuerzo adicional y mucha voluntad la decisión de vencer grandes distancias. Las circunstancias de la guerra disolvieron comunidades completas y llevaron a sus miembros sobrevivientes a poner grandes barreras de distancias entre sí. Ahora, muchos reencontrados deben afrontar muchas incomodidades y largos períodos de tiempo para ver a su familia. En estos casos la reintegración lleva un ritmo y tiempos distintos para cada familia.

Lo que decide que ésta se de o se vuelva al fraccionamiento familiar es la voluntad y la decisión de las partes de recuperar sus relaciones y poder volver a construir los vínculos del pasado. Será fundamental la paciencia, la constancia y la capacidad de ir recogiendo de forma consciente los pequeños frutos de este esfuerzo. Obviamente esto implica una inversión económica importante. En algunos casos será necesario presupuestar estas visitas y priorizarlas respecto a otras necesidades.

La vida de estas familias es una muestra de la grandeza del ser humano, de la fuerza interna que une a la familia y de las grandes hazañas que se realizan por amor. Así mismo, proclama el valor de la dignidad y el derecho, es una enseñanza viva a la reconquista de lo que es propio. Es una invitación a luchar sin descanso por conservar lo esencial de la propia existencia.

El reconocimiento de aquellos que complementan y dan consistencia a la propia identidad ayuda a visualizar el sentido y valor de la propia vida. La reintegración es un desafío, un derecho y una meta que vale la pena alcanzar.



EL PROGRAMA, INSTRUMENTO NECESARIO

Paso a paso

▶ **E**ste programa fue pensado inicialmente para apoyar de los familiares en la búsqueda de los niños desaparecidos durante la guerra, de esta forma la investigación ocupó por varios años el centro del interés del programa, por lo mismo se fue creando una sistematización y especialización en este campo, se afinaron procedimientos, instrumentos de documentación, se conformaron redes interinstitucionales, se desarrolló cierta sofisticación en la organización de familiares que elevó el potencial investigativo del mismo.

Con el avance de los procesos fueron surgiendo nuevas necesidades y desafíos que demandaron nuevas acciones. Algunos de esos interrogantes se pueden resumir: ¿Cómo mantener la organización de los familiares en función del fortalecimiento de la salud mental y de la sostenibilidad del programa? ¿De qué manera se puede garantizar dentro de lo posible que los reencuentros sean experiencias? ¿Qué pasa después de los reencuentros? ¿En qué y cómo puede aportar el programa en los proceso de reintegración?

Algunas conclusiones

Sin pretender en estas páginas trasladar una postura concluyente respecto al abordaje de estas etapas, se puede aportar algunos conocimientos claves de estas realidades que pueden iluminar y trasladar elementos importantes para abordar estas fases con mayor certeza y probabilidad de eficacia en materia de salud mental.

La etapa investigativa ocupa un lugar importante en este proceso. Sin embargo no desarrollamos esta teoría ya que la misma ha sido presentada de manera bastante profunda en el libro *De barro y de hierro*. Reservamos el espacio de este volumen a las etapas correspondientes al reencuentro y la reintegración. Después de la experiencia acumulada se puede avanzar en la comprensión de estos momentos principales del programa.

Criterio innegociable

Así como se estableció con la familia en la fase de investigación, que ésta es la responsable principal de la búsqueda del niño o niña, el reencuentro no absuelve a la familia de este criterio. El esfuerzo y responsabilidad que implica reabrir esta relación es una responsabilidad directa de la familia. De igual manera aceptar el reencuentro implica asumir la responsabilidad de recorrer el camino de la reintegración.

Este criterio es fundamental para construir un reencuentro real, de lo contrario se corre el riesgo de que la familia no se comprometa y desplace al programa su responsabilidad. Este error conlleva costos elevados, ya que para lograr retejer las relaciones intra familiares y poder superar los viejos dolores y las cicatrices grabadas por la separación, es necesario convencer a la contraparte reencontrada del compromiso personal, del deseo consciente de volver a fusionar sus vidas. Este espíritu le imprimirá un carácter personal a la decisión del reencuentro.

El reencuentro no es una necesidad del programa, y no es éste el que lo ha de experimentar en su esencia. Son los familiares quienes principalmente construyen nuevas relaciones y deciden sobre las alternativas que presente la realidad, así mismo también son ellos los que deciden si se realiza el acontecimiento de reencuentro o no.

Si bien este programa aporta a la búsqueda y creación de condiciones favorables para poder transformar en realidad lo que en las mentes de estas familias se ha convertido en fantasía o en una tenue posibilidad, también realiza acciones muy puntuales para hacer posible la reubicación de los desaparecidos.

Condiciones generales para un apoyo eficaz

El programa debe establecer con las partes de la familia una relación de confianza y apertura

Esto implica que el equipo desarrolla acciones para compartir con la familia, significa conocer la historia de la separación, entender los miedos y las fortalezas de aquélla.

Para fortalecer la confianza, el equipo plantea las alternativas que visualiza el programa e informa sobre las acciones realizadas en cada caso. Una vez aprobados los procedimientos por parte de la familia se ejecutan las acciones.

Este esfuerzo genera un efecto de puente: El Programa se convierte en una especie de instrumento transicional que facilita la nueva fusión de las partes a reencontrarse. Si se logra la confianza entre el programa y la familia que busca, esa confianza se extiende hacia el reencontrado.

Los mapas familiares

Las familias del programa han evolucionado y crecido. El reencuentro supone que el programa vincule, en la mejor armonía posible, hasta tres núcleos familiares: a) El grupo familiar sustituto; b) la familia conformada por el desaparecido: esposo, esposa, hijos, suegros, etc; c) la familia biológica.

La mediación sana de los reencuentros supondrá tener claras estas estructuras familiares y detectar en ellas las fortalezas o nudos de conflicto que pueden afectar las distintas etapas del reencuentro o la reintegración. Estas dos etapas suponen una visión integral de las familias. De esta manera la nueva construcción de vínculos no eliminará o invisibilizará partes de esta compleja coordinación.

El familiar debe realizar el balance de sus pérdidas

La separación de los niños se da dentro de un contexto de muchas pérdidas y duelos. El programa debe ayudar a discernir el costo emocional de cada pérdida. De esta manera se explicita el sentido y costo emocional de la desaparición del niño. Esto parece obvio pero cuando se vive una experiencia devastadora en la que se ha perdido a muchos seres queridos y todos los bienes capitalizados durante dos o tres generaciones el daño es enorme.

Dentro de esta realidad, en algunos casos se disuelve la pérdida del niño dentro de esta macro pérdida y se corre el riesgo de trasladar al reencontrado el sentimiento de que el forma parte de una pérdida global. Después de 18 años o más este riesgo es muy probable.

El programa se plantea el desafío de resituar en la subjetividad de los padres y familiares que buscan el lugar y el sentido familiar que el desaparecido representa.

Este aspecto es vital para que al momento del reencuentro, el familiar traslade al reencontrado toda la conciencia y la fuerza de su significado personal. Así mismo que el gozo de haberlo recuperado sea consciente y vital. El reencontrado no puede sentirse diluido como parte de todas las pérdidas. Como persona representa el valor más importante sustraído a la familia y en sí mismo es el beneficio esencialmente más importante recuperado.

El programa evalúa la veracidad de los datos y la información suministrada por los familiares

No se supone con este criterio que los familiares mientan de forma voluntaria y consciente. Es una realidad que el recuerdo de muchos hechos importantes está expuesto al desgaste del tiempo.

En la mayoría de los casos, la distancia cronológica de muchos acontecimientos puede superar hasta dos décadas, lo mismo sucede en relación con los sentimientos experimentados, la intensidad de estos puede extremarse o minimizarse luego de tanto tiempo transcurrido. Es una realidad que la memoria está viva y cambia junto con la persona.

El equipo tratará de objetivizar estos aspectos para llegar al reencuentro con una sana reconstrucción de la vida compartida con el familiar ausente y de los recuerdos vinculados con la separación. Esto facilitará el afrontamiento de reclamos y posibles conflictos irresueltos de la familia. Abrirlos al momento del reencuentro sin un trabajo previo con las partes a reencontrarse puede problematizar seriamente el momento del reencuentro.

El Programa apoya la preparación y realización del reencuentro

Luego de un proceso en el que se prepara a las partes para llegar al reencuentro con los mayores recursos de conciencia y realidad, se realiza el reencuentro y se inicia el proceso de reintegración. El momento del reencuentro será celebrado de manera muy particular, esto equivale a que cada familia propone la manera como le parece apropiado. Ellos eligen el lugar en el que se realizará, las personas a invitar, si será cubierto por los medios masivos de comunicación, y el tipo de celebración. Algunas personas celebran religiosamente el hecho, otros lo reducen a una vivencia íntima y confidencial. El programa evalúa la propuesta junto con los familiares, pero ellos son quienes en último término deciden cómo se realizará su reencuentro.

Independientemente de las características propias de cada reencuentro, el programa propone que en este se cumplan algunas condiciones externas importantes:

1. Presentación formal de las partes a reencontrarse.
2. Tocar el tema de las causas de la separación y las circunstancias que obligaron a la separación.
3. Dar sentido de fiesta al encuentro.
4. Lograr planificar futuros encuentros de los miembros de la familia y establecer canales de comunicación.
5. Definir con claridad la realidad de la reintegración. Esto es conciencia clara de que el camino se inicia en ese momento.
6. Anticipar algunas dificultades centrales relacionadas con el futuro.

Los sellos de legitimidad social y familiar del reencuentro

La experiencia ha aportado elementos vitales en lo que se refiere a la importancia de la oficialidad del acontecimiento del reencuentro. Puede parecer extraña e innecesaria la necesidad de la mayoría de los familiares reencontrados de garantizar los sellos y la legitimación social del hecho. Este aporte no se limita al momento del reencuentro. Añade además mayor peso y responsabilidad al compromiso que las partes adquieren de trabajar por recuperar su relación más allá de las dificultades que puedan presentarse durante el camino de la reintegración.

La presencia de algunas autoridades reconocidas ayuda a que se oficialice el reencuentro. Estas autoridades imprimen legitimidad al reconocimiento que hace el padre o familiar con el joven o la joven reencontrada.

Estas figuras de autoridad serán propuestas por la misma familia y pueden variar de acuerdo con sus características y sensibilidad. Para algunos, estas pueden variar según su oficio, rol, prestigio comunitario, etc., pudiendo ser el alcalde auxiliar, líderes religiosos, tíos, hermanos mayores, etc. En algunos casos son a los mismos miembros del equipo del programa a los que se les confiere este poder de representación y de poder.

Impases de la reintegración

En muchas familias, la relación de las partes reencontradas puede verse obstaculizada o congelada por dificultades no superados que se relacionan con la separación inicial, como en el caso de reclamos que vuelven a activarse y no permiten la comodidad en la relación. El programa apoyará la creación de espacios de comunicación y diálogo específicos para determinadas familias. Estos buscarán facilitar la aclaración o superación de dificultades originadas por las nuevas condiciones de vida.

El soporte de la organización

Facilitar el intercambio entre familias que siguen buscando a sus hijos y los reencontrados en proceso de reintegración, eleva el potencial sinérgico del programa, eleva la esperanza de los familiares que no han reencontrado a sus familiares ya que ven en estos la posibilidad real del reencuentro.

En el caso de las personas que se encuentran en las fases de reencuentro y reintegración, los familiares en general les ofrecen referencias de realidad y de alternativas respecto al manejo de los posibles conflictos o dificultades. Además, el grupo refuerza la importancia del vínculo de los reencontrados, resalta su calidad como ejemplo y escuela para aquellos que no han reencontrado a sus hijos desaparecidos.



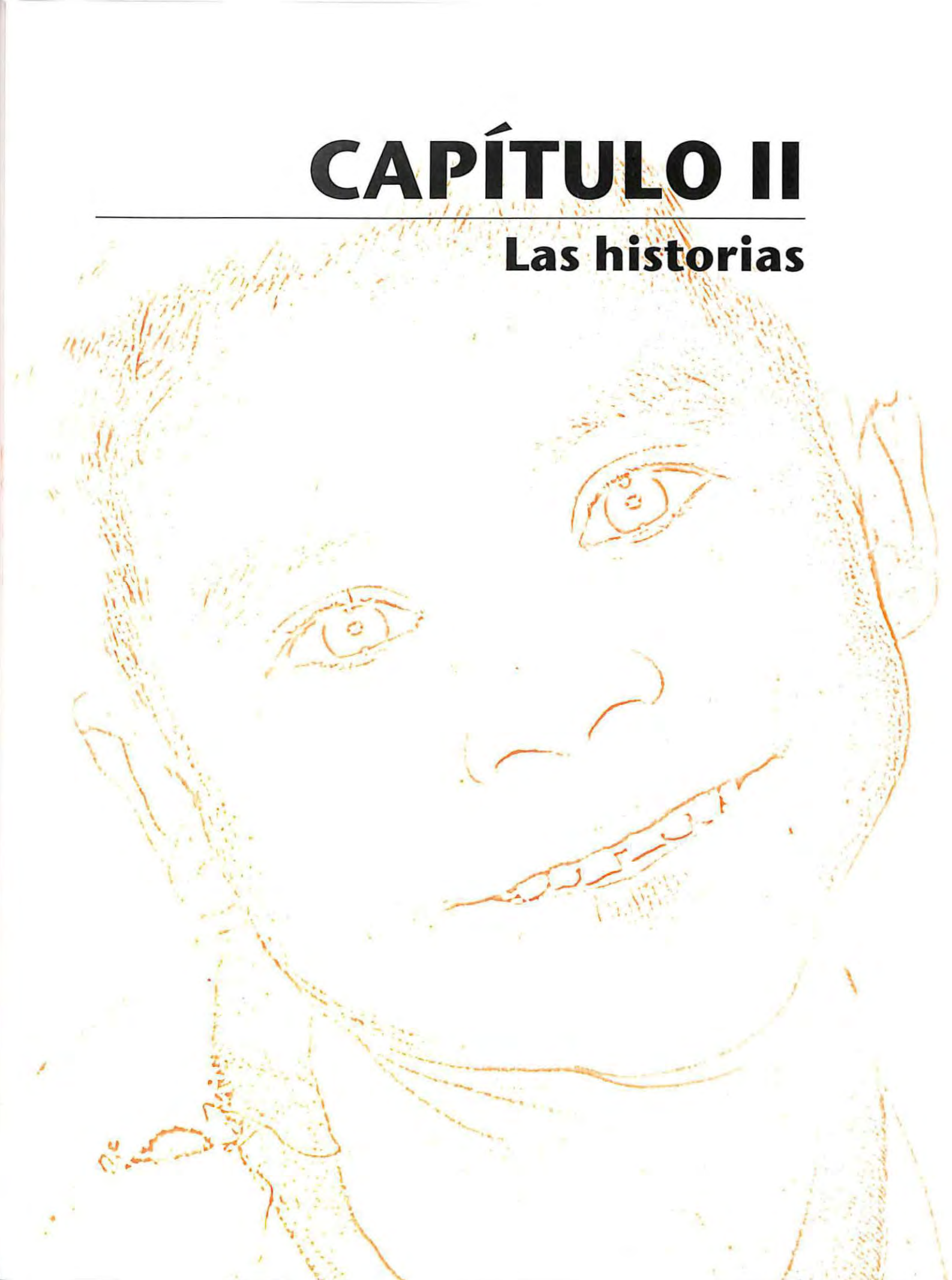
Los talleres de salud mental

Si bien se posee la conciencia de que no son estos la mejor alternativa para la conquista de la reintegración, esta última se concreta principalmente en la construcción de la nueva relación, basada en la nueva cotidianidad de los reencontrados, una cotidianidad que incluye de manera real y concreta la existencia de la familia reencontrada.

Los talleres aportan a estos esfuerzos, aspectos importantes, además son un espacio guiado que facilita la comunicación profunda, que abre espacios de apoyo a las partes. El grupo terapéutico permite visualizar aspectos que la familia no logra detectar. Los reencontrados se motivan y se fortalecen al descubrir que poseen un lugar importante dentro del programa.

CAPÍTULO II

Las historias



En medio de la guerra, Pedro resultó herido junto con su hija Rosa.

Sin entender cómo y por qué fueron separados forzosamente.

18 años después, la cicatriz que dejó la guerra sirvió para unirlos.

Se perdió en Aguacatán en 1984

Se reencontraron en Nebaj en 2005

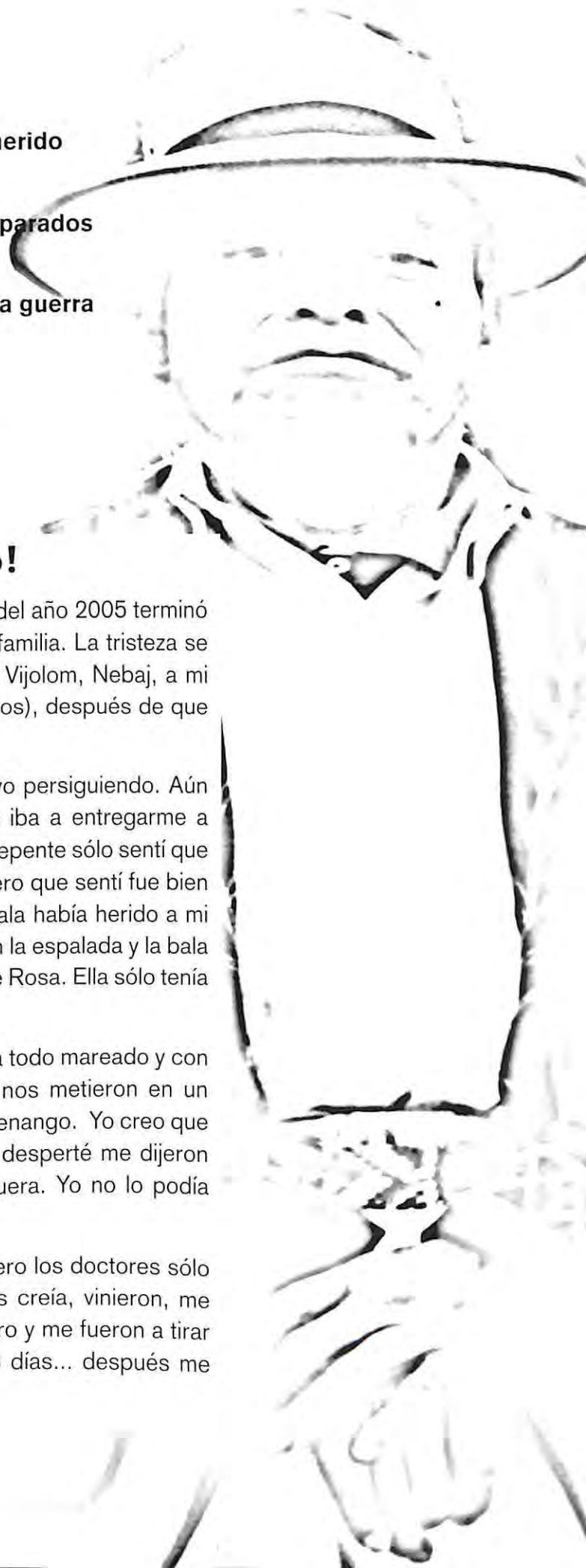
¡Mi corazón está contento!

Mi nombre es Pedro Santiago y el 3 de febrero del año 2005 terminó mi sufrimiento, el de mi esposa y el de toda mi familia. La tristeza se nos fue cuando vimos llegar a nuestra casa en Vijolom, Nebaj, a mi hija Rosa (junto con su esposo y sus cuatros hijos), después de que estuvo perdida 21 años.

Durante la guerra el ejército siempre nos anduvo persiguiendo. Aún no sé muy bien por qué. Por eso en 1984 yo iba a entregarme a Salquil Grande, cuando hubo una balacera, de repente sólo sentí que una bala me entró en el brazo derecho...lo primero que sentí fue bien caliente, después me di cuenta que la misma bala había herido a mi hija. Lo que pasó es que yo la llevaba cargada en la espalda y la bala me entró y salió, dándole después a la piernita de Rosa. Ella sólo tenía tres años.

Al verla herida yo no sabía qué hacer... Me sentía todo mareado y con mucho miedo, después los mismos soldados nos metieron en un helicóptero y nos llevaron al hospital de Huehuetenango. Yo creo que estuve como dos días dormido... y cuando me desperté me dijeron que mi hija se había muerto y que mejor me fuera. Yo no lo podía creer.

Por casi un mes estuve preguntando por ella, pero los doctores sólo me decían que estaba muerta. Como yo no les creía, vinieron, me agarraron, me metieron otra vez en un helicóptero y me fueron a tirar a la base militar de Petén. Allí estuve como 18 días... después me trajeron para Nebaj de vuelta.



Durante 21 años, con Ana, mi esposa, siempre mantuvimos la duda y la esperanza de que un día fuéramos a ver otra vez a nuestra hija. Algo nos decía que ella no se había muerto y le pedíamos mucho a Dios que un día la encontráramos. La tristeza siempre nos llenaba porque no sabíamos lo que de veras le había pasado.

Hace 3 años, recuerdo que nuestra esperanza creció cuando le dimos nuestro testimonio a don Pedro, porque él venía de una institución que nos iba a ayudar a buscar a Rosa. Casi por dos años fuimos a algunas de las reuniones que nos invitaban... allí conocimos a unas familias que estaban buscando a sus hijos y otras que ya los habían encontrado. Eso nos alegraba, pero a veces también nos daba tristeza porque nuestra hija no aparecía.

Hasta que a principios de este año 2005, nos dijeron que Rosa estaba viva y que vivía en Cobán con su esposo. A los pocos días, con don Pedro llamamos para allá y hablé con mi yerno y después con mi hija. Ella se oía bastante bien... Aunque me costó un poco hablarle porque ya no entiende el ixil, sólo habla castilla. Entonces, nos pusimos de acuerdo con mi yerno y con don Pedro y quedamos que el 3 de febrero ellos iban a venir a vernos.

Cuando le conté a mi esposa, ella se puso a llorar de la alegría y empezamos a preparar todo en la casa para recibir bien a Rosa. En esos momentos, me recordé de las otras familias que nos habían contado su reencuentro. No podía-

Yo siempre pensé que cuando la encontráramos teníamos que hacer fiesta y así lo hicimos

mos creer que ahora nuestra familia se iba a juntar otra vez. Yo siempre pensé que cuando la encontráramos teníamos que hacer fiesta y así lo hicimos. Don Pedro nos aconsejó y nos dijo que iba a venir Claudia a la actividad... eso fue bueno, porque así nuestra hija estaba con alguien conocido.

Además, don Pedro me pidió permiso para que vinieran gente de las noticias ese día; yo le dije que sí que eso era bueno así todos sabían que Rosa es mi hija. ¡Después salimos en la tele y en la prensa!

El día que iba a venir, desde temprano llegaron unos hermanos de la iglesia evangélica y toda la mañana tuvimos un grupo musical e hicimos un culto para darle gracias a Dios por la vida de nuestra hija. Mi esposa y otras mujeres de la comunidad empezaron a hacer los tamalitos desde bien temprano. Yo creo que habrán hecho unos mil tamalitos o más. Mataron unos pollos y cocinaron un caldo.

Como a las doce vimos tres carros que venían. Entonces quemamos cohetes y salimos a encontrar a Rosa. Ella venía con un traje de Aguacatán y sus tres hijas

con traje de Cobán. Cuando la vi... mis ojos se llenaron de agua y ella me abrazó. Después mi esposa la recibió a ella y a su esposo. Fue una cosa bien alegre que hasta se nos salieron las lágrimas.

Después empezó la actividad. Lo primero fue una oración porque teníamos que darle gracias a nuestro Dios, un pastor de la iglesia la dirigió. Luego, don Pedro me dio la palabra y yo hablé en el micrófono y conté como los ejércitos nos quitaron a mi hija, después habló ella y nos contó que había crecido en Aguacatán y que una familia la había crecido. Ella dijo que estaba feliz de vernos y que siempre se preguntaba cómo éramos nosotros.

Después, mi esposa se llevó a Rosa para adentro de la casa y junto con otras mujeres la vistieron de ixil. Para nosotros es bien importante que un día Rosita se pueda volver a poner su traje de Nebaj y ojalá pudiera aprender a hablar nuestro idioma, porque ahora ella ya no puede.

En el reencuentro también habló mi yerno, que es pastor de su iglesia y de último habló Claudia, una señorita que vino de Guatemala y que trabaja en la misma institución que don Pedro. Ella nos felicitó y nos dijo que nos iban a seguir apoyandonos para que nosotros como familia podamos vernos.

Ese día mi hija con su familia se quedó a dormir en mi casa. En la noche platicamos un montón. Mi corazón se sentía muy contento y aliviado por tenerla a ella de nuevo en nuestra casa. Francisco, mi yerno, nos invitó a su casa en Cobán. Con mi esposa les dijimos que sí queríamos ir a ver dónde vivían pero teníamos que esperar un poco, porque era un viaje bien largo.

Dos meses después, la Liga hizo una actividad en Guatemala y nos dijeron que allí iba a llegar Rosa. Entonces nosotros, aunque ya estamos grandes (65 años) decidimos que íbamos a hacer el viaje. Hablamos por teléfono con mi yerno y quedamos que de allí nos íbamos a ir para Cobán. Estuvimos un día en la reunión y escuchamos a otras personas que ya tienen tiempo de que se reencontraron... eso fue bueno porque así nos dimos cuenta de lo que puede pasar y de lo importante que es hablarnos las cosas.

Después nos fuimos para Cobán y nos hicimos dos días allí con Rosa, Francisco y nuestros cuatro nietos. Mi esposa me dice que está bien contenta porque todavía vivimos para ver a nuestra hija, Además, ella dice que se nota que Francisco es un buen hombre y trata bien a Rosa. Nosotros estamos dispuestos a hacer todos los esfuerzos para seguir juntos con mi hija.

No quiero volver a separarme

Mi nombre es Rosa. Pero en febrero del año 2005 me enteré que mi otro nombre es Magdalena. Lo que pasó es que cuando yo era chiquita el ejército me hirió y en el hospital donde me llevaron una familia me recogió a mí y a otro niño que se llama Mauricio. Ellos nos criaron a los dos y nos dijeron que eran nuestros padres. Por eso yo crecí en Aguacatán, Huehuetenango. Allí me enseñaron a hablar el idioma aguacateco y español.

Al principio me trataron bien. Me metieron a la escuela y después me consiguieron unos padrinos de Estados Unidos y me metieron a un colegio... allí llegué hasta 6to grado. Después yo quería seguir estudiando pero no se pudo.

Yo siempre me sentí sola, abandonada y nunca sentí el amor de un verdadero padre o madre. Yo recuerdo que cuando ya iba a la escuela, me molestaban y me decían que esos señores no eran mis papás... yo me ofendía y les decía que no era cierto. Pero en el fondo siempre pensé que talvez por eso me trataban un poco mal mis papás.



Conforme fui creciendo me di cuenta que era cierto lo que me decían los niños de la escuela. Entonces, después me daban muchas dudas: "¿Será que mis verdaderos papás están vivos o se habrán muerto?, y si están vivos ¿Por qué me habrán abandonado? ¿Será que me quieren?"

Cuando tenía como 16 años llegó el momento de casarme, con eso se me quitó un poco la tristeza, pero siempre cuando miraba gente en la calle, me preguntaba, yo misma, si talvez eran mis papás. Me casé con Francisco, él es de Aguacatán pero como es comerciante nos fuimos a vivir para Cobán. Él ha sido bien bueno conmigo y mis hijas. Tenemos tres hembritas y el más pequeño es varoncito.

En el año 2004, Mauricio, mi hermano, me contó que él se había reencontrado con su verdadera familia en Nebaj y que talvez me podían ayudar a mí también los de la misma institución, pero como yo me fui a vivir lejos, parece que llegaron a buscarme a Aguacatán pero no nos quisieron dar informaciones. Después Mauricio nos dio el número de teléfono del señor que nos vino a buscar y lo llamamos, pero no lo encontramos, después, este señor me vino a buscar cuando yo estaba de visita en Aguacatán. A él, este Mauricio, le había dado el número de mi esposo, y así fue como me encontraron los señores de la Liga.

Mi papá habló a todos en ixil y don Pedro nos iba traduciendo para que yo pudiera entender

El día que yo supe que estaban vivos y que me estaban buscando me dio una tristeza porque pensaba que ellos me habían abandonado porque no me querían. Pero don Pedro me explicó que no fue así, que fue por la guerra y que el día del reencuentro iba a entender muchas cosas.

Así que el 2 de febrero agarramos camino con Francisco y mis hijos desde Cobán hasta Nebaj. Allí nos recibió don Pedro y dormimos en su casa. Esa noche nos explicaron lo que íbamos a hacer el día siguiente, me dijeron que lo importante era oír bien todo lo que me iban a decir mis familiares y decirles yo cómo me sentía.

El 3 nos fuimos para Vijolom. Nosotros íbamos en el pick up de Francisco, además iba un carro de la institución y otro con periodistas. Todos estaban contentos por mí. En el camino paramos un rato en Salquil y allí les conté mi historia a los reporteros, y me tomaron varias fotos, después las sacaron en el periódico y en la televisión; eso me gustó mucho.

Yo me sentía bien contenta y nerviosa al mismo tiempo, no sabía cómo iba a hacer. Cuando llegamos, había como doscientas gentes en la casa de mis papás, habían arreglado todo para mí. Después supe que muchos eran mis familiares, ¡porque mi familia es bien grande!

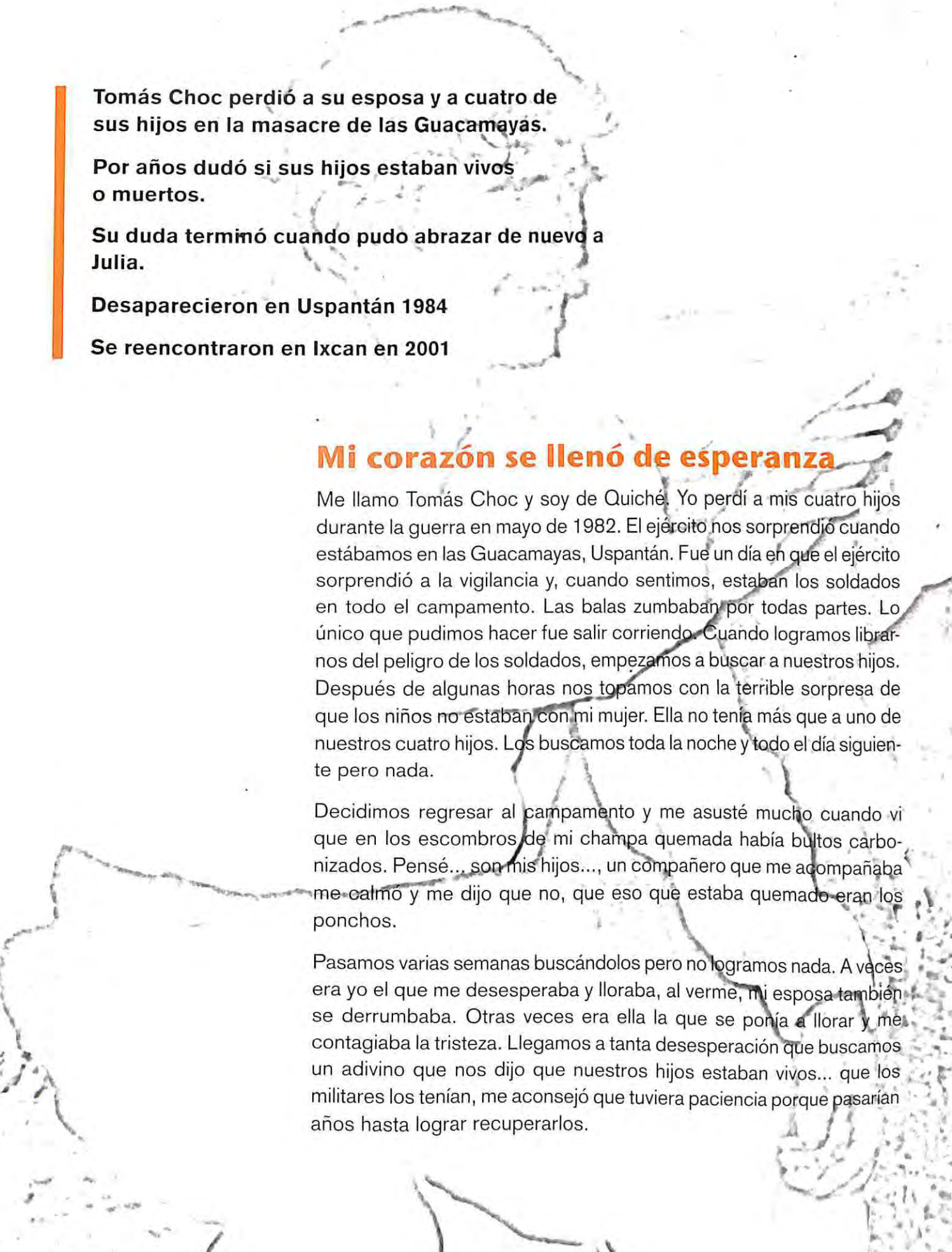
Mucha gente habló, mi papá habló a todos en ixil y don Pedro nos iba traduciendo para que yo pudiera entender, mi papá contó cómo nos dispararon a los dos, pero lo más bueno fue darme cuenta que mi familia siempre me ha querido y que también les tocó sufrir por la guerra. Yo no los culpo de nada, ahora entiendo muchas cosas. Me vistieron con el traje ixil, yo estaba nerviosa, pero me gustó... enfrente de todos me pusieron una cinta en el pelo.

Después mucha de toda la gente que estaba allí me pasaron a saludar y me daban dinero, regalos, comida.... Yo estaba muy emocionada, mis hijas andaban por todos lados con sus primas.... Y a mi chiquitío lo cargó mi mamá. Yo sentía bien bonito de estar con ellos.

Yo también hablé y les dije que Dios era muy grande y que ojalá que ellos se conviertan al Señor Jesús. Después esa noche nos quedamos allí, mis papás me dijeron que pensaban dejarme un terrenito allí, y esperan que un día nosotros construyamos una casita y nos pasemos a vivir cerca de ellos.

Yo me fui muy tranquila, con el corazón calmo. Al despedirme yo les dije que me gustaría tener mucha comunicación con ellos, porque durante todo este tiempo yo los necesité mucho y ahora que los tengo no quiero estar distanciada, aunque no hablemos el mismo idioma.

Les pedí a mis hermanos que me llamen para saludarme y con mi esposo los invitamos a ir a Cobán. Lo mejor fue que a los tres meses ellos me vinieron a ver, nos juntamos en la capital por una actividad de la Liga y después nos vinimos juntos a mi casa, eso me alegra mucho y espero que nunca más nos volvamos a separar.



Tomás Choc perdió a su esposa y a cuatro de sus hijos en la masacre de las Guacamayas.

Por años dudó si sus hijos estaban vivos o muertos.

Su duda terminó cuando pudo abrazar de nuevo a Julia.

Desaparecieron en Uspantán 1984

Se reencontraron en Ixcán en 2001

Mi corazón se llenó de esperanza

Me llamo Tomás Choc y soy de Quiché. Yo perdí a mis cuatro hijos durante la guerra en mayo de 1982. El ejército nos sorprendió cuando estábamos en las Guacamayas, Uspantán. Fue un día en que el ejército sorprendió a la vigilancia y, cuando sentimos, estaban los soldados en todo el campamento. Las balas zumbaban por todas partes. Lo único que pudimos hacer fue salir corriendo. Cuando logramos librar-nos del peligro de los soldados, empezamos a buscar a nuestros hijos. Después de algunas horas nos topamos con la terrible sorpresa de que los niños no estaban con mi mujer. Ella no tenía más que a uno de nuestros cuatro hijos. Los buscamos toda la noche y todo el día siguiente pero nada.

Decidimos regresar al campamento y me asusté mucho cuando vi que en los escombros de mi champa quemada había bultos carbonizados. Pensé... son mis hijos..., un compañero que me acompañaba me calmó y me dijo que no, que eso que estaba quemado eran los ponchos.

Pasamos varias semanas buscándolos pero no logramos nada. A veces era yo el que me desesperaba y lloraba, al verme, mi esposa también se derrumbaba. Otras veces era ella la que se ponía a llorar y me contagiaba la tristeza. Llegamos a tanta desesperación que buscamos un adivino que nos dijo que nuestros hijos estaban vivos... que los militares los tenían, me aconsejó que tuviera paciencia porque pasarían años hasta lograr recuperarlos.

Siempre estuve pendiente de ellos. Cuando movilizábamos a la población investigaba con la gente si no habían visto a mis patojos. De repente me enteré que las hijas de un compañero atrapado por el ejército el mismo día que perdí a mis hijos habían encontrado a su padre. Estas muchachas habían platicado con su padre y él les dijo que mis hijos estaban en la misma comunidad a la que lo habían llevado a él, en la Gloria, Uspantán.

Las muchachas me contaron que habían encontrado a mis hijos. Ese día la esperanza me llenó el corazón. Lamentablemente mi esposa ya no supo esto porque había muerto unos años antes. Logré enviar un mensaje a este señor y en una ocasión nos vimos en la montaña en escondidas y me confirmó la noticia de que mis hijos estaban en esa comunidad. Pero me explicó que era muy peligroso entrar a la comunidad porque en ella vivían puros patrulleros.

Ahora sabía hacia donde debía dirigirme. Lo malo era que a las CPR nos veían como guerrilleros en esa comunidad, nos odiaban. Yo fui responsable de la comunidad muchos años. Entonces mucha gente me conoce y sabe que soy una persona comprometida con la comunidad. En esos años nos movilizamos por toda el área de Xeputul hasta que llegamos a la Unión 31 de mayo donde nos asentamos. Esto no era una casualidad, había llegado junto con la población a mi cargo a la comunidad vecina donde estaban mis hijos. Ahora los tenía a menos de una hora de camino.



A pesar de lo cerca que estaban mis hijos, eran tiempos de mucha inseguridad y violencia. No había condiciones de seguridad. Además a Ana la tenía un ladino de esa comunidad que había sido militante del ejército. Estuve esperando mucho tiempo para poder ir a ver a mis hijos pequeños y a Julia, de quien sabía que se había casado con un q'eqchi. De Ana ya sabía que estaba viva. Le mandé un mensaje y ella me fue a buscar a la Unión. Fue un momento de mucha alegría. hablamos bastante pero ella tampoco sabía mucho de sus otros hermanos.

En el año 2001 llegó el equipo de la Liga a mi comunidad. Ellos nos contaron el trabajo que hacen y yo vi que era una oportunidad importante para mi familia. Hablé mucho con ellos, les conté toda mi historia y me ofrecieron apoyo. Fueron a la comunidad donde se encontraban mis hijos pequeños: Magdalena y José. Lamentablemente me trajeron la noticia de que mis hijos chiquitos habían muerto. Las familias que los recogieron dijeron que los niños se enfermaron y que fallecieron. Esa noticia fue un golpe doloroso para mí.

Pero todavía tenía pendiente a mi hija Julia. Los investigadores de la Liga fueron a buscarla y la encontraron en el camino para Asunción Copón, Ixcán, me trajeron fotos de ella, me contaron que se había unido a un q'eqchi. Fue bueno saber que mi hija me quería ver; que me esperaba en su casa porque ella acababa de tener un bebé y no podía viajar. Entonces organizamos mi viaje al Ixcán. Antes del viaje me explicaron que debía prepararme porque mi hija ya no hablaba el idioma quiché que yo le enseñé; que la habían criado unos q'eqchi's y que sólo hablaba su lengua. También sabía que ella podía estar enojada o dolida por lo que pasó. No era fácil pensar en afrontar tantas cosas que hemos vivido como familia, pero yo quería verla y decirle que su papá está vivo y que ella es mi hija.

El 25 de octubre del 2001 el equipo de la Liga me llevó a donde se encontraba Julia. Se había trasladado del Tesoro Uspantán hacia Santa María Samacoch (Asunción Copón, Ixcán). Viajamos dos días enteros, bajo los torrentes de agua, y después de una larga caminata, ya que el puente del río Asunción estaba bajo agua, encontré a mi hija. El 28 de octubre reencontré a mi hija. En ese momento me parecía que estaba viviendo un sueño, ya me habían preparado que mi hija no podía comunicarse conmigo, ella había olvidado mi idioma, fue necesario utilizar una traductora.

**No era fácil
pensar en
afrontar
tantas cosas
que hemos
vivido como
familia, pero
yo quería
verla y decirle
que su papá
está vivo y que
ella es mi hija**

Hicimos una celebración de agradecimiento a Dios. Preparamos un altar con flores y muchas velas. Yo pedí un minuto de silencio por todos los difuntos de la guerra y en especial por la mamá de la Julia. Los señores de la Liga dijeron unas palabras sobre nuestro reencuentro y después mi hija me presentó a su familia, a su esposo y a su bebé, también estaba la mamá de mi yerno. Ante todos los testigos yo reconocí públicamente a Julia como a mi hija, en ese momento le conté un poco mi historia y ella contó un poco de la suya. Hablamos de todo lo que nos hizo la guerra y de que sufrimos mucho los dos. Después otras personas hablaron sobre la importancia de la familia y la alegría de poder seguir construyendo la vida de nuestra familia. Estuvimos muy contentos. En la noche platicamos mucho e hicimos una fiesta con música y comida.

Al día siguiente cuando ya estábamos por despedirnos, Julia se puso muy triste y empezó a llorar, dijo que no quería que la dejara nuevamente. En ese momento

Después del reencuentro, he visitado a mi hija en su casa dos veces y nos hemos visto en algunos encuentros organizados por la Liga. Ahora estoy más tranquilo

se abrió su corazón y sacó recuerdos de su niñez, una niñez sin alegría ni amor. Yo me preocupé porque no quería que ella se quedara triste, le hablé que ahora ya sabía que su padre la había reconocido y que yo volvería otro día a visitarla. Pero Julia no paraba de llorar y de recordar momentos dolorosos. Tiempos de mucha soledad y miedo. Yo la consolé y lloré con ella. Le expliqué que vivíamos muy lejos y que no sería fácil volver a vernos pero estaríamos unidos en la mente.

Después del reencuentro, he visitado a mi hija en su casa dos veces y nos hemos visto en algunos encuentros organizados por la Liga. Ahora estoy más tranquilo. Yo no me había dado cuenta de que para Julia nuestro reencuentro había sido triste, porque no pudimos hablar suficiente.

En el encuentro de reencontrados organizado por la Liga, ella me dijo que necesitaba saber más sobre mi vida, la de su madre y sus hermanos, necesitaba

saber qué había pasado con su madre y hermanos. En aquel momento del reencuentro estaba tan emocionado y confundido que no pude contarle todo, pero en este nuevo momento sí pude darle detalles de la muerte de su madre. Le conté que ella murió un año después de que se los habían llevado; que se murió de un susto. En esos días ejército bombardeó el campamento y una de las bombas calló muy cerca de nuestra champa y ella se asustó mucho, a los tres días ella se puso muy enferma y murió. Me costó mucho contarle esto a mi hija, porque yo siento mucho dolor cuando hablo de la madre de ellos.

Esta comunicación nos acercó y me ayudó también a conocer la historia y los sentimientos de ella. Descubrí que Julia sufría al verme sufrir; que no me juzgaba y que me quería; que sufrió mucho nuestra ausencia; Y que por desgracia, le tocó sufrir muchas injusticias de parte de la gente que la tuvo.

Yo creí que no lograría escuchar tantas cosas dolorosas. Valió la pena porque ahora la veo tranquila y contenta conmigo. Ya me dijo lo que tenía que decirme y yo le conté lo que tenía que contarle. Ahora estamos mucho más unidos.

Esta experiencia de reencontrar a mi hija me ha hecho ver muchos daños que la guerra nos hizo a toda la familia. Además de la muerte de mi esposa, Magdalena y de José, esta violencia nos cambió, nos hizo distintos. Ahora mis hijos tienen otra identidad: Ana es ladina, Julia es q'eqchí, Catarina es quiché. Nos cuesta estar juntos por la comunicación, necesitamos traductores para poder hablar entre nosotros. Lo bueno es que cada uno tiene muchas cosas que contar y que todos hemos aprendido cosas distintas que son importantes.

Hay otras cosas que me ha traído el reencuentro con mi hija. Yo me he dedicado a apoyar el programa "Todos por el reencuentro" en mi comunidad, me han pedido que hable ante la prensa sobre lo que vivimos, mis fotos han salido en distintos periódicos y he podido denunciar muchas injusticias que nos ha tocado vivir. Esto me ha servido mucho porque yo necesitaba decir todo el daño que me hizo el ejército y la guerra.

Otra cosa es que mi testimonio es útil para otras familias. Mi reencuentro con Julia es el primer reencuentro realizado por el programa. Tengo una gran responsabilidad con otras familias que vivieron lo mismo que nosotros.

Esas familias que siguen buscando a sus hijos me preguntan cómo es la experiencia de reencontrarse después de tantos años, qué se tiene que esperar, qué problemas se dan y muchas otras preguntas. Me gusta saber que mi felicidad puede ayudar a otros a lograr esperanza y consuelo.

Ahora, lo que me falta para estar tranquilo es poder lograr ubicar los cuerpos de Magdalena y de José. Creo que tengo el derecho de poder exhumarlos y de traerlos cerca de donde yo vivo. Es algo a lo que no voy a renunciar.



¡Ahora tengo papá!

Mi nombre es Julia Choc y ahora sólo hablé q'eqchí. Yo me separé de mis papás porque los patrulleros me llevaron a mí con mis hermanos. Éramos cuatro: yo, mi hermana y mis dos hermanitos. Cuando llegamos a la aldea de los patrulleros, nos repartieron, quedamos separados pero en la misma comunidad, a mí me cuidó una familia q'eqchí. A veces miraba a mi hermana y hablábamos de mi papá y de mi mamá, algunas personas nos decían que ellos estaban vivos y que nos buscaban, pero el tiempo pasaba y pasaba.

Yo no tuve suerte, la familia que me tenía no me quería, sólo me tenían para trabajar, no me daban comida ni ropa... sólo un corte de Cobán me dieron. Algunas personas que eran buenas me regalaban alguna ropa vieja. Esos señores me pe-

gaban mucho y me decían que ellos eran mis papás que no pensara otra cosa y que mis papás habían muerto por ser guerrilleros.

Me llevaron a vivir con ellos en Cotijá, lejos de mi hermana Ana. Volví a sufrir mucho cuando me separaron de ella porque con ella nos veíamos cada tanto para platicar de nuestros papás. Allí crecí con ellos... nunca me mandaron a la escuela, me querían para que les hiciera el trabajo de la casa. Después conocí a Marcelo el que ahora es mi esposo, nos casamos y nos fuimos a vivir a Santa María Semacoch. Él es un hombre bueno, me da mi comida, mi ropa y me cuida. Ahora soy feliz con él. Tenemos tres hijos y a veces me visitaban los señores que me crecieron.

Un día por la tarde vino el que era mi papá junto con una señorita en un carro. Ella le pidió a él que le tradujera porque ella no hablaba q'eqchí. Yo no podía creer lo que me estaban diciendo. ¡Mi papá me andaba buscando y quería verme. Recuerdo que de una vez pusimos una fecha para que él viniera.

Cuando mi papá vino, yo estaba alegre, Bueno... estaba triste y contenta al mismo tiempo, él me buscó y me vino a decir que yo soy su hija. Después de que lo vi, sentí que ahora tengo papá, Supe que ya no soy alguien que la gente

puede maltratar. Cuando vino, yo quería hablarle pero no podía, él no entiende lo que yo hablo y yo no entiendo su idioma.

La primera vez que lo vi no sabía qué hacer, quería que me contara muchas cosas pero no sabía cómo preguntar, me daba vergüenza y miedo. Estuvo bonito el reencuentro, hicimos una fiesta y comimos, yo le enseñé a mi papá mis hijos y a mi esposo, lo primero que hizo él fue darles la bendición a sus nietos. También estaba mi suegra en la casa con nosotros. Lo único es que no pudimos hablar mucho... aunque también llegó una señora para traducirnos, no es lo mismo que hablar el mismo idioma.

Él se volvió a ir y no le había podido contar mi vida, tampoco sabía lo que él estaba viviendo, cuando se fue me quedé triste otra vez. Yo quería estar más tiempo con él pero él vive lejos y se tenía que ir. Él me consoló y me dijo que iba a regresar, que me llevaba en su corazón.

A los meses regresó la misma señorita que vino la primera vez y me trajo muchas fotos de mi reencuentro. A mi me daba risa verme allí, pero sentí que era bueno porque eso me iba ayudar a nunca olvidar ese día. Por eso, junto con mi esposo, las pegamos todas en una pared de la casa... les pusimos plástico encima para que no se arruinen... y siempre las pueda ver.

Después en la Liga nos ayudaron para que nos volviéramos a encontrar. Conocí a otras familias que habían vivido lo mismo que nosotros. Eso me ayudó a saber y entender muchas cosas, también hablé un poco con mi papá, pero todavía no le había contado mi vida. Mi papá volvió a venir a mi casa dos años después, también vino rápido y lo que no ayudó es que no podíamos hablar, estábamos en silencio, sólo comió y se durmió. Al otro día habló con mi esposo y me dijo que ya me había visto y que iba a regresar otro día.

En uno de los encuentros preparados por la Liga al fin pude contarle a mi papá todo lo que viví. Un señor nos hizo la traducción, él lloraba mucho y me decía que le dolía mucho todo lo que me hicieron los soldados y esa familia que me cuidó. Pero yo no le quería contar nada más. También le quería decir que yo no lo culpo a él, que no quiero que sufra por mí. Necesitaba saber qué había pasado con mi mamá; dónde se había quedado y cómo había muerto. Mi papá lloraba mucho cuando habló de la muerte de mi mamá... él la quería mucho. Una bomba la asustó y murió.

Ahora mi papá sabe que mi vida es diferente, que mi esposo me quiere y que tengo mis hijos. Ahora tengo a mi papá. Yo le conté todo no para que sufriera, sino que como es mi papá me podía oír. Ya no vamos a sufrir por las cosas que pasaron, ahora estamos juntos y somos familia. Lo que quiero hacer es ir a la casa donde vive mi papá, conocer mis hermanos y estar con ellos como una familia. Yo sé que no es fácil porque hay que caminar mucho y yo tengo niños pequeños, pero un día van a llevarme y voy a estar feliz con mi familia.



Cuando Jacinto tenía nueve años fue capturado por el ejército en Nebaj.

Después de vivir en diferentes lugares del país, se quedó con una familia en Chimaltenango.

En el año 2002 su vida volvió a cambiar cuando se encontró con Petrona, su mamá y sus hermanos.

Desapareció en Nebaj 1982

Se reencontraron en Nebaj en 2002

¡Ya no estoy solo en esta vida!

Me llamo Oscar Jacinto Rojas, aunque mi nombre originalmente era Jacinto Guzmán Santiago. Tengo 25 años y estoy viviendo en el barrio Chocopín de Chimaltenango y ahora quiero contar cómo llegué a este lugar.

En 1983 por el conflicto armado y la tierra arrasada, que dirigió el general Efraín Ríos Montt contra la población de Nebaj, los soldados me capturaron en el cerro Sumal Grande, en ese tiempo tenía nueve años. Para que yo llegara hasta aquí, tuve que estar en otros lugares, pasé por Aguacatán, por la zona militar de Huehuetenango, por un hogar de niños en Malacatán, y por último, llegué a Chimaltenango.

Durante los años que estuve separado de mi familia sufrí mucho porque la persona que me adoptó me trató muy mal. No me daban de comer, me pegaban con cualquier cosa, me discriminaban porque no entendía ni hablaba español... fueron muchos los sufrimientos que viví.

No aguanté mucho esos maltratos, por eso me fui de la casa. Estuve viviendo por varios meses con distintas personas, pero gracias a Dios, un día me encontré a la familia de doña Chona. Miguelito, su nieto, y Rosalbina, su hija, y tuvieron compasión de mí y me llevaron a su casa. Allí sí me trataron bien, como un hijo, como un hermano. Yo les contaba mi historia y ellos siempre me animaban, me decía que tal vez algún día podría encontrar a mi familia.

A mediados del año 2002 tomé la decisión de buscar a mi familia. Antes de esto busqué ayuda en otras organizaciones y me dijeron que me iban a ayudar, pero al final no me ayudaron... eso me dolió mucho, porque yo ya me había ilusionado.

A pesar de estas dificultades, yo sentía que tenía que seguir buscando, entonces viajé a Nebaj por mi propia cuenta para buscar a mi familia, pero no encontré a nadie, ninguno me dio información. Desanimado regresé a Chimaltenango, sin lograr ningún resultado. Lo bueno era que doña Chona siempre me apoyaba y me daba ánimos para buscar a mi familia, aunque no fuera fácil.

Después, a finales del mismo año, la fábrica donde yo trabajo en Chimaltenango me dio vacaciones, y pensé en aprovechar esos días para ir a Nebaj a buscar a mi familia, así que me dispuse a viajar. Entonces el señor Estanislao se ofreció para apoyarme y me acompañó, llevándome en su carro hasta Nebaj.

**Yo sentí el
aprecio y el
cariño de
todas las
personas.
Además, los
regalos que
me dieron,
eso no me lo
imaginaba...**

Llegando a Nebaj me dirigí al parque para ver si alguien me daba alguna información. El señor Pedro se encontraba frente a la iglesia católica, nunca lo voy a olvidar, entonces empecé a platicarle mi situación y la sorpresa es que él me dijo que de eso se trataba su trabajo.

Después de platicar un rato con él, me dijo que él conocía a mi mamá y que vivía en una aldea que quedaba como a una hora. Yo no lo podía creer. Entonces hicimos varias llamadas y se arregló para que doña Chona y Rosalbina estuvieran conmigo en mi reencuentro.

Al otro día, los señores de la Liga las llevaron desde Chimaltenango hasta Nebaj. Allí yo presenté a uno mis primos que don Pedro me había presentando antes, fue bien alegre hablar con mis primos... nos recordamos de cuando éramos patojos y de los juegos que nos gustaban.

Esa noche platicamos bastante y Claudia y don Pedro me dijeron que el reencuentro iba a ser un poco difícil, porque mi mamá no habla español y ya pasaron muchos años. También me contaron todo el sufrimiento que pasó mi mamá cuando murió mi papá. Recuerdo que esa noche casi no pude dormir de pensar qué iba a pasar.

En la mañanita del otro día nos llevaron en su carro hasta la aldea Vijolom. La realidad es que cuando llegué yo no encontraba palabras para mi mamá y a toda la familia que salió a encontrarme para darme la bienvenida. Yo creo que habían como cien gentes. De verdad, mi llegada con mi familia fue una gran fiesta; los adornos, las oraciones, la comida, la presencia de toda la comunidad y las palabras de cada uno de ellos de alguna manera me fortalecieron.

El hecho es que yo ya no podía hablar mi propio idioma, mucho menos entenderlo. Yo sentí el aprecio y el cariño de todas las personas. Además, los regalos que me dieron, eso no me lo imaginaba... me dieron un morral de Nebaj, comida y dinero.

Después del reencuentro con mi mamá, me he sentido tranquilo y contento sabiendo que ella está viva. Ahora lo que se me hace difícil es hablar con ella. No nos entendemos por el idioma, pero mis hermanos hacen lo posible para interpretar mis palabras. A mi mamá la he visitado varias veces, en las fiestas de Semana Santa, Navidad o Año Nuevo, le he llevado sus cosas. Algunas veces mi familia adoptiva y otras personas más me han acompañado para ir a visitarla, le tienen mucho aprecio y eso a mí me hace sentir muy bien.

Yo quisiera aprender ixil, pero es bien difícil. Yo casi no me recordaba de ninguna palabra, pero creo que poco a poco nos vamos conociendo mejor y tal vez un día yo lo logre hablar. Lo importante es que ahora ya no estoy solo en esta vida.

¡Ya no siento tristeza!

Mi nombre es Petrona Santiago, tengo 56 años. Mi marido se llamaba Jacinto Guzmán. Tengo cinco hijos: tres hombres y dos mujeres, el primero es el Jacinto, después la Elena y la Catarina y luego el Vicente y el Jacinto.

Antes de la guerra vivíamos en la aldea Vijolom. Allí teníamos un ranchito, nuestra milpa y unos animales. En el año 1982 los soldados llegaron con nosotros y comenzaron a matar a la gente, quemaron la casa, machetearon la milpa, mataron y robaron a los animales, nos asustamos y por eso huimos al monte, nos escondimos, pero los soldados se quedaron mucho tiempo en el lugar. Después nos fuimos lejos, allá en la montaña de Sumal Grande, pero se terminó nuestra tortilla, ya no teníamos comida, no teníamos sal, ya sólo hierba comíamos con los niños.

Por eso un día en la mañana, mi finado marido me dijo que iba a ir a buscar papas para comer, porque si no se iban a morir de hambre los niños. Recuerdo que ese día Jacinto se fue con su papá para ayudarlo, pero, según mi finado marido, había mucha nube y no se miraba que los soldados estaban escondidos en el monte. Entonces salieron y lo agarraron a él y al Jacinto, que tenía nueve años, y ya no regresaron. Desde ese momento me mantenía llorando.

De repente, como a los cuatro días, mi finado marido, regresó solo y le pregunté que dónde estaba el Jacinto, y me dijo que se había quedado con los soldados, que no querían soltarlo. Yo sólo me recuerdo que me puse bien triste y empecé a llorar por mi hijo. Había momentos en que pensaba que tal vez lo iban a soltar y que iba a esperarlo; pero nunca regresó mi Jacinto. Cuando los soldados se fueron, nos fuimos a buscar a mi hijo al lugar donde estuvieron los soldados, pero no encontramos nada. Así se llevaron a mi Jacinto.



Después nos fuimos a la CPR de Cabá (entre Amachel y Santa Clara). En 1984, regresamos a Xejuil, pero allí nos mandaron unos días al destacamento de Nebaj, cuando ya estuvimos fuera del destacamento me fui a hacer tres meses a las Violetas y empecé a preguntar a las personas por mi hijo, pero me decían que no conocían a nadie.

En ese tiempo mi finado marido consiguió un día de trabajo con las personas de Nebaj. Como ya estábamos enfermos por los sufrimientos de la guerra, él se desmayó en el trabajadero y se lo llevaron al Centro de Salud; allí murió. Me quedé otra vez en la tristeza. Fueron muchos los sufrimientos que vivimos y todos por culpa de la guerra.

Después, cuando se calmó un poquito, me fui a vivir a mi lugar de origen y, gracias a Dios, aquí estoy con vida. Durante los años que he estado viviendo aquí, en la aldea Vijolom, siempre pensaba en mi hijo Jacinto, le pedía a Dios que algún día pudiera saber de él.

A principios del año 2002 don Miguel Brito, alcalde auxiliar de la aldea, me dijo que a una reunión de los alcaldes; llegó uno que se llamaba Pedro, a platicar con ellos. Él les dijo que una institución estaba buscando a los niños que se perdieron en el tiempo de la guerra.

Al escuchar esta información, me fui luego a Nebaj junto al señor alcalde para buscar a Pedro. Él me explicó que trabajaba para la Liga y que lo que hacían era buscar a niños perdidos, entonces, le conté mi testimonio y le pedí que me tomara en cuenta para buscar a mi hijo. Así fue que Pedro escribió mi historia y me tomó una foto, me dijo que iba a platicar con sus compañeros en Guatemala, para buscar Jacinto. Recuerdo que varias veces me vinieron a visitar desde la capital.

Después, un día que yo no esperaba nada, llegó don Pedro a visitarme muy temprano y me dijo que tenía un mandado muy importante. Yo pensaba que era una reunión, pero él me dijo que Jacinto ya estaba en Nebaj y que iba a llegar a mi casa, allí sentí una gran alegría en mi corazón y me fui corriendo a decirles a mis hijos y a otros familiares.

Nos juntamos luego y platicamos sobre qué íbamos a hacer por Jacinto. Unos dijeron que primero íbamos a hacer una oración, yo dije que hiciéramos comida, pero luego pensé que no teníamos dinero, entonces Pedro me dijo que me iban

a ayudar un poquito con dinero y me sentí contenta. Así que unos fueron con el pastor evangélico, otros buscaron al conjunto, otros fueron a buscar el adorno: el pino y las flores. Así preparamos la fiesta para Jacinto.... Los hombres armaron una galera en el patio, para recibir a la gente.

En el año 2002 llegó por fin mi hijo Jacinto. Lo recibimos con alegría, los conjuntos cantaron himnos de bienvenida, el pastor de la iglesia hizo una oración por mi hijo, el llegó con la señora Chona y doña Rosa, su otra familia. También llegaron Leonel y Claudia desde la capital; ellos son de la institución donde trabaja Pedro.

El momento más importante para mí fue cuando vi a mi hijo. Recuerdo que me abrazó y lloramos mucho. Después, cuando nos juntamos en la mesa para el almuerzo, yo sentía una alegría en mi corazón. Como él no entiende nuestra lengua ixil, buscamos un traductor. Después nos fuimos con Jacinto para que conociera el lugar donde vivíamos antes. Cuando llegamos al lugar, Jacinto reconoció un árbol y dijo: "Yo recuerdo que cuando era chiquito, yo me subía a este árbol", en ese mismo momento él se subió al árbol; parecía como que era un niño.

Por último platicamos con Jacinto y le pregunté que si iba a vivir conmigo en la aldea, pero me dijo que no, porque tiene su trabajo y no puede abandonarlo. Yo en mi corazón esperaba que él se viniera conmigo para ayudarme...yo ya estoy grande y no tengo marido. Dijo también que no quería dejar rápido a su segunda familia, pero que algún día iba a venir conmigo.

Jacinto ya me visitó varias veces, él viene dos veces por año y me trae cosas. Yo solo una vez lo fui a visitar a Chimaltenango, yo ya conozco el lugar en donde vive. Solamente me cuesta hablar con él porque no puedo hablar en castilla y él no sabe hablar en ixil, pero mis otros hijos le dicen a él en castilla lo que yo le quiero decir. También me cuesta ir a visitarlo, porque cuando voy en la camioneta me duele mucho la cabeza... porque es bien lejos....

Gracias a la Liga, que me ayudó a encontrar a mi hijo Jacinto. Ahora ya no siento tristeza, ya me siento contenta y alegre. También, gracias a la Liga, porque nos siguen ayudando. Cuando hay reuniones nos avisan. Nos ayudan con el pasaje para Nebaj o para Guatemala.

Los adornos, las oraciones, la comida, la presencia de toda la comunidad y las palabras de cada uno de ellos de alguna manera me fortalecieron



Félix Maquín perdió a sus cuatro hijos en Uspantán...

Ellos crecieron juntos en un orfanato.

20 años después se reencontró con ellos en San Lucas Tolimán.

Se perdieron en Uspantán en 1981

Se reencontraron en San Lucas Tolimán en 2002

Me cambió el corazón

Mi nombre es Félix Maquín y en 1981, cuando vivía en Macalajau aldea de Uspantán, Quiché, me tuve que ir huyendo a las montañas por la guerra, pero mis hijos "Fermina, Juanita, Santos y Conrado", como eran pequeños, se quedaron con su mamá. Sólo me llevé a Julio, el más grande. Después supe que a ella la mataron y se llevaron a mis patojos para un hogar en San Lucas Tolimán.

Al tiempo yo me junté con otra mujer y tuve otros hijos... pero siempre me recordaba de mis patojos... me daba cólera no saber de ellos y otras veces hasta lloraba por ellos cuando estaba solo. Yo siempre tuve la esperanza de encontrarlos porque sabía que estaban vivos; como siete veces yo intenté buscarlos pero no lograba nada. Un vez me recuerdo que llegué a San Lucas y hablé con una tía de ellos y después fui a verlos un rato pero no hablamos... yo tenía mucho miedo de que no me fueran a querer por haberlos dejado, por eso mejor me fui. Lo bueno fue que me dieron unas fotos de cuando ellos estaban en el hogar.

En el 2001 cuando vinieron los de la Liga a mi casa en La Unión 31 de mayo, les conté todo y sentí que talvez ahora sí iba a ver otra vez a mis hijos y sobre todo iba poder hablar bien con ellos.

A los cinco meses se comunicaron conmigo por teléfono y nos organizamos para ir buscarlos. Yo salí caminado de mi casa en la madrugada del 16 de diciembre del 2002 y llegué a Nebaj después de 8 horas. Al día siguiente nos fuimos con uno de los promotores de la Liga para Los Encuentros y allí pasaron en carro por nosotros otras

gentes de la Liga. En el viaje también me acompañaron don Tomás Choc como testigo, (representante del programa "Todos por el reencuentro") mi hijo chiquito Félix Maquín y mi hijo mayor: Julio que es hermano de mis primeros patojos.

En el carro nos fuimos platicando de mis hijos y cómo los había perdido. Recuerdo que me decían que me prepara porque talvez podrían estar molestos conmigo, además, me dijeron que ya no eran unos niños pequeños.

iba un poco nervioso porque no sabía qué iban a decirme mis hijos... como los dejé bien chiquitos. En la mañana llegamos a la casa de Fermina. Allí estaban esperándome... menos Conrado, porque estaba trabajando. Nos sentamos todos en un cuarto y allí yo les dije lo que había pasado, les conté que ahora tenían otros hermanos y que mi esposa los quería conocer.

Al principio yo sentí que ellos estaban un poco enojados conmigo por todo lo que les pasó. Les dije que los quería mucho y que me había tocado sufrir mucha soledad... durante casi diez años viví sin mujer; éramos sólo mi hijo mayor Julio y yo, nadie me cuidaba ni me daba mi comida.

Me dolió mucho oír lo que les tocó sufrir a mis hijos. Fermina contó que ella cuidó a sus hermanos y me dijo que además de sentirse sola y desamparada, no entendía por qué yo los había dejado.

Me contaron que una señora se los llevó juntos en un camión hasta San Lucas Tolimán y los dejó en un hogar de niños que atendía un padre... allí los cuidaron y les dieron estudios, pero no tenían a sus papás.

Juanita, la más pequeña, no se recordaba nada de mí. Ella tenía meses cuando yo me tuve que ir. A ella le costó hablarme porque se puso a llorar.... Fue algo bien difícil para todos pero también me sentí contento de verlos y de conocer a mis nietos.

Esa noche nos quedamos a dormir allí... al día siguiente, mis hijas me llevaron a conocer el lago de Atitlán..., eso me gustó bastante. Desde ese día me cambió el corazón; se me quitó el dolor, la duda y la tristeza, lo único fue que no pude ver a Conrado... pero me dijeron que él está bien y quedamos que talvez ellos me pueden ir a visitar a mi casa en La Unión.

Después de esos dos días yo me regresé a mi casa bastante tranquilo. Yo lo que quiero es conseguir un terrenito para dejárselos a mis hijos. Durante estos años no nos hemos podido ver otra vez porque no tengo dinero para irlos a ver... y seguro que ellos tampoco tienen dinero para llegar a verme.

Ahora el problema es con el esposo de Juanita, que no sé por qué no me quiere reconocer como su suegro... no entiendo. En cambio el esposo de Fermina, él sí. Eso me pone triste porque entonces con Juanita también es difícil la relación.

Por lo menos nos hemos hablado por teléfono algunas veces y ellos me han reconocido como su papá. Una vez, parece que hace dos años, ellos fueron a Guatemala para verme en una actividad de la Liga, pero yo no pude ir. Después, el año pasado, yo fui a la capital para otra reunión pero ellos no pudieron venir. Hasta ahora en el 2005, que gracias a la Liga pudimos vernos y hablar de muchas cosas con mis hijas mujeres y mis dos nietecitos.

Ellas le pidieron a un psicólogo que nos acompañara para poder hablar mejor. Fue un poco difícil para mí, porque recordé tristezas, pero siento que fue bueno para mis hijas que yo les explicara cuánto quise a su mamá y por qué nos quedamos separados en aquella época. Para mí también fue importante escucharlas a ellas y darme cuenta de cómo son y cómo se han sentido en estos años después del reencuentro.

Después de esa plática yo espero poder estar bien con todos mis hijos reencontrados. Yo le dije que las iba ir a visitar a su casa, eso les gustó mucho y dijeron que talvez Santos y Conrado van a llegar a verme a mi casa. Yo sólo espero que ellos se demuestren amor entre sí y que nos tengan respeto a los mayores, porque eso es muy importante.

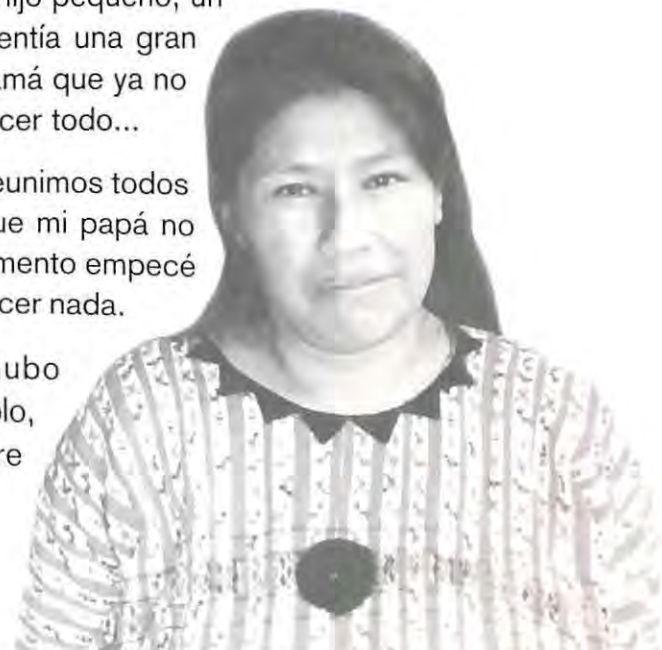
¡Puedo decir que tengo un padre!

Yo soy Fermina Maquín y crecí con mis tres hermanitos; yo soy la más grande. Recuerdo que cuando don Félix llegó a mi casa a finales del 2002 fue una cosa parecida a un sueño. Yo no lo podía creer, porque durante muchos años yo hacía a mi papá como muerto. Realmente fue una gran sorpresa. Me recuerdo que una noche antes llegaron a mi casa a preguntarme si quería ver a mi papá, yo no entendía muy bien lo que pasaba y sólo les contesté, desde la puerta, que estaba bueno.

Yo le dije a mi esposo y les avisé a mis hermanos, mi esposo estaba contento por mí, en cambio Juanita estaba un poco molesta, pero allí estaba. Al día siguiente llegó mi papá con mi hermano Julio, un su hijo pequeño, un señor de su aldea y dos personas de la Liga, yo sentía una gran alegría pero también había mucha tristeza, por mi mamá que ya no está. En ese momento no tenía palabras para agradecer todo...

Preparamos uno de los cuartos de la casa y allí nos reunimos todos y hablamos de algunas cosas. Yo siempre pensé que mi papá no nos quería porque nos había dejado, pero en ese momento empecé a entender que fue por necesidad y que él no podía hacer nada.

Durante los años que estuvimos separados, hubo momentos en que lo necesitábamos mucho. Por ejemplo, cuando se celebra la navidad y el día del padre, sobre



todo en la escuela, era difícil para esas fechas, porque los niños nos humillaban mucho y nos decían con burla "allí están los huérfanos"

Nosotros crecimos en el orfanato Casa Feliz en San Lucas Tolimán. Yo no olvido a quienes me tendieron la mano cuando nos quedamos solitos. Yo siempre agradezco su apoyo económico y moral, especialmente a monseñor Gregorio Shiepher, quien nos recibió muy bien y nos ha apoyado en todo hasta la fecha; en el hogar tuvimos amor y apoyo espiritual.

Ahora yo me siento feliz de conocer a quien me dio la vida. Yo puedo decir que tengo un padre, aunque donde vivo no todos lo saben. La verdad es que no ha sido fácil estos años después del reencuentro, no nos comunicamos mucho, cuando a veces hablamos por teléfono él no nos pregunta nada, no muestra interés por nosotros.

Lo que yo creo es que él quiere más a su familia de ahora... aunque le doy la razón, pienso que él debería darnos más su amor porque nosotros lo necesitamos. Por eso, yo quisiera que se comunicara más con nosotros, que nos llamé aunque sea una vez al mes.

Desde el reencuentro, la gente de la Liga ha estado pendiente de nosotros y nos ha propuesto varias veces de ir a visitar a mi papá a su casa, pero como es bien lejos... se necesitan mucho días y por mis hijos yo no he podido ir. Sólo una vez hace como dos años fuimos a la capital, pero mi papá no pudo llegar.

Aunque fue poco tiempo, en la reunión de familias reencontradas que organizó la Liga este año 2005, siento que pude hablar mejor con mi papá con la ayuda de Guillermo, uno de los psicólogos... le dije muchas cosas que sentía, le dije que no siento su amor de padre y que parece que él quiere más a sus otros hijos, él nos explicó bien lo que pasó y por qué pasaron las cosas... también nos aclaró todo sobre mi mamá.

Creo que fue muy bueno haber ido a la capital, a pesar de lo difícil de llegar. Espero que ahora las cosas sean diferentes. Yo voy a tratar de preguntar más por él, porque a veces yo llamo pero sólo hablo con mi hermano y no pregunto por él. Primero Dios, un día podamos estar otra vez juntos todos.

Fue un cambio grande en mi vida

Mi nombre es Juana Maquín, pero me dicen Juanita de cariño. Yo conocí a mi papá hasta el año 2002, cuando yo tenía 22 años. Toda mi vida crecí con mis hermanos en un orfanato que dirigía el padre Gregorio en San Lucas Tolimán. Según me contaron, mi papá nos dejó cuando yo tenía sólo unos meses de nacida. Éramos cinco hermanos, pero el más grande se quedó con mi papá y nosotros nos fuimos con mi mamá. Después parece que a ella la mataron y nos llevaron a un orfanato.

A mí me cuidaban mis hermanos, sobre todo mi hermana Fermina. Ellos siempre han estado pendiente de mí, como yo soy la más pequeña...

Cuando yo tenía como 20 años mi papá vino a la casa, pero no dijo nada, ni nada; pasó muy rápido y ni siquiera se quedó con nosotros, sólo habló con una mi tía y no sé por qué él se fue sin vernos. Yo pensé que no nos quería... fue bien duro para mí porque ese era mi gran deseo: ver a mi papá.

Años después, una noche, Fermina me dijo que habían venido a decir que mi papá iba a venir al día siguiente. Yo al principio no lo creía. Recuerdo que el día que llegó a la casa de mi hermana yo tenía miedo... porque uno no se puede confiar de nadie.

El reencuentro no fue lo que yo esperaba... fue todo bien rápido. Ese día me hubiera gustado que fuera más alegre, porque fue bien triste para mí; lloré un montón. Él no platicaba mucho y al final yo creo que no nos entendió mucho, yo le reclamé que por qué me había dejado y le dije que me costaba aceptar que haya buscado otra familia en vez de buscarnos a nosotros.

Lo bueno de ese día es que trajo a mi hermano grande... yo siempre había querido conocerlo y de veras que me sentí en sintonía con él; Julio también nos contó lo que le tocó sufrir a él con mi papá en las montañas, después él pasó la noche y al día siguiente se fue, porque dice que vive bien lejos.

Él nos dijo que fuéramos a conocer a su familia de ahora, pero queda bien lejos. La verdad, yo creo que la distancia ha sido un gran problema. Nosotros quisiéramos estar con él pero no se puede, además, él buscó otra mujer y tiene que estar con su nueva familia. Yo a veces siento cierto rencor con él por su distanciamiento, él no habla mucho. Yo quisiera que se comunicara más con nosotros y que habláramos más de lo que nos pasó. Espero que él nos llamé más porque se le facilita más que a nosotros.

El reencuentro fue un cambio grande en mi vida. Ahora sé que tengo familia y que no somos sólo los cuatro. Después sólo espero poder estar todos juntos, aunque eso es bien difícil. Sólo una vez he vuelto a ver a mi papá. Gracias a la Liga nos reunimos en Guatemala en abril del 2005. Esa vez, sí que sentí diferente; fue sólo un día, pero pude sentir de verdad a mi papá; allí donde estábamos nos dieron tiempo para hablar entre nosotros... entonces yo aproveché y le pedí explicaciones a él, aunque yo miraba que a mi papá le costaba hablarnos... me sentí tranquila con todo lo que siempre quise saber.



Miguel se unió a la lucha revolucionaria sacrificando a su familia.

Después de la firma de la paz, buscó a la hija que nunca olvidó.

Aunque fue difícil, en el año 2003 Guadalupe, su hija se fue a vivir con él.

Se separaron en Ixcán en 1989

Se reencontraron en Petén, en 2003

Ésta es la historia de mi familia

Mi nombre es Miguel Raimundo y mi historia tiene que ver con la guerra. Por lo que todos sabemos me uní a la lucha armada. Dejé a mi madre y a mis hermanos. No fue fácil porque yo sabía que ellos iban a sufrir: Tendrían que huir y ver cómo lograban su sobrevivencia. En ese tiempo yo estaba casado, tenía una hija de un año y medio y mi mujer estaba embarazada; ella era diferente. Por causa de la misma guerra, discutíamos mucho, teníamos maneras distintas de ver el conflicto y los problemas que venían de él. Al final, en el año 1992 decidimos que cada uno agarrara su camino; yo me quedé con la niña mayor y ella decidió arriesgarse y pasar la frontera para ir en busca de refugio.

El tiempo era muy difícil y tenía que continuar con mi compromiso revolucionario. Antes de la firma de la paz yo regresé a mi casa con mi madre. Ella cuidó a Feliciano, mi hijo. Fue un tiempo en que empecé a sentir la necesidad de recuperar a mi familia. Ya tenía una nueva pareja y nuevos hijos; sin embargo, una parte de mí estaba ausente; era la ausencia de Guadalupe, la hija a la que no conocía, la que no me permitía sentir que estaba entero.

Había escuchado rumores de gente que decían que mi hija andaba por México porque mi mujer la había entregado a otra familia, me dijeron que se la había dado a unos guatemaltecos que vivían en uno de los campamentos de refugiados y que estos al regresar a Guatemala habían sido ubicados en el Petén.

Supe que la Liga estaba haciendo un trabajo de búsqueda de los niños, en un encuentro que tuvieron los familiares que ya estaban organizados por esta institución en Cantabal me acerque y pedí apoyo.

Ellos me apoyaron, investigando en los distintos campamentos de refugiados. Al final ubicamos al hermano de mi ex mujer. El me confirmó que mi hija estaba viva y que vivía con una familia de la cooperativa Nueva Guatemala; me dijo que la tenían como a una criada y que nunca la habían puesto en la escuela. Cuando ya estábamos seguros, decidimos ir a buscar a mi hija. Yo estaba claro que talvez no me la darían o que ella podía ser que me rechazara o decidiera quedarse con esa familia. Estuve nervioso todo el viaje, la inseguridad de la reacción de mi hija me tenía preocupado, tenía miedo de ser rechazado.

Llegamos a la comunidad un 3 de marzo del año 2003 y mi ex cuñado me dijo que la niña lo visitaba, ya que sabía que eran parientes. En la casa donde vivía no le habían hablado la verdad: le decían que eran sus padres verdaderos y que lo que decía la gente no era verdad. La niña estaba confundida.

Guillermo, el investigador de la Liga, me llevó a la casa de la familia que tenía a mi hija. Me topé con la dificultad de que ellos hablan q'eqchí y mi lengua materna es el Ixil, por suerte yo hablo bastante ese idioma.

Fue un momento difícil, Tomás, el señor al que mi hija trataba como a su padre, mostró una actitud muy agresiva, yo le expliqué que no deseaba perjudicar a nadie, al contrario, que quería ayudar a mi hija. Pero me respondieron que yo era aprovechado ya que buscaba a la niña cuando ella ya estaba lograda. Ellos habían gastado mucho en ella y no necesitaban de mi dinero. Sin embargo, mi hija es analfabeta y se veía descuidada su ropa y su salud. Pero mientras más tratábamos de hacerle entender a la familia de que no nos interesaba traer problemas, ellos más agresivos se ponían.

Uno de los hijos fue a traer un machete y lo movía nervioso. Pero lo peor de todo es que Guadalupe estaba tan nerviosa y confundida que no dijo una palabra, sólo lloraba. Yo le expliqué que nunca quise abandonarla, y que la guerra nos había separado. Pero ella sólo lloraba.

Yo le expliqué que nunca quise abandonarla, y que la guerra nos había separado. Pero ella sólo lloraba

Les hablé de la importancia de que la niña estudiara, porque tenía trece años y no había ido nunca a la escuela. La madre sustituta de Guadalupe dijo que la niña era haragana y que no obedecía y que no era para la escuela. De todas formas yo ofrecí que pagaría los gastos de la escuela a través de mi ex cuñado. Me conformaba con el hecho de haberla visto y contarle por qué la había dejado.

Después de hablar por más de hora y media me dijeron que si yo quería podía llegarla a ver, pero no podía llevármela. Eso era precisamente lo que yo deseaba. El reencuentro con mi hija no fue lo que yo pensaba, me hizo sufrir mucho no haber podido hablar con ella, su silencio fue doloroso. Sentía que ella tenía miedo de hablar conmigo y que tenía cosas que contarme.

La fui a ver una vez más y pudimos comunicarnos un poco más, pero la actitud de la familia seguía siendo desagradable para mí. La segunda vez fue peor porque el padre sustituto estaba borracho, más desconfiado y agresivo, nos echaron de la casa prácticamente, además, me di cuenta de que el dinero que envié para la escuela no lo usaron para eso. Me preocupé mucho.

Diez meses después recibí la mala noticia de que mi hija estaba sufriendo una situación muy dura. Mi ex cuñado me dijo que la niña le había contado a su esposa de que quería que yo la fuera a recoger ya que estaba sufriendo abusos.

Agarré camino para la comunidad y confirmé que era cierto. En escondidas y con temor fui a traer a mi hija. La saqué de la comunidad y puse una denuncia en contra de los agresores. Guadalupe estaba muy mal. Tuve que buscarle ayuda médica y psicológica. Después de un largo camino logré que me la entregaran legalmente. Logré reconocerla legalmente y llevarla a mi casa.

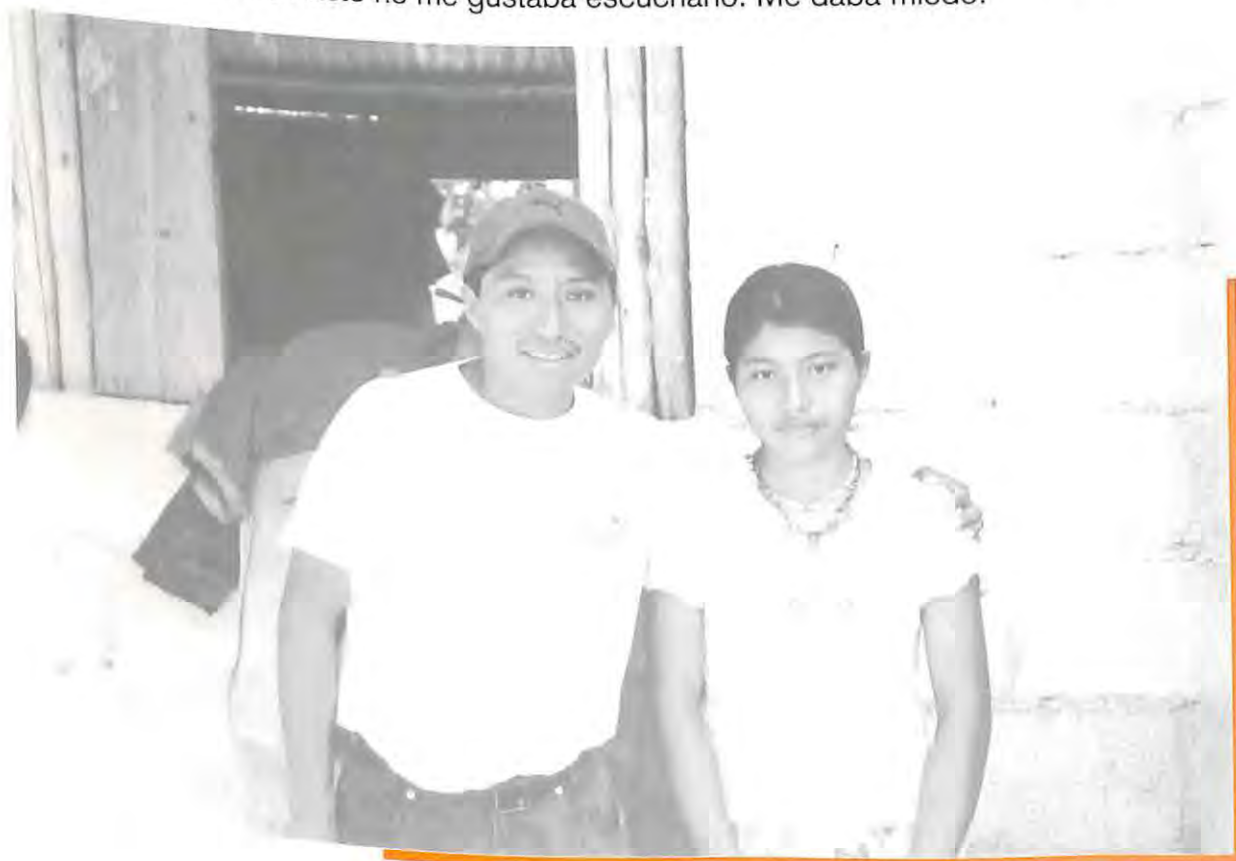
Estas situaciones dolorosas nos unieron mucho. Tuvimos que viajar varias veces al Petén y a la capital para superar los daños sufridos, hablamos mucho y pasamos bastantes tiempos juntos. Además, Guadalupe conoció a su pura hermana Feliciano, también conoció a sus otros hermanos. No ha sido tan fácil que ella se sienta parte de nosotros. No conocía a nadie y no podía comunicarse con soltura ya que hablaba otro idioma. Su hermana y hermanos la han recibido con alegría y ha crecido la confianza de ella con nosotros, ahora sonríe y platica, está muy unida conmigo principalmente. Creo que todo lo que vivimos juntos le ayudó a entender mis sentimientos. La he ido convenciendo de que la quiero y que es importante para mí.

No quiero que crean que ahora todo es fácil. Guadalupe tiene ideas distintas y maneras de actuar que no son iguales a las de mis otros hijos. Hemos tenido que hacer esfuerzos todos. Al principio casi no hablaba y se mantenía seria y un poco distante, ahora ¡cómo platica!, hasta hay que decirle que está hablando mucho.

Nos ha ayudado a unirnos y a entender muchas cosas las actividades que la Liga realiza en el tema de la salud mental. Hemos hablado y hemos jugado, eso nos ha permitido vernos de manera diferente. También al compartir con otros familiares nuestros sentimientos y experiencias como reencontrados hemos crecido como familia. Nos gusta estar juntos y contar nuestra historia de reencuentro, esto puede que ayude a los que no han reencontrado a creer que pueden llegar un día a vivir lo que nosotros estamos viviendo: el reencuentro.

Ahora mi vida es diferente

Mi nombre es Guadalupe y tengo 15 años. Yo pasé como nueve años en un campamento en México. Mi mamá me trataba bien. Algunas personas se acercaron y me dijeron que ellos no eran mis papás. Yo no sabía qué hacer. Al final no les hacía caso. Me daba cuenta de que algo estaba raro. Cuando regresamos a Guatemala me empezaron a decir que mi papá vivía, que me buscaba y que me iba a llevar con él. Esto no me gustaba escucharlo. Me daba miedo.



Cuando mi papá apareció por primera vez yo no sabía qué hacer, no podía hablar, no sabía ni qué quería, tenía miedo, estaba confundida porque si le hablaba sentía que me iban a regañar. Al final no le pude hablar a mi papá y me dijeron que tenía que hacer caso de lo que decía mi familia. Me gustó que llegara y conocerlo. Me hubiera gustado hablarle y preguntarle cosas pero no me animé.

Después de lo que me pasó yo quería que me llevara mi papá. Ya no quería estar con mi familia. Parecía que todo se destruía. Hasta mi mamá me regañaba y me rechazaba. Y tenía mucho miedo. Me dijeron que no hablara con nadie y que si me quería ir que me fuera pero no podía contar nada de la familia.

Cuando mi papá me llevó sentí que iba a ser mejor mi vida. Aunque no lo conocía sabía que él es bueno. Él me ayudó y me salvó. Él no me culpaba sino que quería cuidarme y que castigaran a los que me dañaron.

No ha sido fácil... extraño a mi mamá, me gustaría hablarle y saber cómo está; también extraño a mis hermanos, pero ahora no me quieren ver. Están enojados conmigo. Los quiero todavía pero ya no quiero regresar. Aquí estoy mejor. Mi papá es bueno, me cuida y me da lo que necesito, también tengo mis nuevos hermanos. He aprendido un poco de ixil y ahora uso el traje de mi abuela, aunque hay cosas que son muy distintas prefiero vivir con mi papá y mi nueva familia.

Me gusta mucho salir con mi papá y con mi hermana. Platicamos y nos reímos, vamos a otros lugares y mi papá me trata bien. Ya me acostumbré a mi papá creo que ya no me voy a separar de él.

Fui a conocer a mi mamá a México. Ella nos recibió y nos habló. La verdad es que no me gustó mucho estar con ella. Creo que me rechaza un poco. Mejor que se quede ella allá y nosotros acá. No tengo ganas de ir otra vez con ella.

Me gusta ir con mi papá y Guadalupe a las reuniones que hace la Liga. Estamos juntos y nos divertimos. Conocemos a otras personas que han vivido como nosotros, me gusta escuchar lo que hablan pero a mí no me gusta hablar mucho, lo que me gusta es estar con mi papá y con mi familia, ahora estoy viviendo una vida diferente, algo que me gusta y que no quiero que se termine.



Feliciano por años lloró por no saber de su José.

Durante 19 años José pensó que su madre había muerto.

Pero una noche de noviembre, ambos volvieron a abrazarse y la tristeza se terminó.

Se perdió en Nebaj en 1982

Se reencontraron en Nebaj en 2001

Ya se terminó mi dolor

Mi nombre es Feliciano Raymundo, y recuerdo que después de que se me perdió José, en 1982, mataron a mi esposo y se me perdieron mis otros hijos varones. Yo me quedé viviendo con una de mis hijas en una Comunidad de Población en Resistencia. Fue una época bien difícil porque no teníamos dinero y yo me enfermé de la pura tristeza y sufrimiento.

Durante los 18 años siguientes pude encontrar a tres de mis hijos, pero no lograba saber de mi José, no sabía qué le había pasado. A veces pensaba que tal vez se había muerto y otras veces sentía que estaba vivo, siempre estaba viva la esperanza y me preguntaba "¿Con quiénes vivirá mi hijo? ¿Será que ya se habrá casado? ¿Dónde estará viviendo?"

Otros días me agarraba más la tristeza y pensaba que mejor no se lo hubiera dado a nadie... si yo hubiera hecho otra cosa en esos días... seguro que el José no se hubiera perdido.

En el año 1999 di mi testimonio al equipo de la Liga y pedí que me ayudaran para encontrarlo. Recuerdo que ellos llegaron hasta mi casa en Cambalam y después platicamos varias veces en Turanza. Yo siempre estaba pendiente de cualquier cosa para decirles a ellos o que ellos me dijeran algo a mí.

En septiembre del 2001 mi hermana Teresa comentó que le había llegado la información de que José estaba viviendo en la aldea Sajsiban en Ilom, entonces yo le conté a don Pedro, y él agarró viaje hasta allá, parece que se tardó bastante para llegar, además, él estaba buscando a José Cedillo Raymundo....porque esos son los apellidos mi José... pero resultó que le habían cambiado los apellidos. Al final por varias informaciones logró llegar a la casa de él.

Cuando don Pedro regresó me fue a buscar y me contó que había hablado con José. Yo no lo podía creer, hasta me puse a llorar y le di gracias a Dios porque en poco tiempo iba a ver otra vez a José. Por fin se iba a terminar mi dolor, iba a tener un consuelo y un apoyo.

Tengo que decir que el reencuentro con mi hijo es un día que no voy a olvidar. Yo me sentí muy contenta porque José no se había muerto y estaba con buena vida. La actividad fue en un salón en Nebaj, yo quería que todo se hiciera bien, así que le pedí a don Miguel que hiciera una ceremonia maya por mi hijo, le dije a mi papá (de 100 años) que me acompañara para conocer a su nieto, también fue mi hija conmigo.

Después de la oración, hablamos de todo lo que nos había pasado. Yo sentía que tenía que pedirle perdón a José... siento que él me entendió, después me presentó a mi nieto, a mi nuera y a los señores que lo cuidaron. Yo me siento muy agradecida con ellos porque se preocuparon de crecer al José aunque le cambiaron sus apellidos.

Tengo que decir que el reencuentro con mi hijo es un día que no voy a olvidar

También gracias a la Liga porque después de ese día ellos nos han ayudado un montón, siempre me visitan y me preguntan cómo estoy. Yo les he pedido que le den buenos consejos a José porque a veces yo no entiendo por qué mi hijo no me visita cuando viene a unas sus reuniones en Nebaj.

Ya pasaron cuatro años desde el reencuentro y yo sólo he ido una vez a estarme a la casa de él. Siento que talvez he fallado porque no lo visito y él me ha dicho que llegue a su casa. A veces creo que él siente que yo no lo quiero, pero no es así, por eso en una reunión que tuvimos en la capital, platicamos bastante los dos; Yo le dije que lo necesitaba y él me dijo muchas cosas también, yo no sabía bien todo lo que le tocó sufrir a él de pequeño.

Él me preguntó por su papá... y yo le conté cómo había muerto... los dos lloramos juntos ese día. Al principio la comunicación era un poco difícil, porque vivimos muy lejos. Pero ahora yo me voy a esforzar más... ya le dije que lo voy a ir a ver. Además, tenemos que arreglar sus papeles, porque no tiene sus meros apellidos y yo le quiero dejar un su pedacito de tierra allá en Turanza.

A los que no han encontrado todavía a sus familiares yo siempre les digo, en las reuniones que sigo yendo, que tenemos que seguir luchando y que un día talvez van a encontrar a sus hijos, así como me pasó a mí. Por eso, cuando me han pedido que cuente mi historia a los periodistas, yo nunca he dicho que no, porque es importante que todos sepan lo que nos pasó. Ya no tenemos que estar en silencio.

Una flor nació en mi corazón

Yo me llamo José y en 1982, cuando yo tenía cinco, años me quedé perdido en las montañas de Nebaj. Todo pasó bien rápido, sólo me recuerdo que todos los de mi aldea, Cotzol, salimos huyendo del ejército. Mi mamá me dejó encargado con un señor porque tenía que cuidar a mis hermanitos y así yo le ayudaba a cuidar los chivos al señor... Esa fue la última vez que la vi en 19 años.

Después de eso yo sufrí mucho... una familia me recogió pero me trataban muy, muy mal.

El señor donde me dejaron se llamaba don Miguel. Él tenía un hijo un poquito más grande que yo. A él, yo miraba que todo lo que pedía se lo daban, en cambio cuando yo llegaba a la casa no me querían y no me ponían atención, siempre había una desigualdad entre el hijo y yo.

Por eso mejor me fui. Después don Gaspar me acogió en su casa, me crió y me apoyó... incluso me mandó a estudiar a la capital un tiempo.... Hubo momentos muy duros, había gente que me humillaba, me decían que yo era un regalado...

Después, cuando fui creciendo, llegué a preguntarme ¿por qué me había dejado mi mamá? ¿Por qué no me buscaba? Pero luego entendí que no era culpa de ella ¡estábamos en una guerra!"

Todavía ahora me duele cómo me trató don Miguel. Pero yo los seguí visitando después de que me casé. Incluso, cuando él se enfermó, ninguno de sus hijos lo quiso cuidar, sólo yo lo acepté en mi casa y lo cuidé. Allí él me pidió disculpas por lo mal que me había tratado. Aunque me costó un poco, yo no podía dejar que se quedara sólo. El murió hace como un año en mi casa.

Hace cuatro años, me vino a buscar hasta mi aldea (Sajsiban) un señor que se llama don Pedro, él estaba buscando a un José y unas gentes le dijeron que yo podría ser el que estaba buscando, porque todos sabían que a mí me habían dejado perdido, entonces, don Pedro habló conmigo y con don Gaspar y nos dimos cuenta de que la historia coincidía y que seguro Feliciano era mi mamá. Me dijo que mi mamá vivía en Nebaj y que por varios años me había estado buscando y que él trabajaba en una organización que nos iba ayudar para poder reencontrarnos.

Entonces nos pusimos de acuerdo y quedamos que yo iba a bajar a Nebaj para ver a mi mamá. Al principio me costaba creer... pero estaba bien contento. El reencuentro no fue como yo me lo imaginaba, no podría creer que era real lo que me estaba pasando

Yo llegué a Nebaj el 9 de noviembre del 2001. Me llevé a mi esposa, María Cedillo González, y a mi hijo, Calixto López Cedillo, a don Gaspar y su esposa y al tío de mi mujer y a mis suegros. Caminamos de Sajsiban hasta la finca la Perla y después nos venimos en un pick up.

El reencuentro fue el sábado 10 en un salón de la casa de la cultura de Nebaj. Para mí esas horas de espera fueron bien largas. Hasta las siete de la noche llegó mi mamá con su hermana, su hija, su papá, dos señoras y un sacerdote maya de su comunidad, Turanza.

Al llegar ellos lo primero que hicieron fue una pequeña ceremonia maya, a petición de mi mamá, después tomó la palabra un miembro del equipo del programa que nos habló de la guerra y del esfuerzo que teníamos que poner ahora para volvernos a conocer.

Yo sentí raro y bonito a la vez, ver mi foto en el periódico. Mis amigos de la aldea me decían que ahora yo era famoso

Después yo hablé y llorando les conté todo lo que me había tocado sufrir. Luego le dije a mi mamá que me sentía alegre de verla y me acerqué a ella

y me abrazó, en ese momento sólo me recuerdo que empezamos a llorar y que mi hermana también me abrazó. Yo no sé bien qué sentía, por un lado me sentía muy triste, pero por otro lado al ver a mi mamá fue como que una flor naciera en mi corazón.

Después, mi mamá tomó la palabra y me pidió perdón... y me dijo que ella no lo hizo de intención, que ella no quería que me pasara todo lo que me pasó. Después, junto con mi hermana les entregaron unos regalos a mi esposa, mis suegros y a don Gaspar.

Después tomaron la palabra don Gaspar, mi hermana y una mi tía. Cada uno de ellos relató parte del sufrimiento que les había tocado y manifestaron su alegría por este reencuentro. Allí yo me di cuenta que no sólo yo había sufrido, sino que todos habíamos sufrido mucho por culpa de la guerra.

Al día siguiente me regresé a mi casa y mi mamá se quedó. Pero a los pocos meses ella nos vino a visitar hasta mi aldea y me trajo un recorte del periódico donde salimos los dos y contaban nuestro reencuentro. Yo sentí raro y bonito a la vez, ver mi foto en el periódico. Mis amigos de la aldea me decían que ahora yo era famoso.

Esa vez mi mamá se quedó con nosotros una semana. Después no ha venido a verme. Ella quería que siempre que yo bajara a Nebaj, la pasara a visitar, pero a mí no siempre me daban ganas. Yo no sé por qué, pero a veces no sentía confianza con ella, además ella me pidió dinero para que la ayudara, pero yo no tengo para darle a ella.

Yo sentía que ella no me había contado bien toda la historia de lo que nos tocó sufrir en la guerra. No sabía cómo fue que murió mi papá, por eso yo esperaba que un día ella me contara y nos pudiéramos comunicar más y ayudarnos entre todos. Y gracias a Dios ese día llegó; en el encuentro de familias reencontradas que hubo en abril de este año, logramos platicar bastante con mi mamá. Hasta mi mujer se dio cuenta de todo, porque ella escuchó cómo fue que murió mi papá. Ahora ya quedó todo claro.

Don Pedro me sigue visitando y siempre me aconseja que platique con mi mamá. Yo sigo participando en las reuniones de la Liga, porque yo siento que tengo que apoyar a todos los que no han encontrado a sus hijos.

Desde hace dos años los demás familiares que no han encontrado a sus hijos me nombraron como uno de los representantes de la zona ixil. He ido a reuniones en Cobán, en la capital y en Chicamán, una vez hasta fui a El Salvador con uno de los psicólogos de la Liga, a una reunión donde había jóvenes salvadoreños como yo que habían estado perdidos por muchos años. Esa vez, pude platicar bastante con el psicólogo que me ayudó a entender algunas cosas que yo no tenía muy claro todavía.

Después del reencuentro tuvimos una nena con mi esposa y le pusimos el nombre de mi mamá... Ahora mi mamá ya tiene su "tuca". Tal vez no tengo dinero pero ahora (tres años después del reencuentro) cuando vengo a Nebaj la paso a ver a ella y a mis hermanas, además, ella siempre me apoya cuando tengo alguna necesidad. Siento que el tiempo nos ha ayudado para sentirnos mejor juntos





Cuando Carlos tenía 18 años tomó la difícil decisión de irse a la montaña con la guerrilla. Así dejó a su mujer y a sus hijos.

Después de la firma de la paz logró hacer realidad el sueño y la esperanza de volver a ver a sus hijos, construyendo una nueva historia familiar.

Se perdieron en Huehuetenango en 1982

Se reencontraron en Cuilco en 2002

Me llené de valor y le pedí perdón

Mi nombre es Carlos Maldonado y nací en Huehuetenango en el municipio Ixtahuacán. A los siete años me llevaron a Cuilco donde viví mi niñez. Creo que era un muchacho como todos. Me uní a mi mujer cuando tenía 15 años. Muy joven tuve a mis dos hijos: a Facunda y a Leander. Mi vida cambió mucho después de la muerte de mi padre. Era un campesino organizado, tenía varios cargos en la comunidad, era un hombre muy respetado y querido por la gente de Cuilco.

Un día lo agarró el ejército, se lo llevaron a la base militar y lo torturaron durante quince días. El 13 de septiembre del 82 a las cuatro de la tarde lo mataron en la escuela de la comunidad, junto a otros diez campesinos. Eso fue muy duro para mí. Mi padre era un hombre bueno y pacífico que lo único que hizo fue tratar de ayudar a la comunidad.

Estaba confundido, tenía mucha rabia y mucho temor, yo sabía que cuando el ejército mataba al padre de una familia también mataba a los hijos mayores. En ese tiempo tenía yo unos dieciocho años y la gente me decía que me fuera. Sabía que si me quedaba en la comunidad me iban a matar y que mi familia también estaba corriendo peligro.

Decidí irme, dejé a mi mujer y a mis dos hijos. Fue muy doloroso para mí porque Facunda tenía sólo tres años y Leander tenía tres meses, mi esposa se quedaba desamparada y mi madre viuda, tampoco iba a poder contar conmigo. Creo que es la decisión más difícil que he tomado en mi vida.

Durante estos veinte años nunca salió de mi mente el deseo y la esperanza de volver a estar con ellos. Puedo decir que algo de ellos se quedó dentro de mí durante todos esos años

En medio de todo este sufrimiento, busqué la manera de sobrevivir. No pensaba dejar que me mataran. Me uní a la guerrilla para defenderme y para no dejar que el sacrificio de mi padre fuera por gusto. Dejé a mi mujer y a mis hijos y me fui a la montaña, pasé muchos años combatiendo y cada día era más difícil volver con mi familia. Pasé seis años sin saber nada de ellos. En mi comunidad rápido se supo que era combatiente y me estaban esperando para atraparme.

Así pasé muchos años. Caminé todo Huehuetenango y todo el Quiché, la militancia me llevó a recorrer todo el sur de México, al final terminé en el Ixcán donde vivo ahora.

Después de la firma de la paz, empecé a ver que se abrían nuevas condiciones políticas y posibilidades para recuperar a mis hijos. Durante estos veinte años nunca salió de mi mente el deseo y la esperanza de volver a estar con ellos. Puedo decir que algo de ellos se quedó dentro de mí durante todos esos años.

En el 2002 vino a mi casa un amigo y compañero en tiempos de la guerra llamado Antonio Brito; Él conocía parte de mi historia. Me contó que ahora era miembro del equipo de la Liga Guatemalteca de Higiene Mental. Vino con la noticia de que esta institución me podía ayudar a reencontrar a mis hijos.

Yo deseaba que me dijeran cómo poder afrontar ese paso tan difícil de volver a ver a mis hijos después de tanto tiempo. Antonio me dijo que no me preocupara, que en la Liga me prepararían para vivir ese momento difícil, además, me tranquilizó saber que ellos me acompañarían a las distintas comunidades donde se encontraban mis patojos y me ayudarían a afrontar ese momento.

También, me preocupaba, porque sabía que mi ex-mujer había buscado otra pareja, que se había unido a un soldado que me había perseguido durante la guerra. No sabía cómo me iba a recibir, ni estaba seguro cómo podría reaccionar yo mismo.

Una de mis hermanas que se quedó a vivir en Cuilco me había contado que esa señora, la madre de mis hijos, había abandonado a los niños... los había regalado. Facunda fue entregada a un catequista. Me dijeron que la señora nunca le dijo a su nuevo marido que la niña existía. Después ella regaló mi hijo a la abuela.

Lo que más me preocupaba era cómo me iban a recibir mis hijos. Sabía que habían sufrido mucho y que probablemente pensaban que yo no los quería y que por eso los abandoné. No sabía qué les iba a decir para que me aceptaran y entendieran que no quise dejarlos.

Habíamos decidido que les contaríamos mi historia, me habían advertido que no podía esperar que todo fuera fácil ni rápido, que mis hijos tendrían que hacer un proceso para entender y aceptar todo lo que les tocó vivir; me habían dicho que recuperar la confianza y el amor de mis hijos sería lento y que podía ser que fuera hasta doloroso.

Con todo esto en la cabeza y en el corazón nos fuimos a encontrarlos. Tuve la idea de decirle a mi mamá que nos acompañara; así ella me ayudaría a explicar a mis hijos todo esto que he vivido. Ella fue muy importante, en estos momentos me animó y me ayudó a que mis hijos me entendieran y aceptaran que había regresado.

Salimos del Ixcán a medio día, después de una actividad que habíamos realizado con los familiares de la región de Playa Grande. Viajamos por todo el Ixcán hasta llegar a San Pedro Soloma, Huehuetenango, donde pudimos descansar. La verdad es que no tuvimos mucha suerte porque la carretera estaba malísima. Después nos dirigimos a Santa Bárbara, recorrimos el Quiché de este a oeste y todo Huehuetenango de norte a sur.

Al llegar, lo primero que hicimos fue tratar de localizar a la abuela materna de mis hijos. Después de una larga caminata por las empinadas montañas de esa comunidad la encontramos. Era una anciana ciega y pobre. Nos contó que ella había cuidado al niño desde los ocho meses hasta los trece años, después se lo regresó a la mamá. El niño no pudo vivir con el padrastro y se vio en la necesidad de irse nuevamente. El niño se refugió en la casa de una tía materna. En su nuevo hogar el niño se pagaba los gastos de subsistencia trabajando en las fincas de la Costa Sur.

La abuela nos recomendó que lo dejáramos en paz. dijo que si lo buscábamos, Leander tendría problemas con su mamá, que la mamá no quería que yo me acercara al muchacho, dijo que si queríamos hablar con el muchacho debíamos pedir autorización primero a la madre de él, pero que lo más probable era que la señora no lo permitiría el reencuentro. Además, el muchacho seguro que no deseaba ver a su padre, un hombre que lo había abandonado.

Yo me decepcioné y dudé si era conveniente continuar en la búsqueda, ya que podría causarle más problemas al patojo. Pero los investigadores de la Liga y mi mamá me animaron a continuar, me hicieron ver que el muchacho ya era un adulto y que debíamos hablar con él directamente; entonces nos dirigimos a la comunidad donde nos dijeron que vivía el muchacho.

En la Aldea de Cruz Quemada localizamos a mi hijo, ya no me acordaba de cómo era su cara, pero ahí estaba: tenía enfrente a un joven, a un hombre. Su cara estaba muy seria y parecía que tenía desconfianza de nosotros. Y cabal como me dijeron, el primer momento fue muy duro, lo primero que Leander me dirigió fue: ¿por qué me dejaste?... ¿sabés cuánto he sufrido?... Yo me quedé callado un rato y lo abracé, no tenía fuerzas para explicarle pero no sé cómo le empecé a hablar de cómo nos habíamos separado. Me llené de valor y le pedí y le dije que me perdonara si me había equivocado en la decisión que tomé; después le fui contando despacio algunas cosas que me parecía que debía

Lloramos juntos y nos abrazamos fuerte. Yo sabía que íbamos a iniciar una nueva vida

saber, me escuchó, y sentía que poco a poco cambiaba su cara, ya no estaba tan serio y su voz se empezó a relajar. Sentí que nos habíamos acercado, pero lo que yo no sabía era que lo más difícil para mí no había pasado todavía, me faltaba escuchar su historia.

Durante nuestro reencuentro no pudimos hablar mucho. Estábamos en casa ajena. La tía de Leander estaba desconfiada y me atacaba, me dijo directamente que yo les debía dinero a ellos porque habían gastado en Leander y que no tenía derecho de llevármelo. Los tranquilicé diciendo que sólo haría lo que mi hijo deseara, y que lo ayudaría a él.

A pesar de eso me sentí muy feliz de ver a mi hijo, además, vi a mis primeros nietos y a mi nuera. Sentí que Leander me recibió con gusto, pero estaba un poco serio y no podía actuar con libertad. Almorzamos juntos y estuvimos toda la tarde en la casa de la tía del muchacho.

Al momento de irme se me acercó y me contó en medio de la oscuridad algo de sus penas, me dijo que vivió un tiempo con su madre pero ella lo regaló cuando era un bebé, por eso había crecido con la abuela. La anciana lo crió. Lo puso a trabajar desde muy pequeño, pero se cansó. Me dijo llorando que desde muy pequeño lo llevaban a las fincas de la Costa, que no le daban nunca dinero con la excusa de que le daban la comida y la ropa.

Me repitió varias veces que no lo dejara nuevamente, que ahora que sabía que era alguien porque tenía un padre, no iba a ser capaz de soportar mi abandono. En ese momento lloré... sentí la tristeza de mi hijo, sentí el vacío de todo lo que no le di...

El hilo se había amarrado. Los siguientes meses nos comunicamos por teléfono; lo convencí de que viajara al Ixcán. Engañó a todos diciéndoles que iría a trabajar a la Costa. Llegó a mi casa en Victoria 20 del Ixcán. Leander estaba feliz, lo

esperaban sus hermanos, lo llevaron al río y lo atendieron orgullosos. Esa noche no me alcanzaron las lágrimas para llorar la historia de mi hijo. Lloramos juntos y nos abrazamos fuerte. Yo sabía que íbamos a iniciar una nueva vida.

Leander regresó a su casa contento. Me llamó al llegar y me dijo que ya no recordaba el pasado, sólo quería pensar en lo que había empezado a vivir, que ahora ya no tenía miedo y que se podía sentir orgulloso porque tenía familia.

Yo me siento tranquilo, el vacío y el miedo que tenía en el pecho se terminó. Pero sólo lo pude llorar bien en los encuentros que hacemos en el programa. Pude sacarme del corazón la tristeza. Era como tener una astilla de madera en el alma. Al principio pensé que me iba a enfermar, ahora me siento contento, lleno.

Nunca me imaginé lo que iba a vivir con mi hijo. Hasta nos volvimos famosos porque la Liga hizo un afiche de nosotros dos y lo pegamos por todas partes. La gente me preguntaba sobre mi historia y sobre mi nuevo hijo. Me daba gusto contarle ese momento tan grande de mi vida. Yo creo que también hemos ayudado a animar a otras familias del programa, nuestra historia también es buena para los demás.

¡Ahora tengo una familia!

Yo me llamo Leander y por muchos años estuve separado de mi papá, pero siempre pensé que mi padre me vendría a traer. Algunos en la aldea me decían que mi papá era guerrillero y que todos los guerrilleros estaban muertos, otros me decían que mi papá estaba vivo y vivía por México. Mi corazón sabía que no me había olvidado, pero a veces me desesperaba y me enojaba mucho. Pero más me molestaba que la gente se aprovechara de que yo era como huérfano. No había quien me defendiera, me obligaban a trabajar y no me pagaban con dinero, sólo me daban algo de comida.

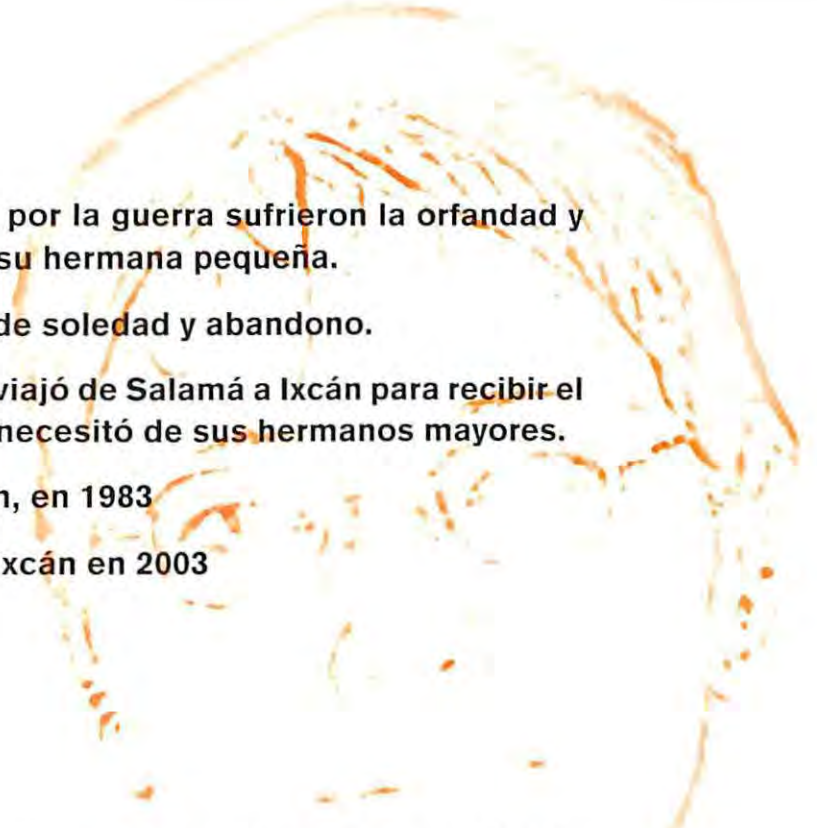
Cuando vi a mi papá no lo creía, pensaba que seguro que era una equivocación. Cuando me convencí no sabía qué hacer, enojarme, ponerme contento, rechazarlo o abrazarlo, la verdad es que era una persona extraña. No conocía su cara ni su voz, pero algo me decía que él era y que era cierto que me estaba buscando y que me llevaría. Le mostré a mis hijos y a mi esposa, él los abrazó y los besó. No entendía por qué estaba haciendo todo eso pero lo estaba haciendo. Yo no lo pude abrazar, casi ni le pude hablar, pero cuando se despidió sentí ganas de decirle que no me dejara. Él me miró serio y me dijo que no me volvería a dejar, que en poco tiempo nos veríamos nuevamente; me dijo que hasta ahora había sido fuerte y que no podía desmayar, que confiara en él.

Hablo con mi papá todas las semanas, y he ido a verlo dos veces al Ixcán. Me gusta estar con él. Me dijo que me lleve a mi familia a vivir cerca de él, me ofreció terreno y que me va a ayudar. Mi esposa no quiere que vaya, la han aconsejado que si me voy, ya no voy a regresar, que mi papá quiere que deje a mis hijos. Eso no es verdad, por eso lo fui a ver en escondidas.

Ahora que ya hemos hablado con mi papá ya no lo juzgo. Creo que hizo lo que tenía que hacer. A pesar de que tenemos poco tiempo de habernos reencontrado ya puedo agradecerle que me ha ayudado mucho, no sólo con el dinero, sino también con sus palabras, su consejo es muy importante. Para mí él es inteligente y sabe mucho de la vida. Estoy viviendo algo que siempre necesité y siempre deseé. Sólo puedo darle gracias a Dios y a la Liga porque han cambiado mi vida y ahora vivo muchas cosas buenas, ya no me siento triste me siento fuerte y feliz.

Las cosas han cambiado, ahora tenemos una relación de familia, mi papá me visita en Huehue y nos ayuda, él platica con mi esposa y ya se tienen confianza. Ella lo trata con respeto y lo acepta. Mis hijos le dicen abuelo y lo empiezan a querer. Nosotros también vamos al Ixcán. Mi madrastra me quiere más que mi madre, nos atiende y nos trata como familia. Me siento bien cuando estoy con mi papá y cuando estamos lejos se que está ahí y ya tengo la confianza de hablarle y de pedirle un favor. Creo que así es como sienten todas las familias y ahora yo siento que soy como todos, un muchacho que tiene su familia, una familia a quien cuidar, en quien confiar y donde se puede apoyarse.





Los hermanos Ajanel por la guerra sufrieron la orfandad y después perdieron a su hermana pequeña.

Ella creció en medio de soledad y abandono.

Ya siendo una mujer, viajó de Salamá a Ixcán para recibir el abrazo que por años necesitó de sus hermanos mayores.

Se separaron en Ixcán, en 1983

Se reencontraron en Ixcán en 2003

¡Nunca me lo imaginé!

Mi nombre es Eulalia, como mi hermana grande. Pero ahora me llamo Floricelda. Yo tenía once años cuando me perdí en el año 1983. Todavía no sé cómo paso todo esto. De un momento a otro se murieron mis papás y me separé de mis hermanos. Sólo sé que llegó el ejército y los patrulleros civiles y comenzaron a disparar y disparar. Terminé en una cárcel de los patrulleros civiles que estaba en Asunción Copón, Ixcán, era un cuarto sucio y oscuro lleno de gente, ahí estuve un mes o más. Los patrulleros me trataron muy mal, hasta los soldados los castigaron por el trato que nos dieron.

Después, los soldados me llevaron a la base militar de Cantabal. Me acuerdo que me ponían a barrer y a veces ayudaba en la cocina, no me trataron mal, me decían que si hacía lo que me mandaban no había problemas, me contaron que mi familia había muerto y que tenía que acostumbrarme a vivir sola. En la base había otros niños y nos hacíamos compañía. Yo los quería mucho y cada vez que se tenía que ir uno yo sufría. Ellos se convirtieron en mi familia.

Al año de estar en la base militar me dijeron que tenía que irme. Me llevaron con la gente que vivía cerca de la base y me ofrecieron. Una señora de Salacuim ofreció que me iba a cuidar. Tuve mucha suerte. Ella es muy buena, se portó conmigo como una madre, me cuidó y me daba de comer, se preocupaba por mí. Sus hijos también son buenos, con el tiempo me trataron como una hermana. Ya crecida decidí irme a buscar trabajo a Cobán.

Formé mi familia y viajé a la capital. Después de un tiempo me trasladé a Mazatenango y a otros lugares del país. Con el tiempo terminé en Salamá que es donde vivo hoy. No volví a saber nada de mis hermanos, además, me dijeron que no preguntara mucho porque era peligroso. En ese tiempo todos teníamos miedo y era mejor dejar todo como estaba.

A veces creía que me había acostumbrado a esta nueva vida y a esta familia, pero cuando menos sentía me venía el recuerdo y la tristeza. Recordaba a mi mamá y a mis hermanitos, los que me venían más a la mente eran Gumercindo y Francisco. Gumercindo estaba pequeño, yo lo cuidaba, a Francisco lo recordaba porque era el que me defendía y cuidaba.

En Salamá me visitó Guillermo, un señor de la Liga, me encontró por mi apellido, porque en Salamá no hay Ajanel. Pero el problema fue que mi nombre cambió, ahora me llaman Floriselda, pero para mis hermanos soy Eulalia. Nunca me imaginé que él llegara para darme la noticia de que mis hermanos estaban vivos. Fue importante saber que ellos me buscaron cuando me llevaron los patrulleros y que me seguían buscando hasta ahora. Cuando me dijeron que podían llevarme a la casa de ellos al Ixcán me emocioné mucho porque entendí que volver a verlos era algo posible, que yo podía decidir cuándo regresar con mi familia.



Al principio estaba un poco confundida, me dio miedo porque ya me había acostumbrado a vivir sin ellos. Reencontrarlos iba a significar volver al pasado, no sabía cómo me iría a sentir en el momento de volver a verlos y estar otra vez juntos. Al final me arriesgué a ver qué pasaba.

Don Guillermo me contó que mis hermanos, Francisco, Gumercindo y Apolonio vivían en el Ixcán. Que Lala, mi hermana mayor, vivía en el Petén y que Arnulfo, otro de mis hermanos, se había quedado a vivir en México.

Los señores de la Liga me visitaron varias veces y cuando ya estaba preparada me llevaron al Ixcán. Nunca me imaginé lo que me esperaba. Habían reunido a todos mis hermanos en Primavera, sólo faltó Arnulfo, hasta invitaron a personas de la comunidad de ellos para que me conocieran y me saludaran. Nunca había vivido algo así.

El 26 de junio, después de un largo viaje, llegamos a la comunidad de Primavera del Ixcán, y cabal como me habían dicho, mi familia me esperaba. Salieron a recibirme al carro en que viajaba y me saludaron un poco serios pero amables. Nos reunimos en la casa de Apolonio. Cada uno de mis hermanos me presentó a sus esposas y a sus hijos, todos me decían palabras de bienvenida, yo también llevaba a mi hija pequeña. Al rato, me puse a contarles mi vida, y cuando sentí, estaba llorando profundamente, me dolía el corazón. Eran palabras que estuvieron esperando muchos años para salir de mi pecho.

En el momento más difícil, mis tres hermanos y mi hermana, hicieron un círculo y yo quedé dentro, entonces me abrazaron todos al mismo tiempo. De repente fue como que si el tiempo no hubiera pasado. Era mi familia la que me tenía abrazada fuertemente. Muchas veces había soñado algo parecido pero no me atrevía a pensar que eso pudiera pasar. Fue un regalo de Dios que no terminaré nunca de agradecer.

Es algo que no sé cómo explicar, estaba muy feliz, pero al mismo tiempo me vino la tristeza de tantos años de soledad y de tanto tiempo de desear ese momento, también sentí la dolorosa ausencia de mis papás. Me contaron que a ellos los masacraron los soldados en San Juan Ixcán. Todos lloramos un rato.

En el reencuentro mis hermanos y familiares me dijeron muchas cosas bonitas que me fueron alegrando el corazón, me decían: ahora ya no estás sola, ahora nos tenés a todos nosotros... nunca te hemos olvidado... todos te hemos extrañado y hemos llorado porque vos no estabas... yo también les dije que sufrí mucha soledad pero que siempre los recordaba... que siempre deseé verlos y abrazarlos, al final me sentí feliz y sentí que ellos también estaban muy contentos.

De repente fue como que si el tiempo no hubiera pasado. Era mi familia la que me tenía abrazada fuertemente

Habían preparado un almuerzo muy rico y comimos juntos, platicamos mucho. Como no conocía a mis sobrinos, todos me llegaban a platicar y me hacían muchas preguntas, mi hija estaba contenta con sus primos, parecía que hubieran crecido juntos, fue una fiesta de verdad.

Me llamó la atención que los de la Liga habían invitado a otros familiares de esa comunidad que también habían perdido a sus familiares, me dijeron que les contara mi experiencia, todos me oían con mucho interés y me hacían preguntas. Yo creo que veían en mí a sus hijos perdidos. Fue bueno porque mi testimonio aumentó la esperanza de reencontrar a sus familiares, me veían como ver un milagro.

Me quedé con mi familia en el Ixcán una semana, me llevaron a la parcela, al río a visitar a algunas familias amigas de ellos, me la pasé muy bien, aunque la verdad es que sus comunidades son muy distintas al lugar en el que vivo ahora. Después me llevaron al Petén a conocer la casa de mi hermana. Ahí pasé otra semana más, platique mucho con mi hermana. Me contó muchas cosas que pasaron en la familia que yo ya no pude ver. Ella me recordó mucho a mi mamá. Fue bueno mi reencuentro pero tenía que volver a mi vida, a mi mundo, tenía que regresar con mi pareja y con mis otros hijos. Me consoló que ahora ya sabíamos dónde localizarnos y cómo comunicarnos.

Después de nuestro reencuentro hemos mantenido una comunicación telefónica bastante frecuente, además, una de mis hijas vivió unos meses con mi hermana Lala y uno de mis sobrinos estuvo conmigo unos meses. Lamentablemente la distancia nos vuelve a separar. También la falta de dinero nos divide porque ellos viven muy lejos y es caro poder viajar seguido.

Hay cosas que yo no me imaginaba del reencuentro. Ahora veo a mis hermanos y a mi hermana y miro que somos diferentes, tenemos maneras distintas de ver muchas cosas. No siempre es fácil ponerse de acuerdo o aceptar las diferencias. Lo bueno es que cuando nos hemos visto nos ha ayudado a mejorar nuestra relación, poder decirnos las cosas con serenidad y respeto nos ha ayudado a aceptar las diferencias.

Me comuniqué con Arnulfo en México. El está contento de saber que estoy viva y me pidió que lo visite. Esto significa que todavía me faltan muchas cosas que recuperar de mi vida pasada.

No puedo cerrar los ojos ante muchas cosas de mi familia que no son fáciles de aceptar, pero también sé que hay actitudes de ellos y sentimientos que me hacen dar gracias a Dios de que los encontré. Me imagino que también ellos ven mis defectos y tienen razón. Yo creo que esto es normal y que esto le pasa a todas las familias. Poco a poco

**No estás sola, ahora nos
tenés a todos nosotros...
nunca te hemos
olvidado...**

hemos aceptado que ha pasado mucho tiempo y hemos cambiado, sabemos que aprendimos a vivir de manera distinta. Lo bueno de esto es que tanto ellos como yo queremos fortalecer nuestra unidad como familia.

Entendí que los milagros son posibles

Mi nombre es Francisco Ajanel y soy uno de los hermanos de Eulalia. Cuando perdimos a mi hermanita le sumamos a la historia de nuestra familia otro gran dolor ya que ocho meses antes los soldados habían asesinado a nuestros padres. Nos hizo sufrir mucho la inseguridad de que nuestra hermana estuviera viva o muerta. No fue fácil aceptar que se la había llevado el ejército. Con todo lo que vimos hacer al ejército, nos horrorizaba muchas veces pensar qué sería de nuestra hermanita, además, pensar en que era pequeña y no podía defenderse y cuidarse a sí misma era un tormento.



Tratamos de averiguar por todos lados pero nadie nos daba información de ella. De lo único que teníamos seguridad es que la habían capturado. Lo peor es que a todos nos perseguían, nadie estaba seguro en ese tiempo, no se podían hacer muchas preguntas porque no se sabía con quién se estaba hablando. Además, en ese tiempo a los niños los usaban de carnada. Cuando los adultos buscaban a sus hijos en las bases o zonas militares, ya no regresaban. Se sentía una impotencia muy grande. A veces nos desesperábamos.

Cuando supimos de la Liga, mi hermano documentó con ellos la desaparición de mi hermana. No sabíamos si confiar o no en esta institución. Nos parecía un poco difícil que la encontrara porque ha pasado mucho tiempo desde que la perdimos. La sorpresa fue que un domingo me llamaron los investigadores de la Liga y me comunicaron que mi hermana estaba viva y que deseaba reunirse con nosotros. Fue una noticia muy importante para mi familia. Coordinamos la fecha y nos pusimos con mis hermanos a preparar todo. El reencuentro fue el 26 junio del 2003. Ese momento fue más impresionante de lo que yo pensaba, no fue sólo recuperar a mi hermana, sino como volver a unir a la familia con más fuerza.

Lo que yo quería saber definitivamente era si Floriselda era mi hermana. Cuando llegó a Primavera le pregunté si me reconocía y ella con pena me dijo que no, que había pasado mucho tiempo, su respuesta no me preocupó, cuando la vi me convencí de que era mi hermana, yo sí la reconocí, a pesar de los cambios en ella, sentía que era mi sangre.

Cuando la oí hablar y la vi junto a su hija me di cuenta de que mi hermana ya no era la misma. Tomé conciencia de todos los años que pasamos separados. Cuando nos la regresaron y la vi en la casa de mi hermano me parecía un sueño... como que no era real, ella me llevó de regreso a una etapa antigua de

Creo que ver nuevamente a mi hermana me dio una manera distinta de ver la vida

nuestra vida, me recordó los tiempos duros de la guerra, pero también me hizo sentir que algunos milagros son posibles.

Cuando ella nos contó sus sufrimientos, sentí que Floriselda no había crecido, que la que sufría era mi pequeña hermana. Volví a sentir rabia, tristeza, miedo. Creo que todos sentimos algo de esto. La abrazamos y nos consolamos, le dijimos que la admirábamos porque fue fuerte y logró resistir tanta violencia. Yo sentí orgullo. Mi hermana no se rindió ni dejó que la tristeza ni el ejército la mataran.

El reencuentro de nuestra hermanita no sólo nos trajo la alegría de volver a verla, sino que nos hizo sentir familia a todos los hermanos. Nos permitió llorar a nuestros padres asesinados por el ejército y nos hizo creer más en nosotros mismos.

Creo que ver nuevamente a mi hermana me dio una manera distinta de ver la vida. Creció la esperanza en mi corazón. Mi hermana se fue nuevamente a seguir viviendo su vida. Ahora ya sabemos donde está y sabemos algo de ella. Sé que falta mucho qué recuperar de nuestra familia pero sé también que ya recuperamos bastante.

Otra cosa es que nos sigue separando la distancia, no siempre logramos comunicarnos, y vernos es difícil. Además, sé que ella tiene sus problemas como toda la gente y que, aunque quisiera, no puede dejar su casa para estar con nosotros. Lamentablemente también el dinero afecta, porque uno no puede dejar de trabajar ni tampoco puede gastar tanto en pasajes.

Lo bueno es que cada vez que hay posibilidades de encontrarnos, a través de las actividades de la Liga nos seguimos viendo con gusto. Siento que nuestra relación va creciendo. Se hace cada vez más fuerte.

Hay cosas que nos toca afrontar que no son fáciles. Ella no puede cambiar nuestra situación y nosotros no podemos cambiar la de ella. La diferencia es que ahora nos tiene a nosotros para apoyarse y nosotros la tenemos a ella. ¡Cómo quisiéramos apoyarnos materialmente!, pero todos somos pobres. El consuelo que nos damos es apoyo al escucharnos, aconsejarnos y decirnos cosas para mejorar. Es algo que antes no podíamos hacer y ahora tenemos esa posibilidad.

En la Liga tenían razón cuando nos dijeron que el camino del reencuentro era largo y que en ese momento que nos vimos por primera vez después de tantos años sólo estábamos iniciando un camino. El reencuentro de mi hermana me ha dado una nueva forma de ver a mi familia. Me ha ayudado a leer nuestra historia con más optimismo y fuerza.

Miguel se quedó solo desde muy pequeño por causa del conflicto.

Creció pensando que no tenía familiares vivos,

Pero un anuncio en la radio le trajo la esperanza de encontrar a alguien.

22 años después se encontró con su tío y primos.

Se perdió en Nebaj 1982

Se reencontraron en Nebaj 2004

¡Fue una fiesta para mí!

Mi nombre es Miguel Brito. No recuerdo bien qué edad tenía cuando me perdí de mi familia, tal vez unos ocho o nueve años. Lo que sí recuerdo es que estaba con mi mamá cuando nos escondimos en la montaña, a la orilla del río Suchum, en el camino que va para Sumal Chiquito. Me perdí cuando los soldados llegaron a matarnos, porque los guerrilleros habían matado a muchas personas en la aldea Vatzchacaltzé, en 1982. Yo les tenía mucho miedo a los soldados y, cuando escuché que llegaban, corrí. Mi mamá, como estaba muy enferma, no pudo correr, así que los soldados se la llevaron y yo me quedé solito y llorando. Al día siguiente encontré a mi tía Petrona en la montaña y me dijo que me quedara con ella.

Entonces llegaron los soldados y se llevaron también a mi tía, y me quedé solo otra vez. Cuando los guerrilleros me encontraron solo, me dijeron que me fuera con ellos, que me iban a cuidar, y me fui con ellos... a veces les cuidaba sus mochilas. Dos meses después, la señora Magdalena me encontró y me quedé con ella. Finalmente los soldados llegaron a la aldea Txun, abajo de la aldea de Xix del municipio de Chapul. Allí nos agarraron, yo ya no pude correr y así llegué a la Aldea de Xolcuay, donde sigo viviendo.

Allí me contaban que tenía familiares cerca, pero nunca los conocí; por eso no los busqué. Además, no tenía idea de cómo buscarlos. Después me junté con María mi esposa. Los papás de ella vieron que yo era pobre, entonces me regalaron terreno para sembrar milpa y para hacer mi ranchito. Allí nos fuimos a vivir con ellos en Sontza de la aldea Xolcuay... y así pasaron varios años.

Hace dos años escuché, en las noticias en la radio, que hay personas que buscaban a los niños desaparecidos por la guerra y que algunos ya se habían reencontrado. Rápidamente fui a preguntar a la radio y me dijeron que era Pedro. Entonces lo fui a buscar pero no lo encontré. Al otro día llegó a mi casa y le conté mi historia. Él la escribió y me tomó una foto.

Después me dijo que la institución donde él trabaja se llama Liga y que ellos iban a buscar a mi familia. También me dijo que había que tener paciencia y participar en las reuniones con las demás familias. Con esa información me quedé contento. Después de varios meses, Pedro llegó a mi casa para avisarme que ya habían encontrado a mi tío Jacinto en la aldea La Laguna Vatzchocolá del municipio de Nebaj. Me puse muy contento y, cuando le conté a mi esposa y a mis suegros, se alegraron también. Ese día nos pusimos de acuerdo y dejamos la fecha para ir a conocer a mi tío y a su familia en su aldea.

Cuando me preparaba para el viaje, María y mis suegros dijeron que iban conmigo, así que nos fuimos todos para allá. Para ese día llegaron los compañeros de Pedro: Claudia y Maco. Ellos hablaron conmigo y me dijeron cómo íbamos a hacer la actividad. Recuerdo que me preguntaron si yo tenía dudas o algo que decir antes de ver a mi tío, yo les dije que no, que estaba tranquilo y que quería ver a mi familia.

Entonces, el 29 de marzo, salimos de Nebaj para la aldea Trapichitos, en el carro, junto con Maco y Claudia, después caminamos de Trapichitos para la aldea La Laguna de Vatzchocolá. Aunque mi tío había mandado unos caballos para la carga, nos costó un poquito, hicimos cuatro horas, porque todo era subida, además, María y yo llevábamos un niño cada uno.

Cuando llegamos a la aldea mi tío y su familia nos estaban esperando. Había arreglado con pino y palmas para recibirme. Yo estaba bien contento y nervioso. También había un buen grupo de personas, de la comunidad que nos recibieron. Fue una fiesta para mí. Quemaron cohetes y bombas, luego los del conjunto de la Acción Católica hicieron unos cantos de bienvenida y rezaron.

La realidad es que sentí alegría en mi corazón. Mi tío dio la bienvenida y empezó a contar la historia de cómo me quedé perdido en la montaña. Dijo que mi mamá estaba enferma cuando los soldados la capturaron y se la llevaron para Nebaj, donde murió, contó que se llamaba Manuela y mi papá se llamaba Andrés, que se murió antes de la violencia.

Escuchando toda la historia, me dio un poco tristeza por lo que nos tocó sufrir a todos. Mis familiares y la gente de la comunidad me dieron palabras de ánimo. Lo bonito fue que conocí a otro primo que también se quedó huérfano y vivió en la CPR, Él llegó desde la aldea Xach Muxan del municipio de Chajul para verme, finalmente mi tío Jacinto preparó un almuerzo para mí y mi familia. Al final me estuve tres días con él.

Después del reencuentro, mi tío Jacinto siempre me ha visitado. Eso ha sido un consuelo para mí, porque ahora yo tengo a quién pedir consejo, además, me ha dicho que vaya a visitarlos, pero no he tenido tiempo... he ido sólo tres veces. Ahora pienso en ir a visitarlo y quedarme unos días con él. Él me ofreció dos cuerdas de terreno para sembrar un poco de milpa.

La verdad es que me siento bien después de encontrar a mi familia, principalmente a mi tío. Gracias a él pude conocer la historia de mis papás y también pude conocer a mis dos primas: Marta del cantón Vitzal y Juana del cantón Xemamatzé.

Ahora somos sus papás

Soy Jacinto Ramírez Raymundo y en el tiempo de la guerra vivía en la aldea La Laguna Vatzchocolá, en Nebaj. Mi hermana Manuela vivía con su marido, Andrés Brito, cerca de la aldea Sumal Chiquito cuando fue capturada por los soldados. Nosotros nos quedamos muy tristes por ella, pensamos que la iban a matar, pero gracias a Dios supimos que había llegado a Nebaj y nos pusimos contentos.

A Miguel, mi sobrino, no sabíamos si se lo habían llevado o si él se había perdido. Lo estuvimos buscando, pero llegaron a contarnos que estaba con nuestra tía siempre en el mismo lugar. Nos conformamos con eso y lo dejamos con ella. Pero empeoró la violencia y nos tuvimos que ir a las montañas para refugiarnos; así nos separamos de ellos.



Dicen las personas que, cuando mi hermana Manuela Ramírez llegó a Nebaj, se juntó con un señor como su esposo, porque el papá de Miguel había muerto antes de la guerra. Después parece que mi hermana murió y Miguel se quedó solo.

Durante todos los años que pasaron siempre pensamos en Miguel, pero no teníamos ninguna información...fue cuando pensamos que talvez ya estaba muerto, pero un día estábamos escuchando la radio y oímos que buscaban a los niños desaparecidos y nos vino una pequeña esperanza... pero nunca se lo dijimos a nadie.

Un día, don Pedro llegó conmigo a la aldea, La Laguna Vatzchocolá, y empezó a preguntarme que si tenía algún familiar desaparecido. El corazón me dio vueltas, cuando me dijo el nombre de Miguel, mi sobrino, así que con Pedro nos pusimos de acuerdo en el día en que iba a llegar Miguel.

Con mucha alegría en mi corazón, preparamos la casa para recibir a Miguel, les conté a mis vecinos y a mis familiares y ellos llegaron a ayudarme a adornar la casa, mi esposa, con la ayuda de las demás mujeres, preparó la comida para recibir al Miguel.

Cuando Miguel llegó con su esposa, María, y con sus suegros, sentí mucha alegría. Los papás de él ya no están vivos, pero allí estábamos nosotros, ahora somos como sus papás, porque éramos hermanos. Después de la actividad, Miguel se quedó con nosotros cuatro días con su esposa y sus suegros. Eso fue bien bueno, porque pudimos compartir bastante.

Después de que nos reencontramos con Miguel, he tenido la oportunidad de visitarlo cada poco tiempo. Cuando voy a Nebaj en los días de mercado, me voy a quedar a su casa en la aldea Sontzá. Tengo mucha confianza con él y su esposa, porque son muy buenas personas. Lo que le digo a Miguel es que ojalá llegara otra vez a la aldea para visitarnos, pero dice que tiene mucho trabajo y que no puede salir, además no tiene dinero para su pasaje, así que le cuesta un poco.

Pero gracias a Dios en abril nos invitaron de parte de la Liga para ir a la capital a una reunión. Allí tuvimos la oportunidad de conocernos un poco más, me di cuenta que él se siente muy agradecido y contento con nosotros, porque ahora ya no está solo.

Después de esa reunión Miguel nos llegó a visitar y se quedó una semana. Aprovechó para conocer más nuestra aldea, también visitó a los demás familiares, nosotros estuvimos muy contentos con él. Más adelante pienso darle un poco de terreno para que él pueda venir a sembrar milpa. Para mi es muy importante estar cerca de él porque nosotros somos su única familia y siento que mi hermana hubiera querido que estemos juntos.



Aura Marina se perdió junto con sus 3 hermanitos.

Ella creció con una señora que le aseguró que su familia había muerto.

18 años después viajó con su esposo e hijos a la casa de su papá.

Se separaron en San Martín Jilotepeque en 1983.

Se encontraron en el mismo lugar en 2001

¡Yo no lo podía creer!

Mi nombre es Aura Marina Curuchiche y cuando yo tenía dos años el ejército me capturó junto con mis hermanos y primos. Yo no sé qué pasó pero fui a parar a la casa de una señora que me crió. Ella era bien exigente y enojada conmigo, con ella pasé momentos bien difíciles. Cuando era pequeña yo le decía a ella "mamá" pero los vecinos me molestaban y me decía que por qué le decía así si ella no era mi verdadera mamá.

Ella me puso a trabajar cuando yo tenía cinco años, me decía que si quería comer tenía que trabajar; pero luego me quitaba todo el dinero. Yo me vestía con ropa de un proyecto que ayudaba a huérfanos, porque ella no me daba nada a mi.. La señora me amenazaba diciendo que me iba a casar con un señor viejo y feo.

Después ella me dijo que toda mi familia estaba muerta, me dijo que los habían amarrado y los habían partido por la mitad, por eso yo crecí pensando que era huérfana.

A lo 16 años me salí de esa casa. Allí no tuve ni un momento feliz; sólo amargura, sólo llorar, entonces, por venganza con esa señora, cuando me fui me corté el pelo y me quité el corte. De ahí fue que conocí a mi esposo y nos pusimos a vivir juntos. Él me ha ayudado mucho, Él es una buena persona conmigo. Él era mi única alegría.

Estaba nerviosa y contenta, porque por muchos años yo me sentí muy sola... y ahora todo iba a ser diferente

Unos años después yo busqué a la señora que me creció para pedirle un pedazo de terreno para mí y mi marido, pero ella me dijo que no, que mejor se lo pidiera a mi papá, en ese momento yo me asusté y le reclamé que ella siempre me había dicho que yo no tenía familia; Total que esa vez, ella me dio un número de teléfono para llamar a mi papá.

Con el número escrito en un papelito me fui con mi marido y le conté todo. Yo no tenía mucha curiosidad porque pensaba que él nunca me había llamado a mí, pero mi marido me insistió que lo llamara... hasta que por fin lo hice.

Cuando oí la voz de mi papá en el teléfono después casi 20 años de pensar que estaba muerto, casi no lo podía creer, sólo le dije que lo quería ver, aunque también sentí un poco de enojo porque yo me preguntaba ¿por qué hasta ahora?

Después, me recuerdo que platicué con don Maco, un licenciado de la Liga y me contó que me podían ayudar para ver a mi papá. Lo hablamos con mi esposo... y decidimos ir a conocerlo. Mi tene grande estaba muy contento porque iba a conocer a su abuelito.

El 15 de diciembre del 2001 en la mañana, me vino a traer una señorita de la misma institución en un pick up. Yo vivía aquí en la zona 14 de la capital. Ella me dijo que mi abuelita, mis tíos, primos y sobre todo mi papá me estaban esperando en su casa que queda en San Martín Jilotepeque, Chimaltenango. Pasamos a Pollo Campero de Chimaltenango... y me acuerdo que yo no terminaba de creer que en una hora iba a conocer a mi familia, estaba nerviosa y contenta, porque por muchos años yo me sentí muy sola... y ahora todo iba a ser diferente.

Cuando llegamos, me fue a encontrar al carro el licenciado y me llevó con mi papá, en ese momento sonaron un montón de cohetes y empecé a llorar..., a la par de mi papá estaba mi abuelita..., ella me abrazó bien fuerte y lloramos juntas. Después me llevaron a un corredor donde estaban todos haciendo cola para saludarme. Yo no podía dejar de llorar, me sentía alegre y triste al mismo tiempo.

Una cosa extraña fue ver a todas las mujeres de mi familia con corte. Ellas hablan Kakchiquel. Yo sólo hablé español y ya no uso traje. Eso creo que nos hace un poco diferentes pero siempre de una misma familia.

Mi papá agarró un micrófono y me pidió disculpas por habernos separado, mi abuelita también habló y muchos de mis tíos y primas..., ellos también estaban llorando. Recuerdo que alguien dijo que "Dios tarda pero no olvida"; porque durante muchos años ellos le pidieron a Dios por encontrarme.

Ese día nos quedamos a dormir allí. Con mi papá fue un poco difícil, porque yo no me recordaba mucho de él, en cambio con mi abuelita fue bien diferente..., es como mi mamá.

Al día siguiente él se fue con nosotros a nuestra casa y quedó dos días con nosotros. Después de esa vez yo creo que sólo como tres veces me fue a visitar. En cambio mi abuelita sí me visita más... a pesar de que ella está enferma del corazón, pero siempre se preocupa por mí.

Ese año pasamos la navidad juntos. Mi abuelita y mis tíos me invitaron a pasarla junto con ellos. Yo sentía en mi corazón que tenía que llevarle algún regalo a mi papá, por lo que le compré una su playera, cuando se la di él se puso muy feliz pero él, en cambio, no me regaló nada a mí.

Después nos fuimos a vivir con una de mis tías porque en donde nosotros vivíamos ya nos estaban sacando. Ella tenía una tortillería, en donde yo le ayudé bastante. Me recuerdo que cuando estaba viviendo allí llegó don Maco con unos señores de Univisión e hicieron un reportaje de mi historia, me filmaron trabajando y me entrevistaron a mí, a mi abuelita y a mi papá, después lo pasaron en canal 11 y también se vio en toda América Latina, yo me sentí contenta porque ahora mucha gente sabe todo lo que nos tocó sufrir como familia.

En el año 2003 se murió mi papá de algo en el estómago. Yo no sentí mucha tristeza, es más, cuando lo supe sentí como una gran cólera contra él, porque jamás me contó cómo mataron a mi mamá. Nunca me dijo nada de nada, nunca fuimos a pasear juntos y jamás me dijo que me quería. Cuando fue el reencuentro yo le pregunté a mi papa cómo había muerto mi mamá pero él no me contestó. En esos días los señores de la Liga fueron a darle el pésame a mi abuelita y me dijeron que podía contar con ellos para platicar de todo lo que yo sentía.

Ahorita yo vivo con mi hermana Amalia, pero casi no nos hablamos. Es una cosa bien rara, porque cuando llega la abuelita a visitarnos, yo miro como Amalia se recuesta en el regazo de ella y empiezan a platicar... yo no puedo hacer lo mismo, no tengo la confianza. Mi hermana a veces, me reclama que por qué no soy cariñosa, pero creo que tal vez es porque como no crecí con ellos, no sé.

Yo quisiera tener ese cariño de hermanas, pero no nos tenemos confianza. Incluso nos tratamos de "usted" y no de "vos". Yo no puedo venir y prestarle una blusa. Recuerdo que cuando la conocí a mí no me gustaba su ropa; no sabía combinarla. Entonces yo le dije qué colores le quedaban mejor y qué tipo de faldas la hacen verse bien, yo le dije todo eso para ayudarla y ella me lo agradece.

Pero la verdad, yo creo que ella se puso celosa cuando yo aparecí. Ella dice que mi papá me prefería a mí porque una vez yo comenté que me gustaban unos trastes para guardar agua y a los días vino mi papá y me regaló unos bien bonitos, pero a mi hermana no le trajo nada.

Ya no hablo el lenguaje de ellos "kackchiquel"; yo me aparto, a veces no me entiendo, a veces soy bien sensible y otras veces soy bien rebelde. Antes me pasaba que me enojaba con mi hijo grande (cinco años) y perdía totalmente el control y le pegaba duro. Lo único que pensaba era que él tenía que sufrir como yo, después me daba cuenta y le pedía perdón. Yo creo que eso me pasaba porque me traumaron donde me criaron. Poco a poco he ido entendiendo y aceptando todo lo que me pasó.

Aunque ahorita ya no está mi papá, en una reunión que hizo la Liga en abril del 2005, mi abuelita me explicó muchas cosas y yo le dije todo lo que yo sentía. Fue bien difícil decirle todo, porque me daba pena... pero al final creo que fue muy bueno. Fueron tres noches que pasamos juntas, en donde yo le pedí perdón a ella y le ofrecí que iba estar más cerca y que la iba ir a visitar. Al final ella es mi única familia y le doy gracias a Dios por tenerla todavía viva.

Mi nieta regresó

Mi nombre es María Curruchiche, soy kakchiquel y tengo 79 años. Durante muchos años viví con una gran tristeza en mi corazón... por culpa de la guerra que pasamos aquí en San Martín Jilotepeque.

En 1982 mi familia se separó toda. A una mi nuera María Tránsito la mató el ejército en una masacre, a los tres hijos de ella y otros tres de mis nietos los capturaron los soldados. Todos eran pequeñitos cuando se los llevaron.

Esos días fueron bien tristes... yo era la que cuidaba a los hijos de mi hijo Luis. Él estaba metido en la guerrilla y se tuvo que ir lejos para seguir en la lucha. Si él venía por acá lo podían matar también.

Entonces, desde el día que se los llevaron yo empecé a buscarlos. Fui a preguntar a varios lados... y algunas gentes me dijeron que el ejército se había llevado todos los niños para el gimnasio en Chimaltenango y allí los habían regalado. Yo fui a todos lados y le pedía siempre mucho a Dios que los mantuviera con vida. Como a los dos años encontré a tres de mis nietos.... estaba contenta, pero mi corazón seguía pensando en mis otros nietecitos.



Una vez, me recuerdo que fui al mercado de San Martín y allí vi a Aura Marina, la más grandecita de mis nietos perdidos. Ella estaba con una señora en uno de los puestos de panela, cuando Aura me vio se paró rápido... pero la regañaron. Yo tenía mucho miedo y cuando me acerqué la señora me dijo que unos soldados le habían dado a la niña y que no me metiera. Yo no me atreví a preguntar nada más y me fui. Durante muchos años me arrepentí de ese día... talvez si hubiera insistido...

Después que se firmó la paz regresó mi hijo Luis. El había estado combatiendo pero siempre estuvo pendiente si encontrábamos a sus hijos. A veces, por todo lo que le tocó vivir, le agarraba por tomar... eso hacía un poco difícil las cosas, pero él era un buen hombre... después se volvió a casar y se puso a vivir con su nueva esposa..., allí en Santa Anita las Canoas. Al poco tiempo lo nombraron alcalde auxiliar. Él siempre trabajaba mucho y apoyaba a las organizaciones.

Un día llegaron unos señores de la capital y hablaron con él. Eran de la Liga y le ofrecieron ayudarnos a buscar a sus hijos, al principio él no sabía si era cierto lo que le dijeron, pero después me vinieron a visitar a mí y entonces él sí les creyó.

Yo me puse bien contenta porque talvez así iba a encontrar a mis nietos. Recuerdo que don Maco habló con nosotros varias veces y de repente le dijo a Luis que habían encontrado a Aura Marina. Ay! yo le di muchas gracias a Dios porque ella estaba viva y le dije a Luis que teníamos que recibirla bien. Hablamos entre toda la familia y juntos con los de la Liga organizamos que ella iba a venir a la casa de su papá el 15 de diciembre del 2001.

Yo estaba contenta, pero había mucha tristeza... por todo lo que nos pasó. Para mí era muy importante pedirle perdón a mi nieta porque no la pude retener conmigo. Ese día mi otro hijo y su esposa me llevaron para Santa Anita, porque ahora yo vivo en la aldea Chimazat, allí estábamos toda la familia esperando a Aura con su esposo y sus hijos, porque ahora ella ya es grande.... se casó y vive en la capital. Don Maco nos habló que ella había cambiado y que ya no hablaba nuestra lengua, pero quería conocernos a todos.

Ella llegó en un carro con Claudia, una señorita de la Liga. Cuando se bajó del carro y la vi... me emocioné mucho..., yo la miraba igual, con su misma carita, aunque ya no tenía su pelo largo ni su corte, Luis la recibió primero y después yo la abracé muy fuerte. Ella se puso a llorar conmigo..., parecía una niña..., yo la recibí con mucho cariño, Luis le presentó a toda la familia; su hermana Amalia, sus tíos, primos y sobrinos, entramos a un cuarto que habían arreglado y allí Luis la reconoció como hija... y toda la familia le dio la bienvenida. Después Aura también habló..., estaba muy emocionada y lloró mucho. Ella contó que la señora que la creció la trataba muy mal.

Después de todo, comimos juntos y empezamos a compartir un poco más. También había unos reporteros que nos entrevistaron y por eso salimos todos en el periódico y en la tele.

Ese día, Aura se quedó en la casa de mi hijo Luis, y como ya mero era navidad, mi otro hijo la invitó a ella y su familia para que se vinieran con nosotros. Esa navidad fue diferente. Desde ese día yo he tratado de estar pendiente de mi nieta, porque yo soy como su mamá. Yo me doy cuenta que ella se siente bien conmigo.

Ya pasaron casi cuatro años desde el día del reencuentro, y muchas cosas han pasado. Aura se fue un tiempo a vivir con una su tía y ahora son vecinas con su hermana Amalia...., yo creo que está contenta, pero no me visitaba mucho... hasta que mi hijo Luis murió hace dos años. Ahora yo soy su mayor consuelo..., aunque ya estoy grande y enferma. (del corazón)

En una reunión que tuvimos en Guatemala ella me pidió que le explicara muchas cosas que su papá no le contó nunca. Yo hice todo lo que pude... creo que ella se quedó más tranquila, además me dijo que la disculpara y que ahora me va a visitar más. Para mi está bien, yo siempre la voy a querer.

Desde bebé yo crecí con mi abuelita.

Pero siempre quise saber sobre mi mamá.

Cuando tenía 18 años viajé al Ixcán para conocerla...

Se perdió en Nebaj en 1982

Se reencontraron en el Ixcán en 2002

Me quedé sin palabras

Mi nombre es Pedro Brito Solís. Actualmente tengo 22 años y vivo en la aldea Xéo, en Nebaj, Quiché. Mi esposa se llama Jacinta Pérez Cobo. Quiero contar cómo y con quién crecí durante 20 años en la época de la guerra.

Yo creía y estaba muy seguro de que mi mamá era Rosa Solís; pero cuando tenía siete años, me contó muchas cosas que vivieron durante la guerra, allí me aclaró que yo no era su hijo, sino que su nieto, y continuó diciéndome que por circunstancias de la guerra mi papá, Antonio Brito Solís, se vio obligado a integrarse a las filas de la guerrilla; después de varios días, en el cerro Sumal Grande, mi papá estuvo en un enfrentamiento con el ejército y allí murió.

De esa manera, me quedé en brazos de mi mamá cuando apenas tenía un año; pero, la tristeza, la preocupación, el resentimiento y el coraje hicieron que mi mamá empuñara las armas y se integrara también a la guerrilla; de esa manera fue como me quedé con mi abuela. Ella con mucho sacrificio me crió, también me apoyó para que estudiara en la escuela de Xéo. Después por mi propia cuenta seguí los básicos en Nebaj, y, finalmente, sólo terminé cuarto magisterio, porque ya no contaba con los medios económicos necesarios para seguir estudiando. Durante esos años que fueron muy difíciles, hubieron momentos en que pensé en buscar a mi mamá, para que me apoyara, pero no tenía idea de cómo hacerlo.

En el año 2001, un vecino, Felipe, estaba estudiando en Nebaj, y un día me dijo que existía la posibilidad de buscar a mi mamá, porque él conocía a Pedro Gregorio, quien trabaja en una institución que busca a los familiares desaparecidos. Me quedé pensando en esta información, no mucho lo creía, pero al final me puse a planear en ir a Nebaj para buscar al señor Pedro, no hubo mucho tiempo, una mañana el señor Pedro llegó a la aldea para buscarme y cuando me encontró platicamos sobre el programa "Todos por el reencuentro", después me preguntó que si yo quería buscar a mi mamá, y yo le respondí que sí quería, entonces me preguntó muchas cosas, las cuales no pude responder del todo porque no sabía lo que había pasado, entonces mi abuela contestó a lo demás, al terminar de hablar el señor Pedro, me tomó una foto y me dijo que la iba comparar con la foto de mi mamá cuando la encontrarán.

Finalmente el señor Pedro dijo que iba a realizar la investigación, siempre y cuando yo participara en las reuniones. No recuerdo bien cuantos meses pasaron, pero el señor Pedro volvió a visitarme en la aldea Xéo y me informó que ya había ubicado a mi mamá en un lugar de Ixcán, en ese momento sentí que iba a verla muy pronto, pero el señor Pedro me dijo que tuviera paciencia que él y sus compañeros iban a poner la fecha para el viaje.

Para encontrarme con mi mamá, mi abuela no me dejó ir solo, ella y mi tío Felipe fueron conmigo. El señor Pedro nos acompañó desde Nebaj hasta la capital, después los señores de la Liga en Guatemala nos llevaron en su carro hasta Playa Grande, Ixcán, allí nos quedamos a dormir porque ya era tarde. Al día siguiente salimos de Playa Grande a Primavera, al llegar había demasiado calor, ni modo tuve que aguantarlo.

Cuando ya estábamos cerca de la casa de mi mamá me puse muy nervioso, y no sabía qué hacer, peor cuando entré en el corredor de la casa, mi mamá salió a recibirme con un abrazo, luego se echó a llorar en mis brazos, y en ese momento no tenía palabras que decirle, me sentí extraño, hubieron momento en que me quedé sólo con ella y nos pusimos a platicar los dos, me aclaró muchas cosas difíciles que ella vivió durante la guerra, después empezó a llorar y me dijo: "hijo perdóname por abandonarte desde pequeño, no fue mi deseo, si no que fue por la guerra".

En ese momento comprendí que todos los sufrimientos que vivimos fueron por la guerra, lo que no entendía era que, cómo mi papá se murió y mi mamá logró salvarse en los combates. Después, mi padrastro y mis hermanitos me llevaron a las orillas de la playa, también fuimos a cortar elotes para comerlos en la noche, así que pasamos un momento alegre en la casa de mi mamá. Finalmente mi mamá me dijo que me fuera a vivir con ella a ese lugar, pero no respondí, porque yo estoy acostumbrado a vivir a la par de mi abuela, lo que sí le prometí es que la iba a visitar.

Después de nuestro reencuentro, no he podido visitarla: por el trabajo y porque mi abuela no me deja ir, teme que yo me quede con mi mamá. Mi mamá, dos veces ha llegado a Nebaj a visitarme, sólo así nos hemos visto, y también en los distintos encuentros que se han llevado a cabo en la capital, allí me he encontrado dos veces con ella. Pienso visitarla en el mes de agosto, quiero llevar a mi esposa Jacinta porque no se conocen.

Mi hijo ya era un muchacho

Yo me llamó Magdalena Herrera. Cuando mi hijo tenía un poco menos de un año de edad lo tuve que dejar con su abuela. En ese tiempo vivíamos en Nebaj. Eran los ochenta y la guerra estaba en lo peor. El ejército tomó todo el municipio y nos quería matar. Decidí hacer algo. Junto con mi marido nos unimos a la montaña a combatir. No fue fácil, pero era lo único que podíamos hacer. De todos modos si me quedaba en el pueblo me mataban por estar unida a un guerrillero.

Pasé muchos años lejos de mi hijo, me perdí toda su niñez y parte de su juventud. Es algo que me duele y lamento, además, perdí a mi esposo. En los primeros años de la separación de mi hijo perdí su rastro. Sólo sabía que el niño seguía viviendo con su abuela. Durante todos esos años viví con un vacío en el corazón que no me lo llenaba nada. Hubo muchos momentos en que pensaba en mi niño y me ponía muy triste, llegué al punto que me enfermé y en México me dieron apoyo de salud mental.

En el 2002 recuerdo que vino una gente de la capital y me dijo que mi hijo me estaba buscando. Yo no lo podía creer. Me puse muy nerviosa y el miedo de siempre me volvió a entrar en la mente. Por más que me decían que el muchacho quería conocerme y que nuestra relación se podía ir fortaleciendo yo seguía con miedo al rechazo de mi hijo.

Al final decidí que lo trajeran. Fue un 20 de agosto del año 2002 cuando él vino. Lo vi... y ya era un muchacho grande, me pareció un joven sano y fuerte. No le dije nada... no pude, lo que hice fue abrazarlo y besarlo, Él no me dijo nada estaba serio y callado, pero en ese momento no me importó. Nos reunimos en mi casa, invité a mis familiares y a algunos amigos de la comunidad, también llegaron unos delegados de la Palabra para hacer una oración, Pedro, mi hijo, llevó a su abuela y a uno de sus tíos, frente a todos le conté un poco de cómo había sido mi vida después de que nos separamos. Le conté de la muerte de su padre, traté de que mi hijo supiera lo mucho que me tocó sufrir por haberlo dejado. Él no habló mucho sólo mencionó que estaba contento de conocer a su mamá y a sus hermanitos.

Pedro se quedó unos días con nosotros, lo llevamos a la parcela y al río, estuvo con mis hijos conociendo la comunidad. La pasamos bien pero no fue muy bueno que llegara la abuela..., ella estaba siempre pendiente de lo que yo le decía y de lo que él hacía. Creo que Pedro no se sentía muy libre, no hablaba mucho y parecía enojado y cansado, en cierto momento me reclamó porque lo abandoné y me dijo que tenía que saber que a quien quería era a su abuela. Dijo que ella sí merecía su cariño porque ella lo creció, me repitió que ella no lo había abandonado, eso me dolió mucho pero traté de entenderlo. Fue muy duro pero ya me habían dicho que eso podía pasar y que debía ser paciente.

En nuestro reencuentro hubo unas cosas que no me gustaron a mí ni le gustaron a Pedro, pero creo que a los dos no hizo bien vernos. Él no me dijo que me quería pero me aceptó ante todos como madre. Me hubiera gustado que me abrazara y que me dijera que me quería pero no pasó. Entendí que iba a necesitar mucha paciencia y muchas fuerzas para recuperar a mi hijo.

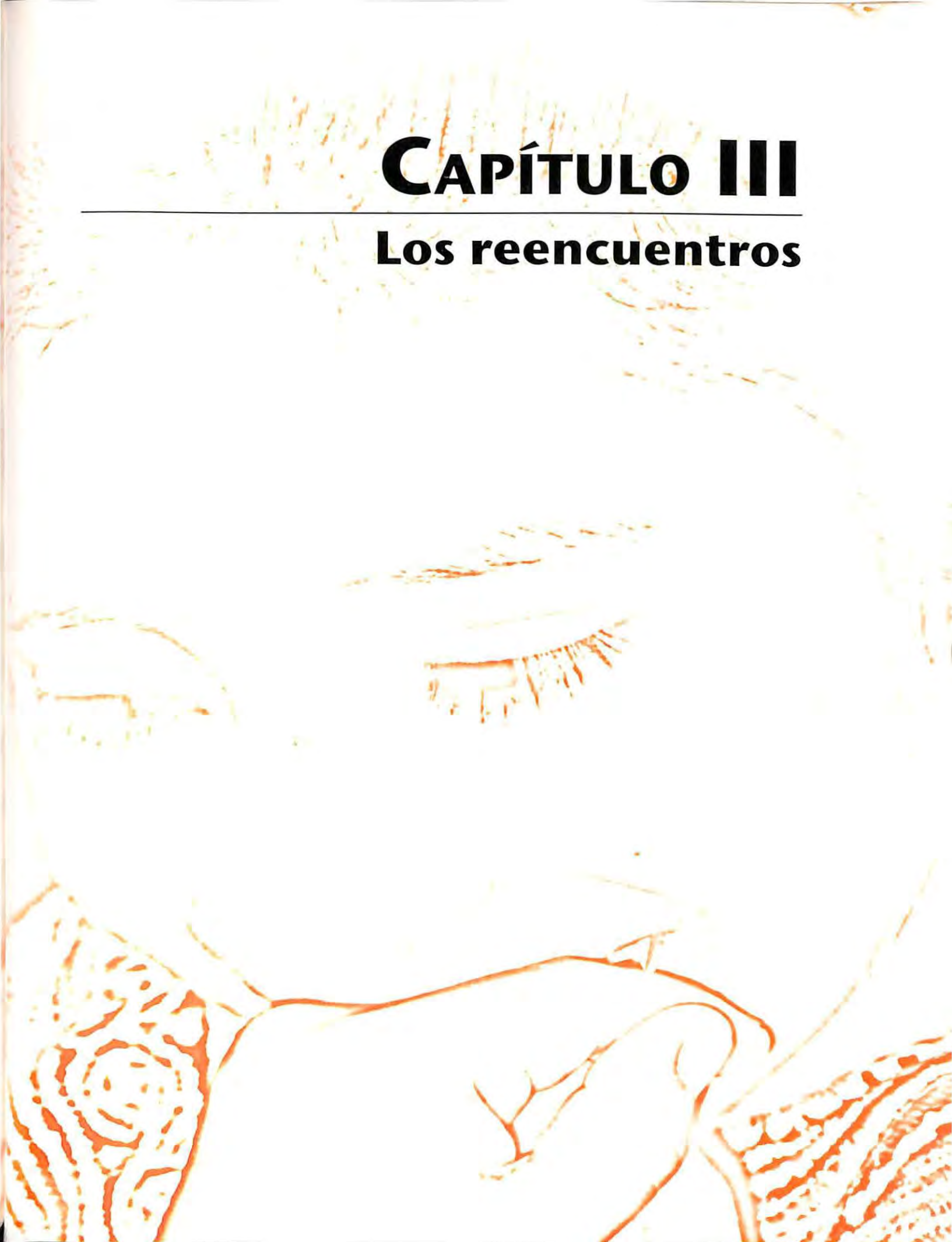
La verdad es que no ha sido fácil ganarme la confianza y el cariño de mi hijo. Al principio de nuestra relación sentí varias veces su frialdad y la falta de interés por mí. En una ocasión lo fui a ver a Nebaj y me dejó hablando sola, me dijo que no tenía nada de que hablar y que mejor lo dejara tranquilo porque tenía que estudiar, su manera de tratarme me hacía sufrir mucho. Creo que no merezco que me desprecie tanto. En otras ocasiones lo llamaba por teléfono y su actitud era la misma.

Casi llegué a desanimarme y pensar que la relación con mi hijo no llegaría nunca a ser buena. Sé que la abuela tiene mucho miedo de perderlo y que a veces hace cosas para separarnos. Por suerte, las cosas han cambiado un poco, ahora es más amable y educado. En los encuentros de la Liga platicamos de esas cosas que nos separan y nos hacen daño a los dos, esto nos ha ayudado mucho, sobre todo porque él casi no habla con migo pero en los talleres sí. No dice lo que siente o lo dice pero muy seco. Creo que cada vez está más cerca y que voy ganando su confianza pero el camino es lento.



CAPÍTULO III

Los reencuentros



Reencuentros en 2001

1. Tomás Choc y su hija Julia

El 28 de octubre del año 2001, se realizó el primer reencuentro del programa "Todos por el Reencuentro". Éste fue el reencuentro de Tomás Choc, k'iché, con su hija Julia, ahora kekchi. El mismo se realizó en Santa María Semacoch, Ixcán.

2. José López Ordóñez y su madre Feliciano

El 11 de noviembre de 2001, Feliciano recibió a su hijo José en Nebaj. Ellos estuvieron separados por la guerra durante 19 años.

3. Aura Marina y su padre Luis Curruchiche

El 16 de diciembre de 2001, Aura Marina se reencontró con su padre y su abuela en Santa Anita Las Canoas, San Martín Jilotepeque, Chimaltenango. Aura viajó junto con su esposo y sus dos hijos, desde la capital.

Reencuentros en 2002

4. Magdalena Brito y su padre Juan

El 25 de mayo de 2002, se reencontró Magdalena con su padre Juan Brito, en la aldea Pexlaj, Nebaj. Él viajó desde la comunidad La Unión en Uspantán, para ver a su hija después de 18 años.

5. Manuela Gutiérrez y Enrique Pablo con su hija Manuela

El sábado 3 de agosto de 2002, en el municipio de Joyabaj, Quiché, se reencontró Manuela Gutiérrez y Enrique Pablo con su hija Manuela, quien se perdió en 1982 cuando tenía seis años.

6. Paulina Chen con su prima Buenaventura

El 19 de agosto de 2002, en Trinitaria, Ixcán, Quiché, Paulina Chen, de Pacux, Rabinal, se reencontró con su prima Buenaventura, en la aldea Trinitaria del Ixcán. Paulina y Buenaventura crecieron juntas en Río Negro, Rabinal. En 1982 tuvieron que huir porque el ejército y los patrulleros civiles de Xococ arrasaron con su comunidad. En la huida Paulina perdió a sus hermanitos y a sus primos.

7. Pedro Brito y su madre Magdalena

El 20 de agosto de 2002, Pedro Brito viajó desde Nebaj a la comunidad Primavera, del Ixcán, para reencontrarse con su madre Magdalena. Pedro nunca la había visto, ya que se separaron cuando él tenía meses de edad.

8. Clemente Chávez y Juana Matón Chávez y su hijo Jacinto

El jueves 29 de agosto de 2002, Clemente Chávez y Juana Matón Chávez, pobladores de la comunidad de La Unión 31 de Mayo, San Miguel Uspantán, Quiché, se reencontraron con su hijo José Brito, de trece años de edad, en el asentamiento Las Violetas, en el municipio de Nebaj Quiché.

9. Diego David y su padre

Se reencontraron el 23 de septiembre de 2002.

10. Petrona y su hijo Jacinto Guzmán

El 28 de noviembre de 2002, Jacinto se reencontró con su madre en la aldea Vijolom del municipio de Nebaj. Él viajó desde Chimaltenango junto con su familia sustituta para reconocer a su familia.

11. Cecilia Brito Cobo con su madre Catarina

El 10 de diciembre de 2002, en la aldea Palop, Nebaj, Quiché, se reencontró Cecilia Brito Cobo con su mamá Catarina Cobo, luego de más de 17 años de separación forzada. Actualmente, Cecilia vive en la ciudad capital y su mamá en Cocales, Escuintla, el reencuentro tuvo lugar en compañía de otros familiares y vecinos en la comunidad de Palop, Nebaj.

12. Félix Maquín y sus hijas Fermina y Juanita

El 12 de diciembre de 2002, Félix viajó a San Lucas Tolimán para reencontrarse con sus hijos. La familia Maquín se separó y cuatro de los cinco hijos fueron llevados a un orfanato en Sololá en donde crecieron.

13. Julio y sus hermanas Fermina y Juanita Maquin *Quiché*

Julio es el hermano mayor de Fermina y Juanita. El 12 de diciembre, junto con su padre, él viajó desde La Unión 31 de Mayo para volver a verse con sus hermanas.

14. Carlos Maldonado y su hijo Leander *Quiché*

El 12 de diciembre de 2002, Carlos llegó hasta Cuilco, Huehuetenango, para reencontrarse con su hijo Leander, de quien se separó cuando éste tenía meses de edad. Carlos tuvo que viajar dos días desde la comunidad Victoria 20 para ver a su hijo nuevamente.

Reencuentros en 2003

15. Macario y sus padres Gregoria y José Calachij *Quiché*

El día jueves 6 de febrero de 2003, en la aldea Pasojoc de Zacualpa, Quiché, Macario Calachij abrazó de nuevo a sus padres, Gregoria y José. El joven se encontraba trabajando en el corte de caña cuando se le encontró y decidió ir a encontrarse con sus padres.

16. José Brito Caba y su mamá Elena Brito *Quiché*

El día miércoles 19 de febrero de 2003, tuvo lugar el reencuentro entre José Brito Caba y su mamá Elena Brito, en la aldea Xepium, del municipio de Santa María Nebaj. Actualmente, José vive en la comunidad de Chel, está casado y tiene dos hijos, quienes el día del reencuentro pudieron también conocer a sus abuelos, tíos y resto de la familia paterna.

17. Miguel Raimundo y su hija Guadalupe *Quiché*

El 3 de marzo de 2003 Miguel llegó desde el Ixcán hasta a la cooperativa Tecún Umán en Petén para reencontrarse con su hija Guadalupe, a quien no miraba desde que ella nació.

18. Francisco y su hija *Quiché*

El 10 de abril de 2003, Francisco Santiago Cedillo se encontró con la verdad. Después de años de buscar a su hija Teresa Santiago Brito, se confirmó que ella había muerto hace años. Francisco perdió a su hija cuando el ejército asesinó a su esposa en una aldea de Nebaj. La niña, de un año, fue llevada por un patrullero, quien la cuidó como hija propia. Después de unos años, Teresa se enfermó y murió.

19. Catarina Pacheco y sus tías

Catarina Pacheco volvió a su comunidad Chisis del municipio de San Juan Cotzal, Quiché, el día 21 de mayo de 2003. Allí le esperaban sus tíos paternos Ana, María y Juan Pacheco, quienes la recibieron con mucha alegría y con una fiesta.

20. Mario Enrique Tarax con su papá

El día 4 de junio de 2003, tuvo lugar un reencuentro familiar en la aldea Pueblo Viejo del municipio de Malacatancito, Huehuetenango. Se reencontró Mario Enrique Tarax con su papá Maximiliano Tarax Herrera, quienes no se veían desde hacía 22 años, cuando Mario tenía apenas tres años de edad.

21. Yoni, con su hermano Jacinto

El día 24 de junio de 2003, en la aldea El Triunfo, del municipio de Champerico, Retalhuleu, tuvo lugar el reencuentro de Jacinto Cobo Raymundo, ahora llamado Yoni, con su hermano Jacinto, a quien no veía desde hacía 15 años.

22. Floricelda y su hermana Eulalia Ajanel

Después de 22 años de vivir separados por la guerra el 26 de junio de 2003, Floricelda Ajanel, quien viajó desde Salamá, Baja Verapaz, hasta la Primavera del Ixcán, Quiché, para reencontrarse con cuatro de sus hermanos. Eulalia viajó desde Petén para ver de nuevo a su hermana menor.

23. Floricelda y su hermano Apolonio

Después de 22 años de vivir separados por la guerra, el 26 de junio de 2003, Floricelda Ajanel, quien viajó desde Salamá, Baja Verapaz, hasta la Primavera del Ixcán, Quiché, para reencontrarse con cuatro de sus hermanos. Apolonio arregló su casa para recibir a todos sus hermanos.

24. Floricelda y su hermano Francisco

Después de 22 años de vivir separados por la guerra, el 26 de junio de 2003, Floricelda Ajanel, quien viajó desde Salamá, Baja Verapaz, hasta la Primavera del Ixcán, Quiché, para reencontrarse con cuatro de sus hermanos. Francisco viajó desde la comunidad Victoria 20 para ver de nuevo a su hermana menor.

25. Floricelda y su hermano Gumersindo

Después de 22 años de vivir separados por la guerra, el 26 de junio de 2003, Floricelda Ajanel, quien viajó desde Salamá, Baja Verapaz, hasta la Primavera del Ixcán, Quiché, para reencontrarse con cuatro de sus hermanos. Gumersindo viajó desde una comunidad cercana en el Ixcán para ver de nuevo a su hermana menor.

26. Cornelio y sus Hermanos Morales

El día martes 15 de julio de 2003, los hermanos Morales se reencontraron en Santa María Nebaj. Cornelio, el hermano mayor viajó desde la comunidad El Triunfo en Chaperico, para ver a sus hermanos menores.

27. Juan morales y sus hermanas

El 15 de julio, Juan Morales se reencontró en Santa María Nebaj con sus hermanas Reina y Chona.

28. Jacinto y su hermana María

El 16 de julio de 2003, Jacinto viajó a la comunidad de Palop en Nebaj para reencontrarse con su hermana María.

29. Carlos Maldonado y Facunda

El día jueves 10 de julio de 2003, Carlos Maldonado se reencontró con su hija Facunda, en el caserío Santo Domingo, del municipio de Cuilco, Huehuetenango. Carlos, quien vive en Victoria 20, Ixcán, se había reencontrado el pasado 12 de diciembre con Leander, su otro hijo desaparecido, quien también estuvo presente en este reencuentro familiar.

30. Feliciano Raimundo Cu y su madre Rosalba Jiménez

En Julio de 2003, en la comunidad Pico de Oro, del municipio de Benemérito, Estado de Chiapas, México, se reencontró la niña Feliciano Raimundo Cu con su madre Juliana Cu, ahora llamada Rosalba Jiménez. El reencuentro tiene lugar después de doce años de separación. Fueron separadas cuando Feliciano apenas contaba con un año de edad.

31. Ismael Raymundo con su padre Pedro Raymundo

El día 3 de septiembre de 2003, Ismael Raymundo logró reencontrarse con su padre Pedro Raymundo. El reencuentro tuvo lugar en Nebaj, a donde llegó Ismael proveniente de Chiapas, México. En Nebaj su padre lo esperaba junto con las dos abuelas, tíos y primos, quienes tenían casi 20 años de no verlo.

32. Augusto Tot con su mamá Cirila Cajbón

El lunes 3 de noviembre de 2003, Augusto Tot se reencontró con su mamá Cirila Cajbón en la Cooperativa Unión Maya Itza, en el municipio de la Libertad, Petén. Ellos se separaron luego que Augusto, siendo un adolescente, se integró a la guerrilla. Estando ahí fue capturado por el ejército, en donde sirvió como soldado por varios años.

33. Margutina y su madre Rosaura

La familia Maldonado Vásquez celebró el 5 de diciembre de año 2003, en la comunidad Victoria 20 del Ixcan, el reencuentro de Margutina con su madre Rosaura Vásquez, quienes no se veían desde hacía dos décadas, cuando ella tenía ocho años de edad.

34. Cecilia Maldonado y su madre Rosaura

La familia Maldonado Vásquez celebró el 5 de diciembre de año 2003, en la comunidad Victoria 20 del Ixcan, el reencuentro de Cecilia Maldonado con su madre Rosaura Vásquez, quienes no se veían desde hacía dos décadas, cuando ella tenía dos años de edad.

Reencuentros en 2004

35. Mauricio y Emeteria

El sábado 24 de enero de 2004, en Santa María Nebaj, tuvo lugar el reencuentro del joven Mauricio Ajanel, de 24 años, con Emeteria, su madre biológica. Él viajó junto con su esposa María, desde el municipio de Aguacatán, Huehuetenango, para conocer a toda su familia. En Nebaj, su madre lo recibió junto con sus seis hermanos.

36. Miguel Brito Brito con su tío Jacinto Ramírez

El 29 de marzo de 2004, en la comunidad La Laguna Vatzcholá, se reencontró Miguel Brito Brito con su tío Jacinto Ramírez y primos. Él viajó durante un día junto con su esposa, hijos y suegros, desde la aldea Sontza, Xolcuay para la comunidad mencionada.

37. Juan Morales con su madre Juana

El viernes 7 de mayo del año 2004, se realizó en reencuentro familiar de Juan Morales con su madre Juana Morales. Éste tuvo lugar en la comunidad El Triunfo en Champerico, Retalhuleu. Juan Morales viajó desde Sacapulas, Quiché para reencontrarse con su madre.

38. Hermanos Eucadencio y María Brito

El jueves 13 de mayo de 2004, se reencontraron los hermanos Eucadencio y María Brito en el municipio de Santa María Nebaj. En 1983, el ejército asesinó a su madre y la guerrilla a su padre, quedando huérfanos. Cada uno fue entregado a diferente familia por las autoridades de su comunidad en Chajul.

39. Bruno y su madre

El 14 de julio de 2004, Bruno Villatoro viajó de Rio Azul Nebaj al Ixcán, para reencontrarse con su madre, quien vive en *San Juan Ixcán*.

40. Bruno y su hermano Pablo

El 14 de julio de 2004 Bruno Villatoro viajó de Rio Azul, Nebaj al Ixcán para reencontrarse con su hermano.

41. Hermanos Santos y Francisco Pastor Tojín

El 5 de septiembre de 2004, en el Barrio Jacuvil de San Miguel Uspantán, se reencontró Santos Pastor Tojín con su hermano mayor Francisco Pastor Tojín.

42. Juan Santiago y su hijo Bonifacio Ceto

El 22 de septiembre de 2004, la comunidad Sajsiban en Chajul se vistió de fiesta porque Juan Santiago se reencontró con su hijo Bonifacio Ceto. Éste es el primer reencuentro que el programa "Todos por el reencuentro" resuelve con el apoyo de una prueba de ADN.

43. Angelina y sus primas

El 24 de agosto del año 2004, se reencontró Angelina con sus primas, en la aldea Yalicar del municipio de Chisec. Para Angelina ellas son su única familia.

44. Tomás Chivalam y Mateo Ramírez

El 20 de octubre de 2004, Tomás Chivalam y Mateo Ramírez se reencontraron. Esto sucedió en medio del II Encuentro Nacional de Familiares, realizado por el programa "Todos por el reencuentro" de la Liga Guatemalteca de Higiene Mental.

45. Gregoria y su hermana Santa

El 22 de octubre de 2004, Gregoria viajó hacia Aguacatán, Huehuetenango, para reencontrarse con su hermana Santa. Gregoria actualmente vive en la comunidad La Unión 31 de Mayo, en el municipio de Uspantán, Quiché.

46. Macario con su abuela Tomasa

El día 24 de noviembre de 2004, se realizó el reencuentro de Macario con su abuela materna la Sra. Tomasa Us Utzep. Macario emprendió el viaje desde la comunidad de Xoncá en Nebaj a la comunidad Primavera del Ixcán. Recorrió más de 350 kms. para poder verse con su abuela.

47. Demesio Maquín y su hijo Silverio

El 24 de octubre de 2004, Demesio se reencontró con su hijo Silverio en el Ixcán. Para que esto se pudiera realizar, Demesio viajó desde la comunidad La Unión 31 de mayo, Uspantán.

48. Hermanos Rigoberto y Eluvia Pérez Gutiérrez

El 22 de diciembre del año 2004, se reencontró Rigoberto Pérez Gutiérrez con su hermana Eluvia Francisco Juan. Dicho Reencuentro se llevó a cabo en la Aldea Río Azul del municipio de Nebaj, departamento de Quiché.

Reencuentros en 2005**49. Rosa y sus padres Pedro y Ana**

El 3 de febrero de 2005, Rosa, junto con su esposo, viajó desde Cobán para reencontrarse con sus padres en su aldea natal Vijolom. Actualmente Rosa no habla ixil, ya que creció con una familia de origen aguacateco.

50. Mateo con su padre y hermanos

El viernes 1 de abril de 2005, en la aldea Concepción, del municipio de San Mateo Ixtatán, se reencontró, Mateo con su padre de 85 años y sus dos hermanos. Él viajó desde la comunidad de Comitán, Chiapas, México, donde ahora vive junto a su esposa y ocho hijos, dedicado al trabajo de mecánica automotriz.

51. Santos Macario y su tío Domingo

El día 11 de mayo de 2005, tuvo lugar el reencuentro familiar en el Cantón Membrillal II, del municipio de Chiché, luego de 23 años de separación. Santos Macario, quien hoy día se llama Saturnino, se reencontró con su tío Domingo y una buena cantidad de primos, quienes entre llantos y oraciones lo recibieron con mucha alegría. A Santos lo acompañó su esposa, así como otra familia Ixil que le apoyó en los años difíciles que le tocó vivir durante casi dos décadas.

52. Manuel Chojooj y su padre Francisco Chocooj Quib

El día 7 de junio de 2005, en el municipio de Panzós, se realizó el reencuentro de Manuel Chojooj y su padre Francisco Chocooj Quib. Francisco se separó de su padre cuando tenía doce años, a causa de un operativo del ejército en el Barrio San Juan, Panzós. Comunidad en la que residía la familia.

53. Antonio Choc Rax y su abuela doña María Joj Rax

El día 7 de junio de 2005, se reencontró Antonio Choc Rax y su abuela doña María Joj Rax. Este momento tan esperado se celebró en la comunidad de Panzós.

54. Pascual y su abuela Elena

El 28 de junio, Pascual, quien ahora vive en Nuevo San Lorenzo, municipio de Ixcán, se reencontró con su abuelita Elena Antonia, su tío Fernando Antonio y otros familiares en la Aldea Pojna, Jolomtaj, del municipio de Santa Cruz Barillas. Después de 23 años pudo reunirse de nuevo con ellos, siendo acompañado por su esposa y cinco de sus hijos.

La presente edición de **Corazones en fiesta**,
se terminó de imprimir en los talleres de MAGNA
TERRA EDITORES en agosto de 2005.
El tiro se realizó sobre couche 80 gramos.

Corazones en Fiesta es un esfuerzo del Programa "Todos por el Reencuentro", institución y familiares, por construir un proceso activo de búsqueda de los niños y niñas desaparecidos durante el conflicto. Proceso que no se ha quedado en el discurso o la frase ideologizada, sino en una realidad cotidiana, no sólo de esperanzas sino también de desencantos. Proceso que no ha sido la espera pasiva de los acontecimientos, sino el involucramiento responsable en los diversos ámbitos que ha exigido el trabajo.

Tras los años transcurridos y la experiencia de los reencuentros familiares alcanzados, nos permite ahora plantear esta aproximación que recoge nuestras percepciones sobre los significados que tienen los reencuentros en sí pero, sobre todo, en los retos que supone llevar adelante la acción posterior de reintegración familiar que permita garantizar un proceso con el mayor grado de sanidad posible.

El corazón del libro son las historias humanas que hay detrás de un reencuentro y sobre todo, muestra la complejidad de volver a vincularse. Mediante las historias que relatan los mismos protagonistas, el lector podrá ir acercándose poco a poco al complejo pero maravilloso mundo del reencuentro y reintegración familiar.

ISBN: 99939-69-65-6



9 789993 969655



Liga Guatemalteca
de Higiene Mental

CADENA DE
SOLIDARIDAD
SUIZA

HEKS 